El frente popular abrió las puertas a Franco

Mieczyslaw Bortenstein



¿Por qué Barcelona fue entregada a las tropas de Franco sin combate? ¿Por qué los obreros catalanes, que han dado tantas pruebas de heroísmo, no han replicado a la ocupación? ¿Cuál era la actitud de las organizaciones proletarias en el momento crítico? etc… Esto es lo que más extrañaba al autor, la extrema facilidad del avance de las tropas de África, el hecho de que Franco no encontrara resistencia en el proletariado que había realizado el 19 de julio.

Mieczyslaw Bortenstein, conocido con el seudónimo de M. Casanova, hijo de una familia judía de Varsovia, se alistó en 1936 en una milicia de la CNT para participar en la Guerra de España. En 1939 fue detenido en Marsella mientras intentaba abordar un barco hacia México y entragado a la Gestapo. El 19 de agosto de 1942 fue trasladado a Auschwitz, donde murió.



Mieczyslaw Bortenstein

El frente popular abrió las puertas a Franco

ePub r1.0
Titivillus 07.02.16

Título original: *El frente popular abrió las puertas a Franco*
Mieczyslaw Bortenstein, 1939
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

El proletariado sufre una nueva derrota. Franco se ha apoderado de Cataluña. Más de dos años y medio de luchas sangrientas, de sacrificios innumerables del proletariado español, ¡y todo para acabar con una nueva victoria de la reacción!

* * *

El carácter improvisado y un poco desordenado de este trabajo se debe a las condiciones de su nacimiento. Pero, si bien carece de carácter sistemático, expresa las necesidades más candentes de la hora actual.

Después de mi regreso a Francia, los camaradas me han preguntado. Me han pedido que explicara las razones de la catástrofe. ¿Por qué Barcelona fue entregada sin combate? ¿Por qué los obreros catalanes, que han dado tantas pruebas de heroísmo, no han replicado al fascismo? ¿Cuál era la actitud de las organizaciones proletarias en el momento crítico? etc… Lo que más extrañaba a mis interrogadores era la extrema facilidad del avance fascista, el hecho de que Franco no encontrara resistencia en este proletariado que había realizado el 19 de julio.

Tenía que explicar, sobre la base de mi experiencia, lo que acababa de pasar. Tenía que informar de los hechos. Expliqué cómo las posiciones estratégicas de primera importancia fueron abandonadas sin combate, los planes de defensa entregados al enemigo por el estado mayor traidor, cómo fue saboteada la industria de guerra, la economía desorganizada, los

mejores militantes obreros asesinados, los espías fascistas protegidos por la policía «republicana», en suma, cómo la lucha revolucionaria del proletariado contra el fascismo fue traicionada y cómo España fue entregada a Franco.

Mis informes, mis análisis, todo conducía a una sola y misma fuente: la política criminal del Frente Popular. Sólo la revolución proletaria podía derrotar al fascismo. Ahora bien, toda la política de los dirigentes republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, tendía a destruir la energía revolucionaria del proletariado. «Primero ganar la guerra, después hacer la revolución», esta fórmula reaccionaria mataba la revolución para matar seguidamente la guerra. Se tenía la esperanza de ganar así el apoyo de la burguesía, llamada democrática, de Francia e Inglaterra. En nombre de esta política se abandonó todo, se fue de capitulación en capitulación, se traicionó todo, se desmoralizó al proletariado, se aplastó en primer lugar al POUM, después a los anarquistas, se provocaron las sangrientas jornadas de Barcelona, hasta culminar ahora en el pronunciamiento profranquista de Miaja-Casado, dirigido contra las comunistas que, durante estos treinta meses, han preparado las condiciones de su propio aplastamiento.

La cadena ininterrumpida de crímenes del Frente Popular conduce al fascismo.

Los jefes republicanos, socialistas, anarquistas, todos han colaborado en preparar esta catástrofe. Pero los grandes artífices de la derrota y del crimen contra el proletariado fueron, indiscutiblemente, los estalinistas. Pusieron al servicio de una política contrarrevolucionaria la autoridad de que gozaban, a causa de la bandera de la Revolución de Octubre, que han robado y arrastran por el fango.

Sin embargo, es difícil imaginar condiciones objetivas más favorables para la revolución proletaria que las que existían en España.

* * *

Los obreros del mundo entero deben sacar lecciones de esta trágica experiencia. No son ni el socialismo ni el marxismo los que han fallado en España, sino aquellos que los han traicionado cobardemente. La sociedad

actual se encuentra ante una trágica alternativa: hacia atrás, es decir, conservar el capitalismo, que sólo puede evolucionar hacia las formas más bárbaras, o hacia adelante, hacia el socialismo. Querer conservar la democracia burguesa es una ilusión estúpida. El fascismo o la revolución proletaria, este es el dilema para el proletariado internacional.

El primer deber de la vanguardia revolucionaria es esclarecer la situación real a los obreros, decir la verdad.

El proletariado va de derrotas en derrotas, pero a pesar de ello hay progresos. En Alemania, en 1933, el proletariado, dirigido por los socialdemócratas y los comunistas, lo cedió todo al fascismo sin combate. En Austria, en 1934, el proletariado de Viena fue el primero en dar la señal de resistencia. El eco de esta resistencia fue la gloriosa Comuna de Asturias. En España, el proletariado, a pesar de la criminal política del Frente Popular, ha sabido resistir cerca de tres años. A los obreros de otros países corresponderá el honor de poder, no sólo resistir, sino vencer al fascismo y hacer triunfar la revolución proletaria. Pero, para vencer, el proletariado debe forjar el arma de lucha: el partido revolucionario y la Internacional Revolucionaria, la Cuarta.

* * *

Este trabajo no tiene la pretensión de responder a todas las cuestiones, siquiera las más urgentes, planteadas por la trágica experiencia. Si el autor de estas líneas ha arrojado un poco de luz y ha facilitado la comprensión de los problemas de la guerra civil española, tendrá el sentimiento de que su trabajo no ha sido en vano.

M. CASANOVA.[1]

Perpignan, 16 de marzo de 1939

I

El trágico éxodo

—¿Cómo has podido pasar? —preguntamos.

—¡Ah! ¡Sí! No era en absoluto fácil, y no se parecía en nada a un viaje de placer, —responde nuestro amigo; a quien, a pesar de la fatiga, no le falta el buen humor.

Nos cuenta sus pintorescas aventuras y añade: «La frontera francesa está custodiada por los gendarmes y los senegaleses, que ignoran el francés. Ni siquiera se dejaba pasar a los franceses si no iban provistos de un pasaporte regular. En cuanto a los españoles, se dejaba pasar a las mujeres, niños y heridos, durante algunas horas del día. Los otros eran rechazados sin piedad».

Nuestro camarada, que ha hecho el centenar de kilómetros que le separaban de la frontera, en parte en autostop, en parte a pie, añade: «El espectáculo que he visto en las carreteras que llevaban hasta la frontera era horrible. Este éxodo precipitado de mujeres, a veces encintas, de niños, de heridos, a veces con una pierna amputada, tratando en vano de parar un coche, de heridos que se evacuaban rápidamente de los hospitales en los lugares amenazados por el avance fascista, ¡este éxodo, a pie, de hombres, mujeres y niños agotados, era un espectáculo que nos hacía estremecer! Y sin embargo uno no se emociona fácilmente después de todo lo que hemos visto en España. Evidentemente, la salida fue efectuada en otras condiciones por los señores ministros, diputados, burócratas, altos

funcionarios, etc., que ya circulaban desde el lunes 23 de enero (tres días antes de la entrada de Franco en Barcelona) en lujosos coches en dirección a Cerbere y Le Perthus. Contemplando en la carretera estos dos medios de locomoción, teníamos también una demostración tangible de la división de clases en el seno del Frente Popular: los burgueses de izquierda y los burócratas aburguesados, de un Lado, circulaban en hermosas limusinas o, en el peor de los casos, en pequeños Citroën; del otro lado los obreros, los campesinos y con ellos los militantes de base, que iban a pie. Asistíamos a trágicas escenas de despedida entre aquellos que partían y aquellos que, por lazos familiares, estaban obligados a quedarse, a momentos de duda, a decisiones rápidas y precipitadas, y todo bajo la continua amenaza de la aviación fascista que bombardeaba constantemente la carretera e incluso a veces la ametrallaba. A veces era necesario pararse en el camino, esconderse en una cuneta, tumbarse en la carretera o buscar un refugio en un campo vecino, pasar noches en blanco, sin tener ninguna información sobre la situación del frente ni sobre la rapidez del avance fascista, todo en medio de un pánico general, de una confusión y desorganización sin precedentes. No había prensa desde el martes (24 de enero, dos días antes de la caída de Barcelona. N. Del A.), la radio no funcionaba y hemos vivido hasta el último momento con la esperanza de una resistencia firme a los fascistas. Comprenderás nuestra desorientación del último momento»

El relato de nuestro camarada, del que sólo damos algunos extractos, nos emociona, nos sumerge en la tristeza, pensando en esta tragedia del proletariado español, y nos conmueve la suerte de todas estas víctimas de la *no-intervención*. Este enternecimiento se extiende, en algunos momentos, incluso a nuestro interlocutor, que ha vivido la tragedia de nuestros hermanos de España. Visiblemente molesto por este enternecimiento, nuestro camarada añade, con fuerza:

—¡Oh! ¡No vuelvo «desilusionado» de España! Regresan desamparados y *desilusionados*, por ejemplo, los voluntarios estalinistas, que partieron con ideas falsas, que no comprendían el sentido de los acontecimientos, y que la dirección comunista ha mantenido en la ignorancia. En cuanto a nuestra organización internacional y nuestra sección española, previeron

correctamente las consecuencias trágicas de la criminal política del Frente Popular que abría las puertas a Franco.

»La tragedia española es un crimen más, a cuenta de la burocracia estalinista, que ha aplastado al movimiento revolucionario, asesinado a sus mejores combatientes, desmoralizado al heroico proletariado de ese país, por su rastrera política de servilismo hacia el capitalismo internacional, llamado *democrático*. Pero este crimen es una lección, pagada cara, es verdad, de la que sacarán provecho los obreros de otros países, en primer lugar el proletariado francés.

II

Por qué Barcelona ha sido entregada sin combate

—Precisamente —decimos— los obreros franceses se han sorprendido al conocer la toma de Barcelona, cuando las autoridades militares anunciaban una resistencia a muerte.

—Comprendo vuestra sorpresa, fue también la mía. Todos nosotros, los exvoluntarios que esperábamos nuestro repatriamiento, y también todos los militantes estábamos trágicamente asombrados por la facilidad con que proseguía el avance fascista hacia Barcelona. Ciertamente, no nos hacíamos ilusiones, y nos dábamos perfecta cuenta de lo trágico de la situación, pero esperábamos, pese a ello, una resistencia encarnizada delante de Barcelona, y teníamos, en el fondo, la esperanza de que la heroica Barcelona sería un segundo Madrid. Mientras una posición no está tomada por el enemigo, un revolucionario no tiene el derecho a darla por perdida. En un artículo: «Podemos evitar la derrota», escrito cinco días antes de la toma de Barcelona, y que desgraciadamente no os ha llegado, yo desarrollaba el plan de acción y el plan de salvación de Barcelona y de la revolución. Definía más o menos así las opiniones y las consignas de los camaradas españoles: «Barcelona —decía yo— puede ser salvada. La región más industrial de España, la provincia de Barcelona, con sus ciudadelas industriales de Manresa, Sabadell, Tarrasa, no está aún en manos de los fascistas. No lo estará. Es necesario fortificar Barcelona y transformarla en una fortaleza intomable. Para los trabajos de fortificación, no faltan en Barcelona los

especuladores y los emboscados. ¡Es hora de que manejen las palas! *Resistir*, esta es la consigna de nuestro Munis encerrado, bajo la crapulosa acusación de asesinato, desde hace un año, en la Modelo, Cárcel del Estado, y últimamente en Montjuich. Resistir, como resistía García Moreno. Pero nuestra consigna «Resistir» se diferencia de la de Negrín. Para poder resistir es necesario que la clase obrera levante la cabeza, que retome confianza en sí misma, que constituya sus Comités de Salvación de la Revolución y sus organismos independientes del poder estatal burgués, como el 19 de julio de 1936, pero para ir más lejos». Tal era —continúa nuestro interlocutor— el estado de ánimo de nuestros camaradas españoles, algunos días antes de la toma de Barcelona.

»Ciertamente, la situación era crítica. Los fascistas avanzaban, en ocasiones de 15 a 20 kilómetros por día. Las posiciones estratégicas de importancia capital eran sistemáticamente entregadas casi sin combate, como las fortificaciones construidas durante ocho meses alrededor de Balaguer, las del Segre, la importante posición de Borjas Blancas, cuya toma por los fascistas ha permitido su marcha hacia el mar, el cerco de Tarragona y, en el último momento, la cadena de montañas alrededor de Igualada, cuya toma abría ya la vía hacia Barcelona. Asistíamos a la repetición de la catástrofe del mes de marzo en el frente de Aragón; pero a una escala aún mayor: las traiciones en el alto mando, el paso al enemigo con los planes de defensa y también el paso de cuerpos enteros de carabineros a los fascistas. Pero quedaba Barcelona. Al lado del mar, estaban aún los montes de Garraf que podían constituir una línea de resistencia. En cuanto a las carreteras centrales que conducen a Barcelona, una que viene de Villafranca del Penedés y otra de Igualada, uniéndose a una veintena de kilómetros de Barcelona, atraviesan un llano. Pero, aun en caso de acercamiento de los fascistas hasta la ciudad, quedaban todavía las montañas que rodean la capital catalana. Barcelona está rodeada por Montjuich y el Tibidabo. Se podían fortificar estas colinas, y hacer de ellas una línea de defensa en las puertas mismas de la ciudad.

—¿No se decía, sin embargo, que Barcelona era, desde el punto de vista estratégico, indefendible? —interrumpimos.

—Es una patraña. Es cierto que se puede defender más fácilmente Barcelona desde delante de la cadena de montañas próximas a Igualada, o cerca de los montes de Garraf, que en las mismas puertas de la ciudad. Pero es más defendible que Madrid, por ejemplo. Ni la indiscutible superioridad de armamento de los fascistas (resultado de la pasividad del proletariado internacional adormecido por la política del Frente Popular), ni razones estratégicas son suficientes para explicar la caída de Barcelona, y sobre todo su caída rápida y sin combate. Los fascistas han entrado en Barcelona después de un corto encuentro en Hospitalet (barrio de Barcelona en dirección al mar).

—¿Entonces?

—Pues simplemente que la estrategia y la técnica militar están subordinadas a la política, sobre todo en una guerra civil. Barcelona ha sido entregada porque no había nadie para defenderla, nadie o casi nadie que estuviera dispuesto a dar su vida para defenderla contra Franco. He aquí la triste realidad. No hablemos del gobierno, del siniestro «Gobierno de la victoria». La noche del lunes, tres días antes de la entrada de Franco, se reunió. El comunicado leído por el ministro comunista de agricultura, Uribe, informaba sobre las decisiones anunciadas oficialmente, y sobre las medidas decididas:

1. Establecer el estado de guerra en lo que quedaba de la España gubernamental, es decir, intentar amordazar al proletariado (aunque, en realidad, era impotente para esto)
2. Continuar residiendo en Barcelona. Esta es la declaración oficial.

—¿Y la realidad?

—¿La realidad? Al mismo tiempo que anunciaban esta declaración, los señores ministros tenían ya sus maletas hechas; los muebles y una cantidad sorprendente de colchones estaban ya cargados en los camiones, y empezaba, el mismo día, el éxodo aristocrático en los Rolls Royce e Hispano-Suiza.

»Presas del pánico, los señores ministros quisieron hacer un llamamiento a los obreros cenetistas de Barcelona, para que derramasen una vez más su generosa sangre y salvasen la situación, pero sobre todo su situación personal en peligro. Estos señores se imaginaban que se puede

repetir misma operación un número indefinido de veces. El proletariado, según ellos, debe estar encadenado en tiempos normales, debe respetar la ley burguesa, puede ser continuamente estafado, ver a sus militantes maltratados, etc… En el momento de peligro, se puede aflojar un poco la cadena y permitirle morir generosamente en defensa del Gobierno legítimo y la república democrática. El proletariado, según el esquema de estos señores, aprovecha la gran ocasión que se le ofrece, va a las barricadas, ofrece algunas decenas de millares de los suyos, salva la situación. El peligro fascista pasa. Se puede volver a apretar la cadena, y de nuevo estafarle como antes. He aquí el esquema. Es ciertamente ingenioso, pero la misma operación sólo sale bien un número limitado de veces.

»Presos, pues, de pánico, los ministros han convocado urgentemente a García Oliver para que se ponga a la cabeza de seis divisiones confederadas y dirija las operaciones.

—¡Pero García Oliver no es un militar! señalamos.

—No quiero relatar los «servicios» que ha rendido al proletariado español durante las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona (nuestro camarada sonríe irónicamente), pero, en cualquier caso, es sobre todo un orador en mítines. Pero representaba a la CNT y sobre todo a la FAI, y los ministros pensaban que convocarlo era convocar también a las decenas de millares de militantes de la CNT. Pero los obreros de Barcelona estaban desmoralizados. Se acordaban de las jornadas de mayo de 1937. Para comprender la tragedia del 26 de enero de 1939 es necesario remitirse a aquellas del 3-6 de mayo de 1937. Entre estas dos fechas hay un lazo lógico. Matando a la revolución se ha matado la guerra antifascista.

»Los estalinistas provocaron, organizaron, los acontecimientos de mayo de 1937, es decir procedieron al desarme del proletariado, a la destrucción de sus organismos de lucha, a los asesinatos de militantes obreros, etc. Instauraron un régimen de terror contra el proletariado. Todo ello estaba justificado por la política de Frente Popular: es decir, *primero ganar la guerra* y para ello ganar el apoyo de Francia e Inglaterra. El resultado es visible ahora. No se ha ganado la amistad de los burgueses de Francia e Inglaterra, pero, entretanto, se ha hastiado y desmoralizado al proletariado

español, sobre todo al catalán. Este era el camino más corto para perder la guerra.

»Los obreros de Barcelona se daban cuenta ciertamente de que Franco representaba lo peor y, a pesar de que su confianza en Negrín fuera muy reducida, deseaban la derrota de los fascistas y la victoria de los ejércitos republicanos, pero ya no tenían una participación activa en la lucha. Desde mayo de 1937 ya no se sentían los dueños. Por otra parte, ya no lo eran.

»Se les decía varias veces al día que no se luchaba por su liberación social (¡Dios nos preserve de tales ideas trotskistas!), sino simplemente por la vuelta a la República democrática, que ya ha engendrado el levantamiento fascista. Esto no favorecía el espíritu de sacrificio ni el entusiasmo por la guerra, sino que, al contrario, estaba en el origen de la indiferencia.

—Sin embargo, Madrid, en condiciones más difíciles, se defendió y en el mes de noviembre de 1936 respondió victoriosamente al avance de Franco. Y los fascistas estaban a las puertas de la capital.

—Conozco la canción —responde Casanova. Los catalanes son, al parecer, unos cobardes; y los madrileños, heroicos y caballerescos. Es una explicación, pero no tiene ningún fundamento. Evidentemente, ha sido lanzada sobre todo por los comunistas, que pretenden realzarse de este modo: la mayoría del proletariado de Barcelona es anarquista, y en Madrid son los comunistas los que dominan. Los obreros catalanes han mostrado, sin embargo, de lo que son capaces, el 19 de julio. En veinticuatro horas, aplastaron en embrión la rebelión de los militares. Si hubieran hecho igual los obreros de toda España, los fascistas ya estarían expulsados de toda la Península Ibérica. Barcelona ha demostrado también de lo que era capaz cuando, en apenas pocos días, dio doscientos mil voluntarios y cuando envió las famosas «tribus», dirigidas por Durruti, Ortiz, Domingo Ascaso, Rovira, etc., en el curso de la primera semana que siguió al 19 de julio.

»Se ha hecho todo lo posible por romper la combatividad y el entusiasmo de los obreros catalanes. El Frente Popular, sobre todo los comunistas, han hecho cuanto han podido por desmoralizar a los obreros de Barcelona y llevarlos hacia la indiferencia. Desgraciadamente lo han conseguido.

»Por otra parte, la gloriosa epopeya de Madrid data de noviembre de 1936 y de los primeros meses de 1937 y no de enero de 1939. En el mes de noviembre de 1936, el espíritu revolucionario dominaba todavía en toda la España antifascista. En aquella época los comités obreros, dirigidos por José Díaz y Comorera, tenían más que decir que el Gobierno republicano y *legítimo*. La radio de Madrid cantaba «la Internacional» y «Los Hijos del Pueblo», y no, como en 1939, cantos patrióticos. Ondeaban al viento las banderas rojas, y negras y rojas. Después fueron reemplazadas por la tricolor. (No se trata evidentemente de la bandera, sino de lo que reflejaba.)

»Los obreros de Barcelona no estaban impacientes por dar su vida por la bandera tricolor y el gobierno de Negrín que aborrecían. Por otra parte no sabemos cómo resistirá Madrid en 1939. ¿Sabrá repetir la epopeya de noviembre de 1936? Lo dudo.

—Sin embargo, los obreros de base, los obreros revolucionarios de Barcelona, no podían no darse cuenta de la inminencia del peligro. Sabían lo que les esperaba en caso de victoria de Franco: la ruina de todas sus esperanzas. ¡Se ha insistido tantas veces sobre el carácter espontáneo de las luchas del proletariado español, sobre todo el catalán, en su mayoría anarquista! ¿Por qué los obreros de Barcelona no han actuado contra la voluntad de los jefes?

—Mirad, «la espontaneidad» de los obreros catalanes tiene límites, pese a su temperamento impulsivo. Se ha hecho todo lo posible por romper su ímpetu y su combatividad. Se les predicaba la calma, la paciencia y la confianza en los jefes del Frente Popular y del gobierno y, sobre todo, se les llenaba de ilusiones en lo que concierne a las intenciones de la burguesía inglesa y en especial francesa. Se decía siempre a los obreros que «en el último momento, Inglaterra y sobre todo Francia intervendrían y no permitirían que los fascistas alemanes e italianos se instalaran en los Pirineos, ya que luchamos por la seguridad de los imperios democráticos»

»El último grito de la prudencia de los escribanos y oradores del Frente Popular era recordar, en los periódicos y en los mítines, a Chamberlain y Daladier sus deberes imperialistas… que debían preservar a la clase obrera española del fascismo. Estas ilusiones, o mejor, estas criminales mentiras, eran propagadas sobre todo en las situaciones particularmente críticas.

Entonces, se engrosaban desmesuradamente las tensiones diplomáticas entre los dos *ejes*, se presentaba la situación internacional como si la guerra entre democracias y fascismos estuviera a punto de estallar, y como si la escuadra inglesa y el ejército francés fueran a intervenir de un momento a otro. Lo más grave era que se obstinaban con todas sus fuerzas en cerrar los ojos al proletariado, y lo lograron.

»Algunos ejemplos para ilustrar la miopía de los *realistas* jefes del Frente Popular. Hace algunas semanas se decía en Barcelona que habían llegado centenares de aviones y de carros de combate franceses. Se decía esto sólo para elevar la moral. Otro ejemplo. Apenas hace algunos días, antes de la caída de Barcelona, un camarada extranjero, anarquista de izquierda, bien situado, me afirmó, pidiéndome guardar secreto (era el medio empleado normalmente para propagar las noticias), que varias divisiones francesas habían pasado los Pirineos y venían en nuestra ayuda. Había oído esto a un miembro del Comité regional, o incluso Nacional, que las había visto pasar (a las divisiones francesas) por la frontera. En la Edad Media los ascetas y los santos en éxtasis veían a la Santa Virgen y a veces incluso oían su voz. Para ello, es verdad, se mortificaban. Los jefes del Frente Popular, sin mortificación ni éxtasis, llegaban a ver las divisiones francesas acudiendo en su ayuda.

»Desgraciadamente, estas leyendas criminales encontraban eco y desarmaban al proletariado. Lenin decía que las verdades, incluso duras, deben decirse al proletariado para educarle; pero ¿no sería también él un trotskista?

—Pero sé más concreto. El partido comunista, a pesar de su política, debía saber qué peligro le amenazaba. Se trataba también de su piel. ¿Qué ha hecho por la defensa de Barcelona?

—Repetía, evidentemente: ¡No pasarán! pero hacía todo con una obstinación y una elocuencia dignas de mejor causa, era: «Todos alrededor del Gobierno de la Victoria de Negrín». Del gobierno… que hacía, o mejor hacía hacer, las maletas. Así pues, toda iniciativa independiente, todo intento, por tímido que fuera, de constituir organismos independientes del proletariado, los únicos que podían devolverle la confianza, era calificado de trotskismo y de fascismo.

»*Frente Rojo*, órgano del partido comunista, publicó el martes, es cierto, un llamamiento titulado: «¡Todo el mundo a las barricadas! ¡Como el 19 de Julio!» Pero las barricadas se han quedado en las columnas del periódico. Estos héroes del PSUC sólo fueron capaces de subir a las barricadas una vez. Fue en el mes de mayo de 1937, contra los obreros de Barcelona, para echarles de la Central Telefónica, propiedad sagrada del capitalismo americano, y para ayudar a la policía burguesa a ametrallar a los obreros.

»Es verdad que si lo lograron fue porque la CNT o, para ser más precisos, la dirección de la CNT, les dejó hacer.

III

¿Y la CNT?

—Haces bien en hablar de la CNT. El obrero de Barcelona es, en su aplastante mayoría, anarquista. No comprendemos por qué no ha reaccionado, o por lo menos intentado reaccionar, para salvar Barcelona. Sin embargo ha dado héroes que son el orgullo del proletariado internacional como Durruti, Ascaso… ¿Qué ha hecho la CNT en el momento trágico?

—La CNT es un capítulo aparte. Ciertamente, Durruti, Ascaso y miles de héroes anónimos quedarán grabados para siempre, como la Comuna de París, en el corazón del proletariado; pero en cuanto a la política de estos «antipolíticos» y «antiestatales», quiero decir, en cuanto a la política de la dirección de la CNT, ha sido claramente reformista, pequeñoburguesa y objetivamente criminal para el proletariado y la revolución. Puede ilustrar a los obreros del mundo entero (en este momento de desconcierto ideológico general, en el que las ideas anarquistas pueden tener una cierta audiencia entre los desorientados) sobre el valor de la teoría, pero sobre todo de la práctica, anarquista. Este trabajo crítico, que sólo los marxistas consecuentes pueden hacer, se hará. Harán falta folletos, tal vez libros.

»En el pasado, quiero decir en 1936 y 1937, estos antiestatales abolían e incluso a veces quemaban el dinero en los pequeños pueblos de Aragón, donde se instauraba el comunismo libertario y el reino del amor y de la fraternidad, pero nunca se les ocurrió la idea de poner la mano encima de

los grandes bancos. Sin embargo —añade maliciosamente nuestro camarada Casanova— la filial del Banco de España en Barcelona se encontraba frente al Comité Regional de la CNT, sede del estado mayor anarquista, pero los jefes *antiestatales* andaban de puntillas ante la alta finanza.[2]

»Consideraban como pecado mortal hablar de Estado Obrero, de la constitución y extensión de los comités, pero trabajaban, por el contrario, mientras seguían hablando de la anarquía, con orden y con método en la reconstitución del Estado burgués.[3]

»En el mes de mayo de 1937, entregaron a los obreros de Barcelona a la contrarrevolución estalinoburguesa. Algunas semanas después, la burguesía, no teniendo ya necesidad de ellos y sintiéndose suficientemente fuerte, los despidió.

»Un año después, en el mes de abril de 1938, en el momento del peligro (la ruptura del frente de Aragón) se les ofreció en el segundo ministerio de Negrín la cartera, decorativa y sin importancia, de Instrucción Pública, que aceptaron con un ansia nada anárquica. La burguesía sabe que tiene delante de ella animales domesticados y bien amaestrados. Consiguientemente, la CNT, e incluso la FAI, han encubierto toda la política de regresión social del gobierno de Negrín. Los 13 puntos de Negrín,[4] los decretos reaccionarios de disolución de los organismos proletarios, todo esto ha sido encubierto por la CNT y la FAI. Por lo demás, la distinción siquiera formal entre el lenguaje francamente chauvinista y reformista de los estalinistas y socialistas, y el lenguaje revolucionario en las palabras de la CNT, distinción que existía durante el primer año de la revolución, desapareció durante el año 1938. La prensa fue *gleichgeschaltet* (puesta a raya). Así, «Solidaridad Obrera», órgano central de la CNT, presentaba el conflicto entre la Bolsa de Londres y la de Berlín como un conflicto ideológico entre las democracias y las dictaduras, diariamente elogiaba al apóstol de la paz, el representante del imperialismo *yankee*, Roosevelt; explicaba, naturalmente, que la seguridad de los Imperios exigía la intervención en España, y daba lecciones de patriotismo a Chamberlain y Daladier.

»Durante muchos meses —continúa nuestro camarada Casanova— el Comité Regional de la CNT estuvo desorientado y no supo qué consigna dar. Por fin la encontró en el mes de noviembre.

—¿Cuál? preguntamos a nuestro amigo, que sabe despertar nuestra curiosidad.

—Hela aquí: hay que dar un puesto de consejero en la Generalitat de Cataluña a la CNT. La honestidad, la justicia y, sobre todo, el idealismo de los hombres limpios luchando siempre «contra las sucias maniobras de los políticos», exigía la reparación de la injusticia flagrante cometida tras mayo de 1937, cuando a los representantes de la CNT se les dio en las narices con las puertas de la Generalidad de Cataluña. Por lo demás, el Comité Regional reclamaba un ministerio, leíamos en la «Soli», no por los bajos motivos que caracterizan a los políticos, por ejemplo alcanzar un objetivo político o tal vez gozar simplemente de una cartera, sino por razones ideales…

»Todavía en el último momento, la CNT y la FAI podían salvar la situación, sí, ellas podían, y en cualquier caso podían y debían tratar de salvarla, insiste con fuerza Casanova. Ni siquiera lo han intentado. Para ello, evidentemente debían romper con la política que conducía al abismo y que se llama Frente Popular.

»Precisemos. Había en Barcelona, hace todavía quince días, a pesar de la acción desmoralizadora de la política de Negrín-Comorera,[5] muchos miles de obreros, sobre todo jóvenes, dispuestos todavía a ir a las barricadas y a morir, si hacía falta, por la Revolución. Estaban prestos a alistarse en los batallones de las Juventudes Libertarias, pero no tenían ninguna confianza en el mando republicano que, en la primera ocasión, se pasaba del lado del enemigo. Los llamamientos de los organismos oficiales no encontraban ningún eco. En las fábricas, por ejemplo, hacía falta usar múltiples medios de coerción a fin de descubrir a los falsos *imprescindibles*. Se llamaba así a los obreros o especialistas que, a causa de su valor técnico, estaban exentos del servicio militar.[6]

»Un ejemplo. El Comité Nacional de las Juventudes Libertarias, que estaba en la línea del Comité Nacional de la CNT, viendo que los jóvenes afiliados a las Juventudes Libertarias sólo se alistaban en un número muy pequeño en los batallones oficiales del Ejército Popular, tiene publicado un comunicado bastante característico. En este comunicado, el Comité Nacional asegura a los jóvenes miembros de las Juventudes Libertarias que

pueden alistarse sin temor en los batallones de voluntarios mixtos del gobierno, pues el Comité Nacional tiene un representante en el Comité de Organización. Esta *seguridad* no convencía a los jóvenes, que esperaban en vano la voz que les inspirase confianza.

»La dirección de la CNT, en suma, ha dejado a sus miembros en el último momento sin consignas y sin plan de acción. Así, el jueves por la noche, el 26 de enero, el mismo día de la entrada de los fascistas en Barcelona, yo estaba en un pequeño pueblo cerca de Gerona. Fui a ver al comité local, *Junta* de la CNT. Los camaradas no tenían ninguna ligazón con el centro, no sabían siquiera donde se encontraba, y me pedían consejos.

IV

El ejército republicano y sus contradicciones

—Conocemos los efectos de la política de Frente Popular, porque son los mismos que en Francia, pero el gobierno republicano disponía a pesar de todo de un ejército, que había resistido victoriosamente en Madrid, emprendía a veces operaciones con éxito, como en Belchite, Teruel, en el Ebro, etc., con un mando único. ¿La vuelta a las concepciones burguesas ha significado un reforzamiento del valor (disciplina, coordinación, moral) del ejército republicano?

—¡Ah, sí!, responde nuestro camarada. «Mando único», ésta era la consigna, por otra parte justa, de los estalinistas y de todos los republicanos, socialistas incluidos. Se hacía resaltar incluso el servicio enorme que había rendido en la «Gran Guerra» a los aliados. Pero se olvidaba que en España se trataba de una guerra civil. El mando único era necesario (e incluso urgente al principio); pero se necesitaba un estado mayor proletario y revolucionario, consagrado a la clase obrera y bajo su control.

»En cambio, el Estado Mayor estaba compuesto por altos oficiales superiores de la monarquía, como el general Pozas, más tarde destituido en circunstancias misteriosas, después del desastre de Aragón, y que volvió a adquirir preeminencia cantando las alabanzas del *gran Stalin*; otros, en quienes el «republicanismo» no se manifestó claramente en todas las circunstancias, y otros recién llegados, estaban dispuestos a recibir medallas y a acceder al grado de teniente coronel o incluso de coronel, pero en el

momento de peligro se pasaban con los planos a Franco. Había evidentemente en el Estado Mayor hombres honestos y entregados, pero eran una ínfima minoría.

»Hacía falta un mando único procediendo con mano de hierro, pero un mando como el de León Trotsky en 1917-1921 en Rusia. Para esto hacía falta un poder revolucionario, una dictadura del proletariado y un partido revolucionario consciente de su tarea a imagen del partido bolchevique de 1917. Todo esto no existía en España.

»Se ha demostrado teóricamente y ahora, por desgracia, también empíricamente, que en España un ejército fuerte, expresión de un poder fuerte, sólo era posible sobre la base fascista o sobre la base de la dictadura del proletariado. El gobierno Negrín no ha sabido crear un ejército fuerte y coordinado. Evidentemente, no se trata de Negrín personalmente, que sólo es la expresión de una cierta relación temporal de fuerzas entre las diferentes clases sociales y corrientes políticas, sino de toda la orientación hacia la república democrática.

»¿Queréis una prueba de la bancarrota de los doctores del Frente Popular en materia militar? He aquí una, y de peso. En los discursos oficiales se decía siempre: «¡se acabó la época de las caóticas milicias del primer periodo romántico de la revolución, de estas malditas *tribus*![7] Al fin poseemos un ejército regular, disciplinado y organizado. Nuevos cuadros —se añadía— han sido creados». Pero cuando venía el momento del peligro, todo este castillo de naipes caía… y se llamaba a las organizaciones obreras… a los malditos comités (pretendida fuente de todo el atolladero) y a los voluntarios. Esto se repitió en dos ocasiones. En marzo-abril de 1938, cuando Prieto hizo el llamamiento a los 100.000 voluntarios para el ejército y a los 50.000 para los trabajos de fortificación. Era en los locales de las organizaciones, de los partidos, donde se enrolaba, como en el maldito periodo de las milicias. Y esto todavía fue repetido a finales de diciembre de 1938: se hizo un llamamiento a los voluntarios y a las organizaciones.

V

El factor ideológico en la Guerra Civil

—Ya sabéis —continúa Casanova— y yo he podido experimentarlo en el frente, en las trincheras y durante los ataques, que las mejores armas no valen gran cosa cuando no hay hombres dispuestos a sacrificarse y a hacerse enterrar antes que ceder el terreno al enemigo. Sí, hacen falta hombres en el Estado Mayor, como ya he explicado, pero también en el campo de batalla, para manejar los fusiles, ametralladoras, las granadas de mano, el mortero, la artillería ligera y pesada, los carros de combate y también, los aviones.

»El material sin el hombre no vale gran cosa, sobre todo, insisto, en una guerra civil donde el gobierno que tiene ante sí la tarea de luchar contra la reacción no dispone de un aparato coercitivo funcionando desde hace décadas, como en una guerra imperialista, y tiene que crear un nuevo organismo con todas las piezas. En una guerra civil el soldado debe saber por qué lucha, debe estar convencido de que es para su clase, para que su mujer y sus hijos conozcan un mundo nuevo, mejor. Entonces se lanza con granadas en la mano contra el enemigo mejor armado, conquista posiciones intomables e inflige golpes mortales al enemigo en cuyo seno siembra la desmoralización y el pánico.

»Sí, continúa Casanova, los estoy viendo ahora, a mis camaradas de batallón; en el asalto durante la ofensiva de Belchite, por ejemplo. Veo a mi teniente Ferrer, muerto en Codo,[8] conduciendo su sección al ataque del

parapeto de los requetés. Escucho sus órdenes: ¡Fuego! ¡Adelante! a nuestra sección compuesta en su mayoría por miembros de las Juventudes Libertarias. ¡Ah, sí! para tomar una trinchera no es suficiente el fuego de artillería y las ametralladoras. Hace falta que después del fuego graneado de la artillería y las ametralladoras, si el enemigo se obstina en no abandonar la posición, la infantería vaya a desalojarlo a tiros de fusil, con granadas y a bayonetazos.

»Mis camaradas de las Juventudes Libertarias sabían por qué se batían. Odiaban la vieja España desde el fondo de su corazón inflamado. Odiaban a los burgueses, pero sobre todo a la Iglesia y a los curas —símbolos de la opresión medieval y luchaban por un mundo donde sus padres, metalúrgicos, cerrajeros, torneros o simples estibadores, serían los dueños. Iban al ataque cantando: *Hijos del Pueblo* y «¡Arroja la bomba!», cantos anarquistas.

»Pero nuestros adversarios, hay que recordarlo, no eran mercenarios como en otros sectores, italianos o alemanes o marroquíes, venidos a España para encontrar pueblos que robar y mujeres que violar. Eran requetés, animados por un ardor y un fanatismo inspirados por su profunda fe católica. Luchaban por *Cristo Rey* y por la Santa Virgen contra el diablo rojo encarnado en los «marxistas».

»He aquí las inscripciones que anoté el 26 de agosto de 1937 después de la *limpieza* de Codo, donde nosotros habíamos entrado la víspera, en las trincheras conquistadas: «Viva Cristo Rey», «¡Vienen los marxistas, coraje!» y aún ésta: «¡Cuando matas a un rojo tienes un año de purgatorio de menos!» Se defendían hasta el fin, hasta el último cartucho, completamente rodeados, y eran sólo unos trescientos para defender Codo y nosotros quizá dos mil o más.

»Recitaban oraciones varias veces al día y esperaban la ayuda de la Santa Virgen, y los más materialistas la de la caballería mora. Viendo el miércoles por la tarde que no venía la ayuda ni del cielo ni de la tierra (la caballería que apercibieron de lejos y que se acercaba hacia Codo no era la de los moros, sino la caballería republicana), intentaron utilizar la última tabla de salvación: una salida forzada. Se vio de un solo golpe una avalancha de hombres salir de la iglesia y abalanzarse por la colina.

Nuestras ametralladoras empezaron a funcionar. Muchos murieron o fueron hechos prisioneros.[9]

»Me he permitido esta digresión —intercala Casanova— para señalar una vez más que en una guerra civil, la única guerra justa y sagrada del lado de los oprimidos, de aquellos que son portadores del progreso y de los valores humanos nuevos, se mata a veces con un encarnizamiento particular y con un fanatismo sin ejemplo.

»Así pues, repito, los hombres y las ideas, sobre todo las ideas, juegan un papel primordial. Que los revolucionarios no lo olviden en los próximos combates y que no se dejen influir por los llamados *realistas* que, sabiamente, darán prioridad a los problemas de técnica militar.

VI

¿Se podía desagregar el ejército franquista?

Si mis camaradas de batallón estaban animados de una ideología revolucionaria, aunque confusa, nuestros portavoces, en Matamala, por ejemplo, hacían una propaganda llanamente reaccionaria que a veces se parecía a la de Franco como dos gotas de agua, y que no podía desmoralizar al ejército adversario y en todo caso no podía provocar revueltas en su seno. Se gritaba: «¡Somos de la raza española!» Se quería probar que se era más «español» que Franco.

Una política revolucionaria podía hacer penetrar la «peste bolchevique» incluso entre los elementos más atrasados y reaccionarios. ¿No se ha visto en el curso de la revolución rusa pasar al ejército rojo incluso a los destacamentos cosacos?

¿Por qué en España no se ha podido asistir al mismo fenómeno? ¿El fanático requeté con su Cristo Rey era impenetrable a la propaganda revolucionaria? Ni mucho menos. Ciertamente, amaba a la Santa Virgen, pero amaba también a otras vírgenes y en general cosas más materiales. Era católico ferviente, sí, pero era también campesino, siempre avasallado, siempre explotado. ¿Qué le ha dado la república democrática, incluso bajo la presidencia de Azaña y cuando Largo Caballero era ministro (y lo fue ya en 1931)? Miseria y balas. Ahora bien, ¿qué le prometía contra Franco el Frente Popular? El mantenimiento de la misma república. Esta república, es

verdad, se le prometía mejor y más justa. Pero, ¿no había oído ya la misma monserga y las mismas promesas?

Y al marroquí, ¿qué le prometía el Frente Popular bajo Negrín e incluso bajo Largo Caballero, Hernández, o el terrible «anarquista» García Oliver? ¿Por casualidad la independencia nacional? ¡Sólo un criminal trotskista podía pensar tal cosa! Los juiciosos y realistas dirigentes y ministros del Frente Popular sólo hacían declaraciones sobre el respeto a los tratados y la intangibilidad del protectorado, es decir, sobre la intangibilidad de la esclavitud del Marruecos español.

Esto no tranquilizaba completamente a Chamberlain, que estaba más seguro con Franco, pero no podía entusiasmar al marroquí. Ser esclavo bajo Franco o bajo Negrín, era bastante parecido para él. Quizá se equivocaba, dirá un malicioso. ¡Quizá! Ya que también para nosotros el régimen de Negrín es menos malo que el de Franco. Pero la sociología no era el fuerte de Ben Mohamed. A pesar de su astucia, concretamente en este caso pensaba casi como Stalin, es decir, con los pies: la socialdemocracia y el fascismo no eran para él antípodas, sino gemelos.[10]

¿Y los «voluntarios» italianos y alemanes? ¿Eran todos fascistas por azar? No lo creo. Ciertamente, había entre ellos vendidos y también entusiastas de otro Cristo Rey: Hitler y Mussolini, pero el grueso de ellos era más o menos como el grueso del género humano, es decir gente equivocada. ¿Y se les decía que ya no había franceses, alemanes e italianos, sino simplemente proletarios, y que se luchaba por una República Universal? ¿Se les decía, como Jaurés, que la palabra «extranjero» no tiene ningún sentido para el proletariado? ¡No!

—Por desgracia, desde hace algunos años en Francia también el Frente Popular trabaja día y noche para hacer más patriotas y más chauvinistas a los obreros franceses.

—¡Bueno! Ahí abajo era parecido. Se decía que se luchaba contra los extranjeros y por una España libre, fuerte y feliz. El italiano y el alemán llevados por la fuerza a España por los bandidos fascistas reaccionaban como era de esperar, se fortalecían en base a sus prejuicios nacionalistas. Si

los otros luchan para que España sea fuerte ¿no debo luchar yo también para que Italia sea fuerte? Después de todo, ¿no soy italiano?

»Y los obreros, ya que los había en el ejército franquista, cuando se enteraban de que se luchaba por la vuelta a la misma república donde la propiedad capitalista sería sagrada, tal como la habían conocido; cuando se enteraban no sólo por el canal de la propaganda fascista, sino también por medio de los prisioneros de guerra, de que en Barcelona la CNT era perseguida, todo esto no podía predisponerlos a arriesgar su vida y a rebelarse contra la disciplina del ejército franquista.

»Es verdad que algunos soldados, y a veces incluso pequeños destacamentos, se pasaban a nuestras filas, pero era debido sobre todo a pasajeros reveses militares de Franco.

»Sin embargo, no ha habido verdaderas revueltas en el curso de los dos últimos años. Es sorprendente, pero esto sólo puede extrañar a aquellos que no comprenden que para que se produzca una revuelta en un ejército, hace falta que sea trabajado desde el interior y también desde el exterior con propaganda revolucionaria y no con letanías sobre el *legítimo gobierno*.

»Algunos quieren explicar el hecho de que no haya habido revueltas en el bando de Franco por el terror.

»¡Como si los obreros fueran por naturaleza una raza de esclavos!

»Los jefes del Frente Popular ignoran que la propaganda revolucionaria es más fuerte que todo el terror y todos los aparatos. ¡Algún día lo aprenderán!

»¿No reinaba también el terror en el Ejército blanco en Rusia? ¿Los japoneses, durante su ocupación de Siberia, eran ángeles, no cometían atrocidades cuyo recuerdo hace estremecer? ¿No ahorcaban, no torturaban en Odesa los ejércitos de la Francia democrática? ¿No cometían atrocidades los cuerpos expedicionarios de otro demócrata muy frente populista, *Mr*. David Lloyd George?

»Abrid las últimas páginas de Jimmie Higgins, de Upton Sinclair, y veréis al propagandista bolchevique torturado por los democráticos representantes del cuerpo de expedicionarios de Su Majestad el rey de Inglaterra. ¡Y esto no es sólo una imagen literaria!

»Pero, a pesar de las torturas, la *peste bolchevique* penetraba por todas partes, y dislocaba no sólo los ejércitos blancos, sino también los cuerpos de expedicionarios extranjeros: franceses, ingleses, checoslovacos, etc.

»¿De dónde venía esta fuerza mágica que existía en Rusia y faltaba en España?

»Venía de la fuerza de atracción de la revolución proletaria.

»Todo esto demuestra que el lenguaje blando y la política podrida de la democracia burguesa y del Frente Popular eran incapaces de dislocar y de desmoralizar el ejército fascista, compuesto de elementos precisamente fáciles de ganar: campesinos explotados, esclavos coloniales e incluso alemanes e italianos luchando por una causa que no era la suya.

»Mirad —insiste Casanova—, para estos charlatanes del Frente Popular todo es difícil, e intentan incluso persuadir al proletariado de que es imposible derrocar el régimen capitalista, porque los capitalistas tienen a su servicio a los fascistas, los carros de combate, una cantidad indefinida de aviones, etc. Olvidan solamente mirarse al espejo y añadir que el capitalismo se mantiene sobre todo porque tiene sirvientes que se llaman Blum, Stalin, Thorez, Negrín y Comorera.

VII

Una vez más la técnica

—¿Pero, de todos modos, no minimizas excesivamente el papel de la técnica? El hombre es importante, ciertamente, ¿pero qué se puede hacer, si no se tiene la técnica, contra un adversario poderosamente armado y ayudado por el extranjero, con carros de combate, artillería y sobre todo aviación? Se es impotente, ¿habrás tenido que convencerte de esto, muchacho, en el frente?

—No, no desprecio la técnica. Has mencionado la aviación, potente arma en la guerra moderna. Esta nos faltaba, por ejemplo, en el ataque de Quinto, el 15 de julio de 1937.

»Habíamos salido y estábamos muy cerca ya de las trincheras franquistas pero a los puestos avanzados les faltaban balas; es verdad que nuestra artillería funcionaba algo, pero a la aviación no la veías. Se paseaba en aquel momento quizá por Barcelona, quizá por otro lugar. Se retrocedió el mismo día, a la caída de la noche.

»Este caso del ataque frustrado de Quinto[11] se parece a tantas otras operaciones del mismo estilo en el frente de Aragón, a lo largo de los años 1936 y 1937. Seguramente —continúa Casanova— has oído hablar de este tipo de operaciones.

—No comprendo bien a qué haces alusión, explícate mejor.

—Pues bien, cuando en el frente de Aragón predominaban los batallones de la CNT, de la FAI y también del POUM, el gobierno central

de Madrid y posteriormente de Valencia, donde predominaban ya los estalinistas y los ministros cenetistas, dejaba hacer, saboteaba cualquier operación militar, por razones fáciles de comprender. No quería que los milicianos de la CNT-FAI y del POUM entraran en Huesca y Zaragoza. Esto hubiera aumentado el peso específico y la importancia del sector revolucionario y consecuentemente representaba para Prieto, Negrín y Comorera, que preparaban ya entre bastidores una nueva combinación ministerial por cuenta del capitalismo internacional, un peligro tan grande como el de Franco.

»He aquí el esquema de todas estas operaciones emprendidas por los batallones y las divisiones cenetistas y poumistas. Los batallones armados con fusiles y en ocasiones también con ametralladoras en un estado deplorable, se lanzaban al ataque y tomaban al precio de grandes pérdidas las más difíciles posiciones y las más abruptas colinas, pero después de habérselas arrancado a los fascistas había que cedérselas de nuevo tras una noche, o al cabo de 24 horas. La aviación fascista llegaba, la nuestra no aparecía. Éramos bombardeados, era necesario retroceder.

»Esta es también la historia del ataque a una importante posición, Santa Quiteria, hacia mediados de abril de 1937, que les fue arrebatada a los fascistas; pero hubo que retirarse por falta de aviación. Es también la historia del ataque organizado más o menos en el mismo período por el POUM, ataque por la posesión de la Loma, cerca del Manicomio de Huesca, donde murió entre otros uno de los dirigentes del SAP,[12] Wolf. Sólo conozco estas dos últimas operaciones por los informes de otros camaradas que tomaron parte en ellas, pero estos informes son auténticos, hay muchos testimonios. Los camaradas que permanecieron más tiempo en el frente que yo pueden dar más ejemplos de este tipo.

—Mi querido Casanova, tus ejemplos ¿no subrayan precisamente la importancia del factor técnico a lo largo de la guerra, incluso la civil? ¿Qué se puede hacer con los mejores hombres, incluso si están a la altura de los héroes mitológicos, si no se dispone de carros de combate y aviación? No se puede decir que «el hombre lo es todo». Y, además, el gobierno republicano disponía de cantidades limitadas, muy limitadas, de carros de

combate y aviones ¡y tenía tantos frentes que defender! ¡Quizá descuidas demasiado los nefastos efectos de la política de no intervención!

—No, no descuido los efectos nefastos de la política de no intervención iniciada por el primer gobierno de Frente Popular, el de León Blum.

»Ciertamente, la política de no intervención ha debilitado, muy fuertemente, al proletariado español. Ha favorecido a Franco que, entre otras cosas, como he podido constatar con mis propios ojos en Codo, recibía municiones de los comerciantes de cañones franceses. Esta política, desprendida del conjunto de la política del Frente Popular, para la cual las bases del régimen capitalista son sagradas e intocables y según la cual está prohibido en el periodo actual a los obreros de todos los países incluso el intentar liberarse del yugo capitalista, está evidentemente en el origen de la inferioridad técnica del campo antifascista en España. No quiero exculpar a Blum (el proletariado le juzgará algún día, y tal como merece) y es con un sentimiento de vergüenza y también con un poco de extrañeza que he constatado la indiferencia con que los obreros franceses han dejado pasar la sincera» declaración del jefe del primer gobierno de Frente Popular, su «confesión» a la Cámara de diputados sobre las razones que han motivado la caída de Irún…

»Pero ya he explicado, e insisto una vez más sobre este asunto, que si por un imposible (estoy pensando por un momento en abstracto) el gobierno republicano español hubiese recibido del exterior grandes cantidades de aviones, estos aviones, con la política seguida en España, no habrían salvado la situación.

»Hacía falta para vencer a Franco una dirección revolucionaria, es decir un partido.

»Por otra parte municiones: balas, ametralladoras, granadas, morteros y hasta cañones y aviones podían fabricarse en España incluso en gran cantidad (no quiero decir con ello que la ayuda extranjera no fuera de una gran importancia)

VIII

La industria de guerra

—Haces bien en hablar de esto, Casanova, es un problema de una importancia capital. Lo era en España y lo será en todos los países donde el proletariado se vea ante la necesidad de una guerra revolucionaria contra el fascismo. Producir municiones, de buena calidad y en gran cantidad, ¿será el problema de vida o muerte en cada revolución? ¿Llegó a crear una industria de guerra el gobierno republicano? ¿Sobre qué bases?

—A pesar de no ser un gran experto en este terreno, tengo una cierta experiencia por haber trabajado todo el año 1938 precisamente en la industria de guerra. Trabajé primero en un pequeño pueblo catalán de la provincia de Barcelona, tres meses en calidad de simple contable de una empresa que fabricaba vagones y máquinas agrícolas, antes del 19 de julio, y que fue transformada en fábrica de guerra. Allí se fabricaban granadas, piezas de ametralladora, etcétera. Después fui, durante casi nueve meses, el administrador de una fábrica de guerra en la misma Barcelona: Para describiros las dificultades con las que hemos topado durante todo el tiempo, o más bien el sabotaje constante y permanente, la burocracia, el despilfarro, los robos, la incuria, la anarquía —ésta, en el sentido vulgar de la palabra—, en fin, para contarte las hazañas de la criminal administración de la industria de guerra que se llamaba Subsecretaría de Armamento; haría falta un libro, que sería también rico en enseñanzas, y desgraciadamente no soy escritor, añade Casanova.

»Cuando se asistía a estos robos, a este despilfarro permanente (desplazamientos inútiles, la corriente eléctrica faltaba a menudo precisamente en las horas en que más se necesitaba, las materias primas llegaban a la fábrica cuando no se pedían; por el contrario faltaban aquellas que más se necesitaban, aunque los almacenes de la Subsecretaría estaban repletos de ellas, etc.); cuando se asistía a todo esto siempre nos preguntábamos: «¿son imbéciles o fascistas?». Este era siempre el tema de nuestra conversación en los momentos libres, en mi despacho, entre mi colaborador por otra parte un estalinista, pero trabajador honrado y entregado, que cumplía la tarea que le había sido encomendada por la Subsecretaría de Armamento, y yo.

»¿Imbéciles o fascistas? Ciertamente, había imbéciles, pero sobre todo había fascistas, agentes de la quinta columna, y aquéllos que, quizá inconscientemente hacían su trabajo.

»Justo al principio, en 1936, era la Generalitat la que dirigía en Cataluña la industria de guerra. Para ello había creado un órgano que se llamaba: *Comisión de Industrias de Guerra de Cataluña*. Esta comisión estaba dirigida al principio por un obrero metalúrgico de Barcelona, un militante del sindicato del metal de la CNT, Vallejo. Pueden tenerse opiniones críticas respecto a sus concepciones anarcosindicalistas, las del grueso de obreros de vanguardia catalanes, pero hay que rendir homenaje a su entrega, a su espíritu de sacrificio sin límite, a su valentía, a su energía, a su iniciativa.

»Este hombre, este militante, este simple obrero, era capaz de transformar en una semana, a veces en pocos días, una empresa metalúrgica cualquiera en una fábrica de guerra. Encontraba las máquinas que se necesitaban, las confiscaba de inmediato, se las llevaba en camión; iba por ejemplo en busca de las campanas de las iglesias cuyo bronce servía para hacer balas. Como Vallejo, había seguramente en Cataluña y en el resto de España cientos y miles de obreros cualificados conocedores de su oficio, abnegados en las barricadas, pero también en su lugar de trabajo, delante del torno, la forja y el horno. Pero sus esfuerzos, su capacidad, su energía y su entrega a la causa de la industria de guerra (comprendían muy bien la importancia de cada obús que salía de su taller) fueron a cada instante

paralizados por los organismos centrales. Se puede decir lo mismo de muchos abnegados especialistas venidos del extranjero.

»Citaré al azar el caso de aquel ingeniero belga, el camarada K…, especialista en materia de fabricación de explosivos, que se ofreció al departamento correspondiente, siendo rechazados sus servicios porque se tenían contratos con los proveedores extranjeros; y el de aquel ingeniero español que dirigía una escuela de aviación y que presentó un proyecto perfectamente realizable de una empresa para fabricar aviones, que fue rechazado para permitir las compras al extranjero.

»En cuanto a Vallejo, mencionado más arriba, fue despedido hacia mayo de 1937, como tantos otros trabajadores abnegados, y sustituido evidentemente por estalinistas y… fascistas.

—¿Fascistas? ¡Exageras!

—No, no exagero en absoluto. Constato un hecho: Cataluña poseía una industria metalúrgica bastante importante fácilmente transformable, y las materias primas necesarias llegaban en cantidad suficiente del centro y también de extranjero: Una potente industria de guerra, que habría hecho a España casi independiente de los especuladores extranjeros, podía y debía nacer. Una prueba, ésta histórica. ¿No alimentaba España, durante la gran guerra, a los dos campos beligerantes, a los que proveía de municiones de buena calidad? Sin embargo, una gran fábrica de municiones que trabajaba en aquella época para Francia —cuyo ingeniero fue asesinado, durante la gran guerra, en condiciones misteriosas por agentes del contraespionaje alemán— hacía durante los últimos meses, para el gobierno republicano, un 90% de cartuchos defectuosos.

»En la empresa que yo administraba, la producción sólo había bajado últimamente en un 30 a 40% (pero este es un caso excepcional). La producción bajaba evidentemente no sólo en cantidad sino también en calidad, y esto era un fenómeno general. ¿Las razones? La inercia, la mala organización, y esto pese al número creciente de *organizadores* de nuevos inspectores, de nuevas comisiones, que debían buscar las razones de esta anarquía… Cuantas más «comisiones» nuevas habían, cuantas más nuevas circulares e instrucciones, que cambiaban cada 15 días los métodos de trabajo, cuantas más estadísticas a establecer, fichas a rellenar (una sola

factura debía hacerse en seis ejemplares), cuantas más comisiones de control buscando por ejemplo falsos enfermos,[13] cuantos más controladores a la búsqueda de los «incontrolados», peor iba todo, pese a las fanfarronadas oficiales y mentirosas, y pese a las muecas de *stajanovismo*.

»Ilustremos este siniestro desorden, y después intentaremos explicarlo. La Subsecretaría de Armamento, que concentraba y dirigía toda la industria de guerra, debía aprovisionarnos de materias primas (hierro, carbón, madera, petróleo, tierra refractaria, arena de fundición, aceite para las máquinas, etc.). Sin estas materias primas, o si simplemente faltaba una de ellas, nos parábamos, condenando a los obreros a jugar a las cartas en el interior del taller.

»Ahora bien, muy a menudo faltaba alguna materia de primera importancia. Faltaba no porque la Subsecretaría no la tuviera (sus almacenes rebosaban, y la misma materia era muy a menudo robada), sino porque el responsable del departamento correspondiente *olvidaba*, a pesar de las órdenes escritas y telefónicas, enviárnosla, «olvidaba» enviar el petróleo o el carbón, por ejemplo, a pesar de que había recibido los pedidos provistos de todos los sellos. Por el contrario, él o su colega, a menudo «no olvidaban» enviar una materia prima en cantidad demasiado grande, amenazando obstruir la empresa.

»Había —cuenta Casanova— casos cómicos, o mejor tragicómicos, a este respecto. Una vez, el responsable de un departamento se equivocó en una cifra y simplemente añadió un cero. En lugar de 5 toneladas de carbón, envió 50. No es una broma, es un hecho como tantos otros. Podemos encontrar historias de este género en el humorista soviético Zochtchenko, pero Zochtchenko hacía sátiras y exageraba intencionadamente, mientras que yo me limito a relatar unos hechos. Nos enviaban materias primas muy caras, que nuestra fábrica no necesitaba. Así, el contrato establecido, contra todo sentido común, entre nuestra fábrica y la Subsecretaría, preveía una entrega mensual de 200 kilos de ferromanganeso y 200 kilos de ferrosilicio. Múltiples intervenciones telefónicas y orales por parte del director técnico, del inspector de la Subsecretaría y mías, con el fin de anular estos envíos de materias tan caras y que necesitaban otras fábricas, no dieron ningún

resultado. El ferromanganeso y el ferrosilicio llegaron a nuestra fábrica hasta el último momento.

»Para trasladar una materia de una fábrica a otra hacían falta autorizaciones y permisos especiales del inspector de la Subsecretaría, sin los cuales no podíamos hacer nada. Y como se trataba de una colectividad que estaba compuesta por una treintena de fábricas y el gobierno mantenía una política de sabotaje de estas colectividades (trataré el problema de las colectivizaciones más adelante), no se concedían las autorizaciones.

»La Subsecretaría prefería paralizar la producción, que oficialmente estaba encargada de impulsar y coordinar, antes que colaborar honradamente con la Colectividad.

»Paso ahora a la corriente eléctrica (un problema de primera importancia), sin la cual también nos quedábamos *en plan*, como se dice en francés[14] ¡pues bien! la corriente eléctrica faltaba precisamente durante las horas en que teníamos más necesidad de ella, es decir durante las horas en que se fundía.

»Una larga interrupción de corriente, haciendo que el contenido del horno eléctrico se solidificara, lo inutilizaba, y paralizaba la fábrica. Aún estoy viendo a mi colaborador el director técnico (el antiguo patrón), desconcertado en esos casos y suplicándome a cada instante que llamase a la central eléctrica.

»La corriente eléctrica faltaba no sólo durante las alertas de bombardeo (cosa inevitable), sino numerosas veces por día, y había días (últimamente muy frecuentes) en que ni la veíamos. Evidentemente estos incidentes daban pretexto para abundante papeleo. Cada mañana debíamos señalar, en tres ejemplares, las interrupciones de corriente de la víspera (número, duración, etc.). Como ves, más controles, más fichas, más papeleo, pero la corriente seguía faltando.

»Otra cosa. Nuestra colectividad necesitaba ciertas máquinas y sólo podía comprarlas en el extranjero. Para hacer estas compras había delegado a algunos representantes. Pero el gobierno, que no se inclinaba a favorecer a la colectividad (colectividad CNT-UGT, pero de la cual la mayoría de los obreros y del consejo de empresa eran de la CNT), denegaba los pasaportes, alegando que no tenía divisas para semejante lujo. Pero, por el contrario,

tenía divisas para enviar múltiples delegaciones al extranjero cuyo fin era limpiar los zapatos de algunos demócratas millonarios y encerar el suelo en la antecámara de los señores ministros de Francia e Inglaterra para conquistar el corazón de Chamberlain —objetivo central e imposible de toda la política internacional del Frente Popular. Pues bien, las máquinas no fueron compradas… Resultó una pérdida para la colectividad, y la imposibilidad de poner en marcha algunas secciones en numerosas fábricas. Una pérdida, evidentemente, para la industria de guerra, pero los señores de la subsecretaría no se ocupaban de este detalle.

»Cuando una pieza está terminada, sea un lingote, una pieza de máquina, un trípode de ametralladora Hotchkiss o un obús, debe ser entregada al destinatario, es decir otra fábrica que debe terminarla o a un arsenal, por ejemplo; y no debe en principio esperar a que *maduren los higos*.

»Es evidente; es incluso demasiado simple para que nos lo expliques.

»Es simple para vosotros, continúa nuestro amigo, pero no era tan sencillo para mí, ni para todos nosotros en nuestra fábrica de Barcelona. Por ejemplo, recibíamos una orden de la Subsecretaría, de la sección de explosivos o de la Subsección Blindada, de hacer determinada cantidad de piezas con urgencia, *urgentísimo*. Pongamos que debían estar listas en una semana. Los obreros han hecho su parte. Están preparadas en el plazo indicado. Pero hace falta que vengan a buscarlas. (Son pequeñas cosas, pero las pequeñas cosas hacen las grandes, ¿no es verdad?) Pues bien, a veces, a pesar del «urgentísimo», pasaban semanas, tal vez un mes, y las piezas seguían esperando… Telefoneábamos decenas de veces para que se las llevasen y siempre recibíamos la misma respuesta, la primera palabra que oye y aprende un extranjero en España: «mañana».

»Por el contrario, muy a menudo venían camiones inútilmente; muy a menudo para decirnos simplemente hola. Era muy agradable y alegre, pero costaba la tan necesaria gasolina. Podría también citar el caso de dos motociclistas haciendo un trayecto de un centenar de kilómetros para traernos *un documento de extrema importancia*: una simple factura que podía enviársenos simplemente por vía postal.

—Bromeas… te detienes en pequeños hechos que no tienen siempre importancia decisiva. ¿No encontramos un poco de burocratismo por todas partes, sobre todo en el periodo revolucionario, cuando el aparato recién construido no puede funcionar normalmente?

—Protesto —interviene Casanova—, se nota que no tienes esta modesta experiencia de este trabajo que me permitido palpar las cosas de cerca.

»*Sólo trabajando mucho ganaremos la guerra*, y también «¡Trabajar 12 horas, 14, 18, 24 horas no es bastante para ganar la guerra!»[15] y es exacto. La guerra se gana trabajando, evidentemente si se hacen cosas útiles. El tiempo es un factor de primer orden. En cuanto a este burocratismo que señalo, no sólo tomó proporciones colosales, sino que no se le combatía seriamente. Emplearé un término un poco grosero y que no me gusta mucho, pero que refleja bien la realidad, por lo menos en lo que concierne a la administración catalana: «S'en fotíen», «Es igual», «Está bien». Pero detrás de esta desgana, no sólo se escondía la indiferencia de la imbecilidad, sino también auténtico sabotaje… y la auténtica quinta columna. No se puede comparar este burocratismo ni siquiera con el burocratismo que existe y que existía en Rusia en los primeros años de la revolución.

»Un ejemplo, para mostrar la diferencia de los procedimientos en los mismos casos en Rusia en 1918-19, en plena guerra civil, y en España en 1936-39.

»A finales de marzo, en el momento de la ruptura del frente de Aragón, a la fábrica donde trabajaba vino un representante de la *Subsecretaría* con un pedido de azadas. Se necesitaban urgentemente en vista del avance rápido de los fascistas, que habían roto el frente y avanzaban a velocidad alucinante hacia Cataluña. La fábrica estaba repleta de encargos, pero las piezas que estaban encargadas podían evidentemente esperar. Las azadas eran más urgentes. Eran necesarias para hacer trincheras y construir una nueva línea de resistencia. ¡Pues bien! en un caso parecido, en Rusia (podría citar hechos de los que me ha informado un camarada que ha trabajado precisamente en la industria de guerra en Rusia, y 20 años después en España), llegaba una orden militar: se debía, incluso bajo pena de ser… liquidado, ejecutar la orden.

»En mi fábrica, en el año de gracia de 1938, se empezó primero por las negociaciones, siguieron los regateos, y después las reuniones de los comités seguidas de una correspondencia entre la fábrica y la *Subsecretaría*, y no hicimos las azadas.

»Si en Rusia el burocratismo no faltaba, por lo menos había una mano firme, una dirección consciente, que centralizaba todo y que, a pesar del sabotaje y de todos los obstáculos, imponía su voluntad. Todo esto faltaba en España, faltaba porque no había una unidad real (a pesar todas las monsergas sobre ella), unidad que en definitiva no podía hacerse sobre la base contradictoria del Frente Popular. Esta contradicción estallaba a cada instante. Saltaba a la vista para aquel que sabía ver. He aquí esta contradicción: de un lado el proletariado, que quería liberarse económicamente, de otro, los burgueses de izquierda y sus lacayos, fueran del rito estalinista a anarquista. Un querían ser los amos de las fábricas, los otros que todo volviese al orden… al orden burgués, dentro del cual prometían generosamente reformas a los obreros. UNOS, LOS OBREROS, QUERÍAN ACABAR CON EL CAPITALISMO, LOS OTROS QUERÍAN CONSERVARLO. Para ver la contradicción no era necesario el microscopio, pero no hay microscopio que sirva a los ciegos.

»Esta *ligera* contradicción, cuya constatación fue considerada por los avestruces del Frente Popular como el gran pecado del siglo XX, y que se llama el trotskismo, salía en todo, absolutamente en todo, puesto que no era accidental, accesoria, ocasional, sino que estaba en la base de toda la guerra civil española.

»Aparecía, como hemos podido constatar, en la industria de guerra, en el ejército republicano, en toda la vida de la España gubernamental y en su economía en primer lugar.

IX

¿Qué pasó el 19 de julio?

Es importante precisarlo, pues el cuadro de estos acontecimientos, tal como lo presentan los jefes estalinistas y reformistas del Frente Popular, es falso.

¿Qué os han dicho en Francia diariamente durante casi 30 meses, en «L'Humanité» y «Le Populaire»? Que existían en España una república democrática y un gobierno legítimo que conducían a este bello país hacia el progreso y la felicidad. Pero un día los generales perjuros (es más o menos como la revuelta de los diablos en el cielo que ha engendrado el mal sobre la tierra, y que sirve a la Iglesia para acomodar el dogma de que Dios es todopoderoso e infinitamente bueno) se rebelaron. Estos agentes de Alemania y de Italia sumieron al país, que estaba en la vía floreciente de la democracia, en la mortífera guerra civil. La guerra civil ha sido sobre todo impuesta a los españoles (a pesar de su temperamento impulsivo, estaban hechos para entenderse) por el extranjero y por los agentes de Mussolini y de Hitler. Son ellos los que han roto esta unidad de la nación española en buen camino, sobre todo después de las elecciones victoriosas del Frente Popular español de febrero de 1936. Así pues los generales al servicio extranjero se rebelan. Todos los demócratas, los obreros, los campesinos, los pequeños burgueses, los mismos burgueses, que ponen por encima de su interés egoísta el interés superior de la democracia y de la nación, salen a la calle, dan su sangre por el gobierno democrático, constitucional y legítimo de España, al que salvan el 19 de julio de una situación embarazosa. La

segunda guerra de independencia comienza en España. Es una guerra sobre todo nacional contra los países extranjeros, para proteger la integridad del Estado español, de sus colonias y protectorados. En fin, aunque «la causa de España fuera la causa de toda la humanidad progresiva y avanzada»[16] no hay en España guerra civil, ni guerra de clase, sino sólo una guerra contra el invasor extranjero.

Esta concepción, que encontró su expresión completa en los trece puntos de Negrín aprobados (no lo olvidemos), no sólo por los estalinistas, sino también por el representante de la CNT en el gobierno, ha sido repetida urbi et orbi miles de veces. Esta concepción también tenía, por lo demás como objetivo ganar el corazón de Chamberlain.

Volviendo a la economía, según la imagen de los dirigentes del Frente Popular, ésta ha sido evidentemente alterada por la revuelta de los generales. Los obreros y los campesinos se vieron obligados a ocupar ciertas fábricas,[17] y a trabajar la tierra, pero fue porque los propietarios fascistas y otros burgueses de color indeterminado habían huido. En cuanto a estos últimos, lejos de ser fascistas, lisa y llanamente eran burgueses, y cometieron una gran tontería, huyendo a consecuencia de su incomprensión del carácter real del conflicto español, que estaba tan bien explicado en las tesis de Dimitrov[18] y José Díaz[19] Fueron esta incomprensión y este equívoco los que les indujeron a emigrar, ya fuera a la zona fascista, ya al extranjero… No había pues ninguna revolución en España[20] (invención de los trotskistas que, con sus teorías, servían al fascismo), sino únicamente la defensa del legítimo gobierno y de los derechos consagrados por la Constitución y los Códigos.

Conocéis el cuadro, ya que os habéis molestado en leer diariamente la prensa del Frente Popular. Ahora dejadme explicaros la verdad.

Como marxista creo que el proletariado no tiene ninguna razón para cerrar los ojos. Debe mirar la realidad de frente, «cara a cara», como se dice en español. La superioridad del sistema marxista, materialista y científico, sobre todos los sistemas idealistas, consiste precisamente en que parte del análisis exacto de la realidad económica y política, de las contradicciones reales entre las clases sin preocupaciones sentimentales *a priori*, para

indicar al proletariado la vía a seguir. Pero es verdad que no había marxistas entre los doctores del Frente Popular.

Mi análisis del conflicto español parte de la constatación de la principal y esencial contradicción de nuestra época; a saber, el conflicto que opone a las dos clases fundamentales de la sociedad contemporánea: el Proletariado y la Burguesía. La burguesía existía y gobernaba en España antes del 19 de julio bajo el régimen de Frente Popular, después de su triunfo electoral de febrero como gobernaba en Francia bajo todos los gobiernos de Frente Popular (y no se sentía mal), como gobernó en Rusia con un gobierno de otro Frente Popular, el de Kerenski en 1917, antes que los «agentes de Alemania» Lenin y Trotsky lo echaran.

Pero España es un país atrasado, quizá no tanto como la Rusia zarista, pero que en muchos aspectos se le parece. La burguesía española, el capital financiero, gobiernan pues como gobiernan en este momento en Lituania, agrícola y atrasada, o en las islas Filipinas. Pero la burguesía española gobierna sin haber hecho una revolución burguesa, como la que tan bien hicieron los jacobinos en Francia en 1789. La burguesía española llegó al poder tras una serie de compromisos con el feudalismo. Las castas reaccionarias, los terratenientes, la Iglesia (potencia económica, y no sólo moral y política, en España), la casta militar, una burocracia muy poderosa, juegan un papel de primer plano en la vida del país y lo impiden avanzar en la vía del desarrollo capitalista. Añadamos a esto, como en la Rusia zarista, el papel decisivo del capitalismo extranjero, sobre todo el inglés y el francés, que tiene en sus manos las principales riquezas del país y por el que la burguesía española es estipendiada.

España estaba, en suma, como Rusia en 1917, ante la revolución burguesa; es decir, las tareas urgentes planteadas por las necesidades objetivas del desarrollo del país eran: la abolición de todos los restos de feudalismo, el reparto de las tierras entre los campesinos pobres, la supresión del poder de la Iglesia, de la casta militar, de la burocracia y también la liberación del país del dominio del capitalismo extranjero, el cual, sea inglés, francés o alemán, está precisamente interesado en el mantenimiento de la España atrasada con todos sus caracteres medievales.

Sin embargo, esta revolución burguesa no ha podido en España, como tampoco en Rusia, sea realizada por la burguesía española, débil y domesticada. La revolución burguesa sólo pudo ser dirigida por el joven, pero muy combativo proletariado español. Pero el proletariado español, para acabar con estos restos medievales, no podía pararse en la liquidación de estos restos de feudalismo, sino que debía acabar con el capitalismo, íntima e indisolublemente ligado los terratenientes y a la casta militar.

En suma, para sacar a España de su sueño más que secular, el proletariado español debía hacer su revolución proletaria, establecer la dictadura del proletariado, y, orientándose hacia la ayuda de la revolución europea, comenzar la construcción de un poderoso elemento de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Tal era el dilema planteado en España, no por algunos tozudos doctrinarios, sino por el desarrollo objetivo del país. Quedarse atrás, como un país semifeudal, con su ignorancia y su esclavismo, o ir audazmente hacia adelante, hacia el socialismo. Tal era, tal es, aún hoy, la trágica alternativa para este país, donde se aplica precisamente la teoría de la revolución permanente.

Esta teoría, de la que encontramos embriones en Marx, y que ha sido magistralmente desarrollada por León Trotsky desde 1905 y después también magistralmente aplicada conjuntamente, a pesar de las distintas vías teóricas que les habían llevado a ella, por Lenin y Trotsky en 1917, nos enseña que: durante el periodo imperialista del capitalismo decadente, las revoluciones democrático-burguesas del tipo de la Revolución Francesa de 1789 son imposibles. Corresponde al proletariado de los países atrasados tomar la dirección del movimiento para la liberación de estos países del feudalismo, y también del capitalismo.

La revolución política de abril de 1931 no había resuelto nada. La historia de esta república de «trabajadores de todas las clases»[21] es la historia de convulsiones permanentes.

El rey se marchó a divertirse en las salas nocturnas de las más bellas capitales europeas y dijo a las clases dominantes: «arregláoslas». Esto no era fácil. La historia de estos cinco años, 1931-1936, es la historia de los complots permanentes de los militares, de golpes reaccionarios (Sanjurjo),

de intentos de amordazar al proletariado por medio de una dictadura reaccionaria bajo cobertura parlamentaria (Gil Robles, Lerroux), de un lado, y de otro la de luchas heroicas del proletariado español, que tan pronto tomaban la forma de movimientos anarquistas, sin perspectivas, es verdad, pero que arrastraban a capas importantes del proletariado, sobre todo catalán, como de movimientos de masas que fueron hasta la gloriosa Comuna de Asturias. Es la historia de los *lockouts*, pero también de las potentes huelgas. Es la historia de las insurrecciones campesinas que tomaban forma de «jacquerie»[22] El país estaba en desequilibrio permanente. Los campesinos querían la tierra. La república «de trabajadores de todas clases», bajo la presidencia del Consejo del señor Azaña, les daba balas. La bonita república continuaba dando balas a los campesinos andaluces incluso cuando el señor Azaña, gracias a la victoria del Frente Popular, fue elevado a la magistratura suprema, la de la presidencia de la República. Esta defendía a los nobles y marqueses y su vida de señoritos. Los obreros se organizaban en fuertes sindicatos, los patronos exigían medidas fuertes del poder. Las persecuciones contra las organizaciones proletarias fueron tan fuertes bajo Gil Robles-Lerroux como en los peores años de la dictadura de Primo de Rivera, y fueron hasta la sangrienta represión de la Comuna de Asturias. La República protegía a los generales de la monarquía, garantizando su situación, pero los generales no se sentían seguros porque tras de la República veían al proletariado. Y hacían a la República responsable del peligro revolucionario. Se hicieron leyes formales sobre la separación de la Iglesia y el Estado. Así se descontentó al clero que se sentía amenazado, pero no se tocó su potencia real, su potencia económica. En realidad, la República protegía a la Iglesia, pero la Iglesia le guardaba rencor por sus veleidades laicas. Y así interminablemente. ¡No se satisfacía a nadie, y se descontentaba a todo el mundo!

Los impedimentos iban creciendo. El representante clarividente de la burguesía española, Gil Robles, se dio cuenta de que, con el parlamentarismo no había nada que hacer. Algunos meses antes del golpe de julio de 1936 salió del parlamento dando un portazo. Y esto era algo más que gesto. Era la ruptura de la gran burguesía con la democracia.

Los cinco meses de Frente Popular, febrero-julio de 1936, fueron unos meses de agitaciones que llegaron al paroxismo. Los generales, la Iglesia, la Banca, ayudados por el capitalismo extranjero, preparaban su golpe más fuerte. Los campesinos se rebelaban. Los obreros hacían huelgas y se impacientaban. Pero los jefes del Frente Popular aconsejaban esperar, siempre esperar, y tener confianza en el aparato de gobierno legítimo que era necesario apurar. Eran los obreros quienes debían tomar la iniciativa, pero estaban paralizados por el Frente Popular.

Un freno semejante no existía al otro lado de la barricada. La reacción sentía el peligro de la revolución ascendente. Mola, Cabanellas, Franco, han sido instrumentos de todas las clases reaccionarias. Tenían lazos con Hitler y Mussolini, pero también con el capitalismo inglés. Hitler y Mussolini buscaban y buscan evidentemente posiciones estratégicas en España. Se han servido y se sirven de Franco por razones imperialistas. Lo comprendemos tan bien como José Díaz y Álvarez del Vayo; pero éste sólo es un aspecto de guerra civil española. ¡Y no el esencial!

El fin esencial era, y sigue siendo, para el capitalismo internacional, tanto en los países fascistas como en los democráticos, aplastar la «peste roja», es decir, aplastar al proletariado y garantizar, de la única forma posible, la continuidad de la explotación capitalista en un país donde la democracia burguesa no tenía ninguna posibilidad de subsistir. De ahí la «no intervención», la unidad (esta vez real) del capitalismo internacional, incluido el democrático. Este último podía ciertamente maniobrar contra su competidor fascista en España, enviando ocasionalmente ciertas cantidades de armas[23] para prolongar la matanza, pero no podía comprometerse a fondo… ni preservar a la clase obrera española del fascismo.

No negamos el papel de los agentes de Hitler y Mussolini en el desencadenamiento de la guerra civil, pero de ahí a explicar la guerra sólo por sus intrigas, hay una diferencia.

Si Hitler y Mussolini pudieran utilizar a Franco (y no es del todo seguro que sean sólo ellos quienes lo utilicen en el futuro)[24] es porque había asimismo en España un conflicto de poderes: entre el fascismo y el proletariado. No han ‘inventado a Franco en sus gabinetes, sino que se han apoyado en las fuerzas reaccionarias existentes en la misma España. La

teoría que explica el fascismo por la intervención de los «agentes del extranjero», es tan ridícula como la teoría de los reaccionarios que explican cada movimiento revolucionario en no importa qué punto del globo por «las maniobras de los agentes de Moscú». Es una prueba más de la bajeza y la idiotez que han alcanzado los ideólogos del Comintern.

El levantamiento del 18 de julio fue el intento de devolver a España a su situación pasada y de detenerla brutalmente en la vía de su desarrollo.

El fascismo arrojó el guante. El proletariado lo recogió. No se levantó en defensa de una república podrida que lo explotaba y que engendró al fascismo. Se levantó para liberarse.

X

¿Ha habido una revolución proletaria en España?

¿Ha habido una revolución proletaria en España? Vale la pena plantear la cuestión y responderla.

Álvarez del Vayo, Dimitrov, Díaz, Marty e incluso ciertos «anarquistas», responden que esto es una invención de exaltados y de trotskistas.

Veamos sin embargo las cosas desde más cerca. Pido pues un minuto de atención a los miembros de los partidos de la II y III Internacionales y de la Internacional anarquista. Dejo de lado a los «exaltados» que construyen la IV Internacional… Abrid vuestros carnets de miembros del partido. Veréis cómo se define el objetivo revolucionario de estas organizaciones. Los medios de producción deben pasar a manos del proletariado, que debe, al mismo tiempo, apoderarse del poder político. Este objetivo revolucionario, que es a la vez la definición de la revolución proletaria, lo encontraremos en los estatutos de los partidos que se llaman marxistas. En cuanto a los anarquistas, plantean como objetivo de la transformación revolucionaria la supresión inmediata, no sólo del capitalismo, sino también del Estado.

Según los marxistas, en consecuencia, la revolución proletaria es la toma de los medios de producción y del poder político por la clase obrera, que debe tomar la forma de la dictadura del proletariado.

Después de este simple recordatorio volvamos a España.

Cuando los generales y toda la canalla reaccionaria dieron el golpe el 18 de julio, los obreros comprendieron instintivamente el sentido del golpe de Estado. Fueron a las barricadas. El proletariado, y él solo, salvó la situación. El aparato burgués se pasó en su mayor parte del lado de los fascistas… Pero los obreros no fueron a las barricadas por los bellos ojos de la democracia burguesa. Pasaron a la revolución socialista. En las grandes capitales y en los pequeños pueblos, atraparon a los burgueses y a los terratenientes, y se apoderaron de sus bienes. Que esto haya tomado la forma de colectivización, de socialización, de «construcción del comunismo libertario en un solo pueblo», sólo tiene una importancia secundaria. Lo principal es que el fenómeno fue general. Los obreros se apoderaron de todas las riqueza del país.

En cuanto al aspecto político de la revolución, «empezó» también realmente en España en 1936: los obreros crearon sus organismos independientes del Estado burgués: las milicias con su Comité Central de Milicias Antifascistas; las Patrullas de Control, organismo auténticamente revolucionario destinado a proteger el orden público contra los ataques contrarrevolucionarios; los comités obreros que existían en todos los pueblos, independientemente de su variada forma, constituían la única autoridad real durante los primeros meses que siguieron al 19 de julio. Existían dos poderes: Un poder fantasma, el poder oficial estatal republicano. Otro, éste real, el de los comités y las organizaciones obreras. Aunque este segundo poder no haya tomado jamás la forma coordinada, organizada y centralizada de los soviets, dominaba la vida del país los tres primeros meses hasta la formación de los gobiernos de coalición que incorporan a todos los partidos obreros, y subsistía aún hasta el golpe contrarrevolucionario de mayo de 1937. En consecuencia, la revolución obrera había comenzado completamente, en el terreno económico y político, en España, en julio de 1936.

Evidentemente, hacía falta concluirla. Era necesario destruir completamente el viejo aparato estatal de la burguesía y todo lo que quedara de ella. Los Comités debían ampliar su base y transformarse en órganos democráticos del proletariado. Debían tomar el poder en el país, centralizar la economía, nacionalizar los bancos, elaborar un plan económico y

conducir, sobre la base proletaria revolucionaria, la guerra contra el fascismo.

Pero la revolución social fue criminalmente estrangulada en seguida por los jefes del Frente Popular, y también por los dirigentes de todos los partidos obreros que optaron por las carteras en el Gobierno y en la Generalitat y no por la vía revolucionaria. La aplicación de la fórmula «Primero ganar la guerra, después hacer la revolución» condujo, como lo habíamos previsto desde 1936, a perder, primero la revolución, después la guerra.

XI

Los acontecimientos de mayo de 1937

Existía en España la dualidad de poder, aunque bajo una forma incompleta y parcial, en los primeros meses que siguieron al 19 de julio. El segundo poder, el embrionario poder obrero, se expresaba en los comités obreros que se habían creado en todas las ciudades y hasta en los más pequeños pueblos de la España gubernamental. Estos comités, en cuyo seno entraron los representantes de todas las organizaciones proletarias, tomaban diversas formas: eran los Comités de Defensa que aseguraban el orden público por medio de las Patrullas de Control y que administraban los pueblos y las ciudades. En las fábricas se habían formado los Comités de fábrica. Los transportes y toda la administración tal eran controlados por los delegados sindicales. En los barcos los marinos formaban sus consejos. Las milicias eran organizadas desde un principio por los partidos y los sindicatos. En base a la propuesta del presidente Companys se creó en Cataluña el Comité Central de las Milicias Antifascistas. Formalmente, era un organismo de la Generalitat; en la realidad fue, en el primer periodo, el único poder efectivo en Cataluña. El gobierno de la Generalitat era una apariencia tolerada porque las organizaciones obreras no habían tenido el valor de liquidarla.

Sin embargo, fue esta apariencia del poder, la Generalitat, la que venció sobre el poder del pueblo y de los comités Los jefes de las organizaciones obreras inyectaron sangre nueva a esta institución agonizante. Se liquidó el Comité Central de las Milicias Antifascistas y se formó el ministerio de

coalición de Tarradellas, en Cataluña, a fines de septiembre. Un mes después los anarquistas entraban igualmente en el gobierno central. A partir de la formación de esos gobiernos de coalición, la situación evolucionó en la España «gubernamental» hacia el debilitamiento del poder de los Comités y el reforzamiento del poder central burgués.

Las razones de esta evolución reaccionaria residen íntegramente en la política de los partidos obreros.

La consigna central del partido comunista español y de su filial catalana era: «¡Todo el poder al gobierno!». A esto, los comunistas añadían «¡Más pan y menos comités!». Los estalinistas hacían responsables a los comités, es decir, a la revolución, de todas las dificultades administrativas, de la falta de organización y del desorden del abastecimiento. Sin embargo, la supresión de los comités por el partido de Comorera no hizo sino aumentar las dificultades. Los Comités fueron destruidos, pero el pan se hizo más escaso. En su campaña por la destrucción de los Comités de Defensa, de las Patrullas de Control, de los Consejos de Marinos, los comunistas fueron apoyados firmemente por los elementos burgueses y nacionalistas. En este trabajo contrarrevolucionario les apoyaban, en Cataluña, la «Esquerra Catalana», el partido democrático burgués, y el «Estat Catalá», partido catalán nacionalista y separatista. En cuanto a los anarquistas, iban a la cola del bloque estalinista-burgués. Si la dirección de la CNT aparentaba resistirse, era por la presión de la base, es decir, de los obreros anarquistas que querían conservar las conquistas de la revolución. En Cataluña, la revolución ha ido más lejos desde el punto de vista social que en el resto de España. No tiene nada de sorprendente que el conflicto entre los dos poderes haya tomado allí formas más agudas.

Los decretos de la Generalitat de Cataluña sólo eran ejecutados si las organizaciones obreras y, en primer lugar, la CNT, lo querían. Por ejemplo, después de 1936 las milicias habían sido militarizadas y había sido formado el «Ejército Popular» por decreto de la Generalitat. Jurídicamente, ambos dependían solamente del Consejo de Defensa y del Estado Mayor del gobierno central. Pero, de hecho, las milicias dependían de los organismos dirigentes de los partidos y sindicatos. Ocurría lo mismo en el terreno del orden público.

La dualidad de poder, fenómeno general al inicio de cada revolución, no puede ser más que un periodo transitorio. Uno de los dos poderes antagónicos debe desaparecer. Con mayor razón, la dualidad de poderes no podía subsistir en el período de guerra civil contra el fascismo. La centralización del poder era ineluctable y necesaria. Según nosotros, bolcheviques-leninistas, debía realizarse sobre la base de los comités obreros generalizados, democratizados y coordinados. Según los estalinistas y los republicanos, sobre la reconstitución de la república burguesa.

Ciertos anarquistas se imaginaban, es cierto, que la competencia entre estos dos poderes puede prolongarse indefinidamente. ¿No es esto anarquía? La dualidad de poderes, en efecto, tiene de común con la anarquía, en el sentido vulgar de la palabra, que el conflicto de competencias entre los poderes no permite la formación de un poder centralizado. Pero esta «anarquía», o mejor, este desequilibrio de la sociedad culmina siempre, en el curso de las revoluciones, en un enfrentamiento entre los poderes rivales. Después de este enfrentamiento, siempre sangriento, un poder se impone al otro y elimina a su rival. Tal fue el sentido de los acontecimientos del 3 al 6 de mayo en Barcelona.

La ocupación de la Central Telefónica por los guardias de asalto sólo fue un pretexto por parte de la coalición estalinista-burguesa para desarmar al proletariado. A consecuencia de la desidia del POUM y sobre todo de la dirección de la CNT y de la FAI, y de sus abandonos y capitulaciones sucesivas, los estalinistas y burgueses republicanos, que, en los primeros meses, no osaban enseñar la nariz, se sintieron a primeros de mayo de 1937 suficientemente fuertes para intentar su golpe de fuerza contra la revolución y sus organismos.

La Central Telefónica, como otras instituciones de utilidad pública, estaba gestionada desde julio por los comités obreros, con representación de las dos centrales sindicales, UGT y CNT. La CNT predominaba en Cataluña. La ocupación de la Central Telefónica por los guardias de asalto fue ejecutada tras un complot urdido por los estalinistas y republicanos, sin que el gobierno catalán, la Generalitat, fuera puesta al corriente. Los ministros anarquistas ignoraban la decisión de ocupación de la Central Telefónica.

Los obreros cenetistas de Barcelona reaccionaron espontáneamente construyendo barricadas. Comprendían que querían desarmarlos y arrebatarles sus conquistas del 19 de julio. El POUM se unió al movimiento. No obstante, su dirección esperaba las decisiones del Comité Regional de la CNT. El movimiento llegó a ser muy poderoso. Los obreros revolucionarios de la CNT dominaban la ciudad. La CNT tenía en sus manos todos los triunfos: el apoyo de la mayoría del proletariado, las armas en cantidad suficiente, los transportes, lo que le permitía impedir la llegada de tropas de Valencia. La provincia catalana seguía el desarrollo de los acontecimientos. La base de la CNT sólo esperaba la orden del centro para pasar al ataque.

Del otro lado de la barricada, en Barcelona, estaban la policía y los estalinistas; pero la policía, en numerosos lugares, no se decidía a intervenir, vista su inferioridad, y se declaraba neutral. En cuanto a los estalinistas, si bien se sentían suficientemente fuertes para asesinar a militantes revolucionarios aislados como Berneri, Barbieri y otros, tampoco osaban pasar al ataque. Esperaban ayuda de Valencia.

La dirección de la CNT, por la situación, estaba llamada a jugar el papel de centro dirigente de la insurrección proletaria, pero jugó el papel de agente del enemigo. Traicionó al movimiento exhortando a los obreros a no atacar, después a abandonar las barricadas, y, de esta manera, entregó al proletariado de Barcelona a la reacción estalinista-burguesa.

«¡Pero no podíamos entablar la batalla a fondo ya que esto habría exigido la retirada de nuestras milicias del frente y, en consecuencia, habría favorecido a Franco!» argumentaban los anarcoministros. Lo curioso es que este argumento no existiera para el ala derecha del Frente Popular, es decir, los estalinistas y los burgueses. A estos últimos, no les inquietaba enviar a Barcelona las tropas que el frente necesitaba.

Pero la CNT, para dominar la situación en Barcelona, en Cataluña, y en Aragón, no tenía ninguna necesidad de retirar del frente a las milicias cenetistas. En la retaguardia disponía de fuerzas suficientes. Los dirigentes cenetistas evocaban peligros imaginarios con el fin de justificar traiciones. Por el contrario, la liquidación del poder burgués, es decir, de la Generalitat, y el paso del poder a manos de los Comités de Defensa, creados

espontáneamente en el curso de la lucha, habría sido un golpe terrible contra Franco. La revolución proletaria triunfante en Cataluña habría cambiado por completo la situación en toda España. Habría impulsado a los obreros de Madrid y de Valencia, que habrían seguido el ejemplo de Barcelona, habría centuplicado la energía y la combatividad del proletariado, habría tenido repercusiones en la retaguardia franquista, que se habría levantado, habría tenido repercusiones incluso fuera de las fronteras de España.

García Oliver y Federica Montseny[25] optaron por la otra vía. Siguieron a la burguesía y a los estalinistas. No obtuvieron su recompensa: tres semanas después fueron despedidos. El negro ha hecho su trabajo, el negro puede marcharse. El gobierno de Largo Caballero fue reemplazado por el «Gobierno de la Victoria», el del doctor Negrín. Los obreros cenetistas fueron desarmados. Las patrullas de control, disueltas. Las conquistas económicas del proletariado fueron progresivamente eliminadas.

El aplastamiento de los obreros revolucionarios de Barcelona abrió la puerta a la reacción estalinista-burguesa y, en consecuencia, a Franco.

XII

La economía del frente popular

Los obreros tomaron las fábricas en sus manos. La revolución surgió desde abajo. De los de arriba, es decir, las direcciones de los partidos obreros, sólo provinieron los frenos.

Los decretos del gobierno de la Generalitat de Tarradellas concernientes a las colectivizaciones, por ejemplo, no han sido más que la consagración tardía de una situación de hecho.

La economía de la España gubernamental reflejaba las tendencias contradictorias que desgarraban el campo antifascista. De un lado, las medidas de estatización, es decir, la toma por el Estado de las fábricas y empresas «abandonadas», es decir, las fábricas que los obreros habían hecho abandonar a los capitalistas; de otro, las colectivizaciones que reflejaban la voluntad de los obreros de gestionar la economía del país, pero que sobre todo habían sido inspiradas por los anarquistas que veían en ellas el comienzo de la realización de sus teorías sobre la unión de las comunas libres.

Estas colectividades tenían muy a menudo los rasgos del socialismo pequeño burgués: los obreros se apoderaban de una empresa y, a veces, incluso repartían los beneficios. A pesar de esta errónea orientación, las colectivizaciones, en caso de haberse dado una evolución revolucionaria, evidentemente podían servir de punto de partida de la economía socialista.

Los consejos de empresa constituían, a pesar de los procedimientos de la burocracia sindical que impedían su funcionamiento democrático, un organismo proletario nacido del movimiento del 19 de julio. De ahí la lucha constante del gobierno contra estos consejos de empresa.

El gobierno de Frente Popular se veía arrastrado contradictoriamente hacia las concepciones capitalistas de la economía, hacia la concepción anarquista de las comunas libres, y hacia la concepción socialista.

La orientación general del Frente Popular le indicaba evidentemente el camino de la supresión de las colectividades. No entraban en el marco de la república democrática y constituían un obstáculo en la conquista del corazón de Chamberlain.

Hace cuatro meses, el consejero de la Generalitat Vidiella, uno de los dirigentes del PSUC, declaró abiertamente que estaba avergonzado de ver en Barcelona tantas inscripciones de este género: Colectividad, Industria Socializada, etcétera… Vidiella decía que esto indisponía a los visitantes extranjeros, y, en primer lugar, a los ingleses, y ponía trabas a la ayuda de las democracias.

Sólo que, a pesar de hacer la corte tierna y obstinadamente a Chamberlain, los jefes del Frente Popular no podían ir hasta el fin en el camino de la supresión de las colectividades. No podían romper con los obreros, sobre todo los cenetistas, ni con los obreros de la UGT, quienes tampoco querían la destrucción de las colectividades.

En suma, nuestros demócratas estaban situados entre dos fuegos. Querían conciliar a Dios con el diablo. Era difícil. Incluso imposible. Pero por su carácter de clase, estos pequeños burgueses no podían hacer otra cosa más que intentar conciliar lo inconciliable.

La política económica del frente popular es precisamente el reflejo de esta contradicción.

La historia de la colectividad donde yo trabajé es sintomática al respecto.

En el mes de enero de 1938, el gobierno decidió tomar en sus manos esta colectividad, o más bien, este conglomerado de colectividades, que pasó a depender del gobierno y se convirtió en una empresa del Estado. Pero la experiencia estatal sólo duró tres meses. Había conflictos

permanentes entre los representantes del gobierno y los consejos de fábrica, entre el subsecretariado y el sindicato de la CNT. Aquello no funcionaba en absoluto. El gobierno decidió, en el mes de marzo, anular el decreto sobre la estatización y volvimos a ser una colectividad y una empresa independiente que establecía contratos con el gobierno y estaba controlada por él.

Este nuevo «período», que empezó para nuestra colectividad en el mes de marzo de 1938 y que duró hasta el fin, no era de ningún modo un período de colaboración pacífica entre el gobierno y el consejo de fábrica. Al contrario. Os remito a todo lo que ya he dicho hablando de la industria de guerra.

Era una guerra unas veces sorda, otras abierta, que adoptaba formas diferentes, pero permanente. El gobierno nos enredaba a cada minuto. Sostenía permanentemente un revólver apuntado contra la cabeza de la colectividad: vivíamos bajo la amenaza permanente de una nueva medida de estatización. Una vez, el inspector de la Generalitat quiso presentar una denuncia contra la colectividad, que debía acarrear forzosamente su estatización, a causa de un error de contabilidad de 800 ptas…

Los comunistas eran partidarios naturalmente del pase de toda la industria de guerra a manos del Estado. Ese era el *leitmotiv* de toda su propaganda: «¡La industria de guerra y los transportes a manos del gobierno!», pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Los obreros no tenían confianza en el Estado de Negrín, es decir, en el Estado burgués. La centralización de toda la industria de guerra, de los transportes y de la economía en general, era evidentemente necesaria también para nosotros, los bolcheviques-leninistas españoles, pero sólo era realizable bajo el poder proletario que se llama la dictadura del proletariado.

Pero los comunistas estaban impacientes. Empujaban al gobierno a tomar medidas enérgicas, es decir, nuevas medidas de estatización. Para estos héroes del gangsterismo, todo se reducía a medidas enérgicas y dictatoriales. Estos «marxistas» pensaban que todo puede resolverse por medidas administrativas y procedimientos de «gobierno fuerte». Así, pensaban que unas medidas fuertes y dictatoriales podían poner orden en la industria de guerra, que los decretos podían suprimir la especulación

floreciente, etc… Por otra parte, esto tenía su explicación. ¿Acaso no habían «aplastado» el trotskismo con medidas de tipo policíaco y asesinado a Andreu Nin, a nuestro Erwin Wolf, a Moulin, etc.?

Pero, es más fácil ejecutar un atentado y matar a militantes obreros que resolver un problema económico por decreto.

Los comunistas, es cierto, recordaban Rusia y los métodos dictatoriales que fueron aplicados allí en el curso de la guerra civil. Sólo que olvidaban un pequeño detalle, a saber: que en Rusia los bolcheviques establecieron la dictadura del proletariado bajo la égida de Lenin y Trotsky, y no con el régimen del podrido Frente Popular.

Pero volvamos a las colectividades.

Algunas semanas antes de la derrota, los comunistas obtuvieron al fin sentencia favorable: un nuevo decreto del gobierno remitía al Estado todas las industrias que trabajaban, incluso indirectamente, para la guerra, pero no tuvo tiempo de ponerlo en vigor. Podemos preguntarnos si hubiera podido aplicarse aun en el caso de que no se hubiera producido la derrota.

Nosotros, los trotskistas, somos adversarios, es uno de nuestros pecados cardinales, de la teoría del «socialismo en un solo país», pero, con mayor razón, comprendemos lo ridículo de las teorías y las prácticas del socialismo en un solo pueblo y también en una sola fábrica y en una sola granja.

Concretamente, las colectividades sólo podían desarrollarse y prosperar centralizadas, generalizadas, y con la ayuda constante del gobierno proletario. Pero, una vez más, esto no existía en España.

La economía de la España gubernamental era pues muy variada: industria estatal, la del gobierno central y la de la Generalitat, una en guerra contra la otra, las colectividades haciéndose la competencia entre ellas, y, junto a esto, el capitalismo privado que se reconstituía poco a poco. Hay que añadir una especulación floreciente, el aflujo de gran cantidad de aventureros y de comerciantes extranjeros contra los que la policía del Frente Popular no podía nada, la ruptura casi completa de intercambios entre las ciudades y el campo, el campesino encerrándose en su colectividad o en su pequeña parcela, sin querer vender porque sólo podía recibir de la

ciudad billetes de banco cuyo valor disminuía cada día, vuelta pues a la economía primitiva, etc.

No teniendo el dinero más que un valor nominal, todo el comercio se hacía sobre la base del trueque. Se cambiaba aceite, si se encontraba, por arroz o judías, las almendras por jabón, el pan por tabaco, y los productos alimenticios por vestidos. Por ejemplo, era imposible hacerse cambiar las suelas de los zapatos en Barcelona utilizando billetes del Banco de España; sin embargo, algunos kilos de arroz o… un kilo de azúcar, abrían las puertas en todas partes. Todo el mundo trocaba, todo el mundo traficaba, todo el mundo llevaba el agua a su molino. Un individuo, una empresa, una granja, una colectividad, y también una burocracia en guerra permanente por intereses nimios… El resultado era fácil de prever: la situación era cada vez más grave.

Todas las medidas «enérgicas» del gobierno no eran más que palabrería y no podían ser otra cosa. Ciertamente, se combatía la especulación, por ejemplo… deteniendo a pobres mujeres que vendían avellanas en la calle[26] demasiado caras, a veces también se imponían multas a un especulador importante. Pero era un riesgo del oficio y un riesgo mínimo. El especulador siempre estaba protegido por sus amigos de la policía.

Denunciar a un especulador era peligroso: no para el especulador, sino para su víctima.

Por lo demás, todos dejaban hacer. El sentido de la responsabilidad desaparecía. La indiferencia se generalizaba. Se vivía al día. Todos se daban cuenta de que esta situación embrollada no duraría mucho tiempo y querían aprovechar.

—Comprendemos las contradicciones que desgarraban la economía del Frente Popular, pero ¿no estaba también desgarrada la economía fascista entre diversas corrientes opuestas, por ejemplo, entre los falangistas partidarios de una economía corporativa y los reaccionarios partidarios del viejo estilo? ¿No sufría Franco los mismos males que Negrín en el terreno de la economía? ¿Por qué pudo «resistir» mejor que Negrín en este terreno?

¡Profundo error! La economía de Franco funcionaba, a grandes rasgos (no estoy en la capacidad de dar detalles) como funciona la economía capitalista en cualquier país. Estaba ordenada y regularizada por las leyes

que regulan la economía capitalista, las leyes del mercado libre y de la libre competencia.

Por el contrario, la economía de Negrín no era ni podía ser una economía capitalista organizada, pero tampoco una economía socialista, quiero decir la economía del período de transición y de la dictadura del proletariado. No era ni carne ni pescado. Para unas cosas era demasiado rojo, para otras, demasiado pálido. Era un sinsentido erigido en sistema.

Para comprender su impotencia y su debilidad congénita, no hacía falta ser un gran sabio. Bastaba con ser marxista. Pero, desgraciadamente, de éstos había muy pocos en la Península Ibérica.

«Resistir», oponerse victoriosamente al fascismo en el terreno ideológico, sólo podía hacerse oponiendo al fascismo el socialismo y los métodos de la dictadura del proletariado.

Que los obreros de otros países no olviden esto.

Antes de terminar estas breves palabras que deben dar a los obreros franceses una idea sobre la economía de la España gubernamental, recordaré un pequeño hecho. Todos robaban, robaban pura y simplemente y según todas las reglas del oficio. Robaban los funcionarios bien situados, robaban los burócratas, los especuladores, pero robaban también los pobres diablos, los simples obreros: tenían necesidad de comer y debían alimentar también a sus chavales y los salarios no bastaban más que para comprar nabos y avellanas.

Incluso en varias fábricas de guerra desaparecían regularmente el carbón, la madera, y también las grasas, el aceite pesado y a veces incluso metales que tenían un cierto valor. No se robaban las máquinas porque eran difíciles de llevar y utilizar.

—¿Y permanecisteis pasivos ante tales crímenes?

—Más o menos… Para combatir esos crímenes, era necesario acabar con la gran causa que era el origen de todo esto, toda la política utópica y podrida de la república democrática, pero precisamente esa política la defendían los jefes todopoderosos del Frente Popular.

Por otra parte, denunciar a un ladrón o un espía no era siempre posible ya que la quinta columna estaba bien protegida dentro del aparato. En una ocasión en nuestra fábrica se despidió a un obrero que había trabajado allí

veinte años porque había robado un bote de aceite. Lo había cogido para hacer jabón. Sólo se podía tener lástima de él. En cuanto a los verdaderos ladrones, estaban bien protegidos por el sistema del Frente Popular.

XIII

El abastecimiento

—Has dicho que los obreros tenían que traficar e incluso robar para alimentar a sus hijos. ¿Querrías decirnos algo sobre el problema del aprovisionamiento y sobre la forma en que fue resuelto por el gobierno republicano? La prensa dijo de pronto que reinaba el hambre en Cataluña. Ese problema tenía su importancia. Olvidas que hacía falta comer

—¡Oh! No lo olvido. Desde hace ocho días no dejo de pensar en eso y a veces intento incluso comprender la política de no intervención cuando veo el pan blanco y la buena cocina francesa.

»El problema del aprovisionamiento es uno de los problemas centrales en la guerra y también en la guerra civil: es necesario comer para vivir, pero sobre todo para mantener una trinchera y para trabajar. Un tornero, un ajustador pero sobre todo un herrero, un fundidor o un peón no pueden alimentarse con discursos bonitos. No pueden producir si sólo tienen en el estómago nabos y avellanas. He visto eso de cerca.

»No había en Cataluña ni en Barcelona hambre en el verdadero sentido de la palabra, como por ejemplo en Rusia en 1920. Pero había una subalimentación notable. Se comía cada vez menos. Progresivamente desaparecían la carne, el aceite, las patatas y por último incluso las legumbres iban desapareciendo. Las comíamos, pero en cantidades cada vez más pequeñas y sin aceite. En cuanto al pan, la ración era de 150 gramos

por día y habitante. El peso medio de un barcelonés adulto ha disminuido cerca de 20 kilos.

»Pero no el de todos los barceloneses. Para conocer bien la política de aprovisionamiento del Frente Popular, sería interesante, e incluso muy instructivo, comparar, por un lado, la baja del peso medio de un especulador, un burócrata, de la gente de buena posición, de un policía, e incluso de un carabinero, y por otro la de un obrero de una fábrica, incluso de las fábricas de guerra. No se ha hecho una estadística semejante, pero el que ha vivido en Barcelona en el año 1938 no me desmentirá cuando diga que si la categoría A, es decir los burócratas, los burgueses reconstituidos, los especuladores, los policías, los guardias de asalto, y, general, todos aquellos que formaban parte de las fuerzas represivas del Estado, engordaban a veces, mantenían su peso o, en el peor de los casos, perdían algunos kilos de grasa inútil, por el contrario, la categoría B, es decir los obreros de Barcelona, han perdido un promedio de 20 kilos de su peso.

»En mi fábrica un obrero murió como consecuencia de la subalimentación que debilitó su organismo y le hizo incapaz de *resistir*.

»La política alimenticia del Frente Popular estaba en contradicción con el famoso precepto evangélico: *El que no trabaje, que no coma*.

»Eran precisamente los que menos trabajaban los que más comían. ¿Os dais cuenta del efecto que esto producía sobre la moral de la retaguardia, os dais cuenta de hasta qué punto desmoralizaba esto a los obreros? El problema de la alimentación, sólo se hablaba de esto en Barcelona.

»No sólo las amas de casa, sino todos, incluso los hombres más inclinados a la filosofía… Todos se preocupaban de tener todavía una ración suplementaria de arroz, de judías, un trozo de pan. Los obreros iban cada domingo, y a veces incluso en el transcurso de la semana, al campo a buscar víveres. En las fábricas había comisiones especiales *de abastos*, encargadas de comprar víveres. A los tres días de viaje, volvían; últimamente con calabazas y avellanas, y a veces con las manos vacías.

»Ciertamente, hacia 1938 los alimentos ya no abundaban en Cataluña pues los campesinos abandonaban, por razones cuyo estudio sería muy interesante pero que yo dejo de lado, muchas tierras sin cultivar, y también

porque las cantidades que llegaban de víveres del extranjero eran insuficientes.

»Pero lo principal es que los productos alimenticios los que disponían Cataluña y España estaban repartidos la misma forma que en cualquier país burgués. Sólo que aquí era más indignante porque ocurría en plena guerra antifascista.

»El obrero español no necesitaba lecciones de entrega y sacrificio. Ha demostrado que sabía sacrificarse hasta el fin, pero se han burlado de él a cada instante. El racionamiento, incluso el oficial, era organizado contra los intereses del proletariado y, en consecuencia, de la guerra.

»Lejos de mí la idea de idealizar todo lo que se hacía en la Rusia revolucionaria, incluso en el periodo leninista de l917-1923. Me permito, a pesar de todo, señalar la diferencia fundamental que existía también respecto a esto en la Rusia bolchevique y la España del Frente Popular.

»En Rusia, por ejemplo, se establecieron en 1918 las cartillas de pan. Se dividió a la población en cuatro categorías: la primera categoría eran los peones, después venían los obreros de la industria ligera, después las profesiones liberales y al final los burgueses.

»En España, según las leyes de la democracia formal, la ración era igual para todos. Si los obreros de las fábricas de guerra recibían una ración más de pan y a veces de legumbres, no era nada si lo comparamos con las raciones del subsecretariado por ejemplo o de los guardias de asalto. En cuanto a los especuladores, no se desenvolvían mal.

»Un ejemplo vivo para ilustrar esto.

»El fundidor mencionado antes, que trabajaba en nuestra fábrica y fue despedido por robar un pequeño bote de aceite, no quedó mal situado por eso. Comenzó a hacer viajes al campo para reunir víveres y venderlos después. Desde entonces comió mejor que cuando ejercía el duro oficio de fundidor.

Semejante ejemplo no predispone a los obreros a trabajar.

»Para resumir el problema del aprovisionamiento, podemos constatar —concluye Casanova— que los contornos de clase, o mejor las divisiones de clase, dentro del Frente Popular, sobresalían en ese terreno como

sobresalían durante los días del trágico éxodo cuando unos huían en bonitos automóviles, mientras que los demás se veían obligados a ir a pie.

XIV

El orden republicano

—Comprendemos bien los efectos nefastos de la política económica y de la política de abastecimiento del Frente Popular, pero el sentimiento de tener delante un enemigo común, esta espada de Damocles suspendida sobre la cabeza del antifascismo, que se llamaba Franco y que amenazaba con barrerlo todo, ¿no acercó a las distintas corrientes? ¿No buscó el gobierno, delante del peligro que le amenazaba, reconstituir una verdadera unidad de lucha? La prensa del Frente Popular ha presentado al gobierno del doctor Negrín como un gobierno de Unión Nacional. ¿La actitud del gobierno Negrín era realmente democrática?

—Bromeáis, pero hacéis bien de preguntarme esto. Me da la ocasión de hablar de la represión y en general del «orden republicano».

»En cuanto a la Unión Nacional, los obreros franceses saben lo que es: Poincaré y Doumergue: al obrero se le toma el pelo y el burgués se aprovecha. La unión entre el burgués y el proletariado es imposible.

»Como veis, soy incorregible y repito varias veces la misma idea, pero es una idea que haría falta enraizar en la cabeza de cada explotado.

»Si se trata de la Unión Nacional tipo Negrín, difiere evidentemente, fundamentalmente, de la de Poincaré. Socialmente, estaba suspendida en el aire y el doctor estaba, como quien dice, entre dos sillas, lo que no quiere decir que entretanto no engañara al proletariado, y persiguiera, arrestara, y a menudo asesinara, a sus mejores militantes.

»Las hazañas de Negrín y Comorera en ese terreno son ya algo conocidas en el extranjero. La sangre de Andreu Nin, de ese ángel del anarquismo que fue el profesor Berneri, de Domingo Ascaso, de nuestros queridos Erwin Wolf, Moulin, de millares de otros, han manchado para siempre las manos sangrientas de los estalinistas y de aquellos que, como Poncio Pilatos, se han lavado las manos y han dejado hacer.

»Trataré de resumir brevemente cómo funcionaba la policía del Frente Popular y cuál era la orientación y el sentido de las medidas represivas del gobierno.

»Como ya se ha explicado, los acontecimientos de mayo de 1937 determinaron un giro en la evolución de la España republicana. Mayo de 1937 fue el desarme del proletariado, la destrucción de todas las organizaciones independientes de la clase obrera y entre otras de las Patrullas de Control.

»Las Patrullas de Control han sido un auténtico organismo de la clase obrera nacido en la fiebre de las ardientes jornadas de julio de 1936. Eran destacamentos obreros bajo el control de las organizaciones proletarias encargados del mantenimiento del orden público. Al principio, en las Patrullas de Control estaban representados todos los partidos antifascistas, los comunistas y el PSUC incluidos. Conforme a la política general del Frente Popular, estos últimos se retiraron voluntariamente de las Patrullas de Control y lucharon después por su disolución. En su mayoría estaban formadas por miembros de la CNT-FAI. El POUM también tomaba parte en ellas. Aunque podemos criticar muchos defectos de estos organismos (lenidad, descentralización que resultaba de la orientación anarquista…) debemos sin embargo constatar que constituían un embrión y un elemento de poder proletario. Eran en todo caso un organismo antifascista fiable en un cien por cien. Fue destruido por los *realistas* jefes del Frente Popular y reemplazado por la policía burguesa reconstituida gracias a los esfuerzos combinados de republicanos, socialistas, estalinistas y también de los jefes anarquistas.

»La reconstitución del *poder fuerte* burgués (en realidad sólo ha sido fuerte contra el proletariado revolucionario) no ha hecho más que servir a los fascistas y a los verdaderos agentes de la quinta columna.

»En adelante, todo el mundo podía ser arrestado en Barcelona como espía o sospechoso, salvo los verdaderos agentes de Franco y los auténticos espías. Esto parece una paradoja, pero era así. Algunas excepciones a esta regla general sólo la confirman.

»La represión que siguió a mayo de 1937 tenía un claro sentido de clase. Eran los girondinos, y detrás de ellos los elementos reaccionarios de todo tipo, los que levantaban la cabeza. Se vengaban de los obreros revolucionarios y de los combatientes del 19 de julio. Se vengaban de los miembros de las Patrullas de Control, de los malditos comités, nacidos durante los primeros días de lucha. Eran los burgueses los que levantaban la cabeza. Se escondían, es verdad, detrás del antitrotskismo, y escuchaban con simpatía las letanías estalinistas, pero esto no cambia nada; en el fondo, no hace más que confirmarlo.

»Un ejemplo entre mil para ilustrar el carácter de clase de la represión que ha seguido a mayo de 1937.

»En la primera mitad de agosto de 1937 se fusiló en Lérida al comisario político del POUM, Mena.

»¿Quién era Mena? Un militante y luchador del proletariado en el mejor sentido de la palabra. No podré hacer su biografía pues no dispongo de datos suficientes. Pero tuve el honor de conocerle en febrero de 1937, cuando me guiaba, aún como maestro, visitando el castillo de Lérida. Aún veo sus ojos llenos de fuego, y recuerdo la escena inolvidable cuando me hizo entrar en la sala de la fortaleza diciendo: «Aquí encerré en las primeras semanas después de julio a todos los fascistas y burgueses de Lérida. Debían hacer lo que les ordenaba. Si alguno murmuraba sabía lo que le esperaba». Y señalaba su revólver. Después, con gestos, reconstruía los momentos en que los honorables burgueses de Lérida detenidos debían, a la hora de comer, hacer cola con sus escudillas. Cuando Mena contaba esto, sus ojos reflejaban todavía la satisfacción: ¡era la de un obrero que había sido siempre perseguido, había pasado por las prisiones y por la emigración y que tenía ahora entre sus manos a los cebones de Lérida!

»Fue uno de los primeros comisarios políticos de la España republicana. Fue uno de los primeros en entrar en el castillo de Lérida el 19 de julio. ¡Y no era fácil! En el castillo había militares sublevados. Mena, a la cabeza de

los obreros, se lanzó al ataque de la fortaleza. Con un fusil primero, después con un fusil ametrallador, subía los peldaños que conducen a la torre. Limpiaba la escalera.

»Después de julio, siendo comisario político de la fortaleza de Lérida, defendió siempre los intereses de los soldados. Este combatiente sabía odiar. Se comprende que fuera también odiado, y que sus enemigos sólo esperaran la ocasión para vengarse.

»No conozco las circunstancias de su asesinato. Los camaradas del POUM que le conocían bien, sobre todo los de Lérida, explicarán algún día este episodio con detalles. Me enteré en el mes de agosto, en el frente en las cercanías de Quinto, de que había sido ejecutado en el castillo mismo. Me enteré leyendo *El Noticiero Universal*. He aquí más o menos cómo el periódico republicano relataba en la rúbrica de sucesos la ejecución de Mena. «Después del juicio, conocido el veredicto, Mena pidió ser enviado al frente para poder morir por una bala fascista. Para apoyar su petición alegó el haber sido el primero en tener el honor de llevar el título de comisario político después de julio».

»He aquí la información del *Noticiero*. Mena fue asesinado ni más ni menos que por la coalición de los estalinistas y los burgueses de Lérida.

»Cuando volví a pasar por Lérida en diciembre de 1937 hablé con los obreros sobre la suerte de Mena, que diez meses antes, había sido mi guía en el castillo. Los obreros de Lérida no le han olvidado. Explicaban su asesinato sobre todo por el hecho de que había asumido la defensa de los soldados contra los oficiales *republicanos*. Un militante de la CNT que era más bien su enemigo y adversario político de la localidad me dijo: «¡Era un verdadero luchador!»

»Al recordar a combatientes como Mena, a veces se siente vergüenza de no haber sido asesinado con ellos. Es verdad que nos queda la sagrada misión de vengarlos. Si he mencionado la suerte de Mena[27] no es sólo para hacer vivir el recuerdo de este héroe del proletariado, sino más bien para servir a la causa por la que Mena subió las escaleras del castillo en julio, y por la cual fue asesinado, un año después. Esta causa, la causa de la revolución proletaria mundial, exige que se informe en el extranjero de cuáles han sido las víctimas de la represión estalinista-burguesa de mayo.

Multiplicad a Mena por cien, por mil y por varios miles, poned en su lugar a un militante de la CNT o de la FAI y comprenderéis contra quién estaba dirigida la represión que siguió a mayo.

»Después de mayo, el POUM fue puesto fuera de la ley. En cuanto a la CNT y sobre todo a la FAI y a las Juventudes Libertarias, fueron sistemáticamente engañadas y perseguidas. Muchos de sus militantes han sido vilmente asesinados, otros encarcelados. En la carta del secretario del Comité Regional de la CNT, Domènech, dirigida hacia el mes de noviembre de 1937 a su Excelencia el Presidente de la República, Azaña, redactada en un tono suave y lacrimoso, que recuerda enormemente la petición dirigida al zar por los obreros que se dirigían con Gapón hacia el Palacio de Invierno,[28] se constataba que en las prisiones gubernamentales había tantos prisioneros antifascistas como en tiempos de Gil Robles. Es difícil admitir que Domènech, que era muy paciente y tenía el hábito de quedarse mirando tranquilamente cómo fustigaban a su organización, exagerase. Este anarquista decía la verdad e imploraba la comprensión y la gracia del señor Azaña, es decir, de la burguesía.

»*¡Ni burlas ni llantos, comprensión!* El terrible «anarquista», exconsejero de la Generalitat y secretario del Comité Regional de la CNT, estaba muy molesto.

»Este exministro no se contentaba con seguir de *ex*, quería volver a ser ministro. Los pocos meses durante los Cuáles este «antiestatista» pudo gozar de una cartera no pasaron sin dejar huellas. Imbuido de una ideología pequeñoburguesa, el «realismo» necesario de un hombre que tiene responsabilidades y de un ministro que no puede contentarse con hacer discursos demagógicos, sino que debe servir activamente al capital, se le imponía.

»La *unidad* y las «razones de Estado» compartidas también por la CNT exigían «encajar» y permitir que se persiguiera impunemente a los miembros de la organización. Pero, por otra parte, Domènech recibía diariamente comunicados de las diferentes localidades sobre la detención de militantes. Estos militantes libertarios eran incorregibles: querían simplemente la libertad y protestaban porque habían estado encerrados desde hacía sólo algunos meses.[29]

»En la persecución del gobierno, es decir, de la coalición estalinista-burguesa contra la CNT, había también un método. El fin de esta persecución sistemática, como siempre en casos parecidos, era domesticar a la CNT y hacerle sentar la cabeza. En este método educativo se alternaban las patadas con los cumplidos. Negrín, Companys e incluso Comorera se daban cuenta de que sin la CNT (una organización de masas que tenía con ella a la mayoría aplastante del proletariado catalán y a lo más selecto de los elementos combativos), la guerra antifascista era imposible. Esto no quiere decir que quisieran y trabajaran por una colaboración honesta con la central sindical revolucionaria de España. Era imposible una colaboración franca y leal con Negrín-Comorera por su orientación general: ganar el corazón de Chamberlain y del capitalismo *democrático*. Ahora bien, ante un embajador de Inglaterra, la CNT les hacía avergonzarse. Pero ir hasta el fin contra la CNT, como contra el POUM, era también imposible, era provocar la derrota inmediatamente. Los estalinistas intentaron ir por esta vía, y la GPU tenía ya en cartera un proceso contra la CNT a la que se quería acusar de colaboración con la quinta columna.

»Hacia agosto-septiembre de 1937 (eran los meses en que el gangsterismo estalinista estaba en Cataluña en su apogeo) apareció un comunicado del Buró Político del PC en el cual se decía que *ciertos elementos extremistas*, de acuerdo con la quinta columna, preparaban otros movimientos del mimo tipo que los de mayo: Esto ocurría después de la disolución del POUM. Ahora le tocaba a la CNT. Se publicó en la prensa de la época una polémica seguida de un intercambio de cartas entre la CNT y el PCE.

»Pero el PCE no siguió por este camino. Así que no se puso a la CNT en la ilegalidad, como al POUM, pero se le escupía en la cara cada cuatro días. La dirección de la CNT decía: «Gracias»; a veces se sacaba el pañuelo y dejaba correr algunas lágrimas invocando la justicia y los servicios prestados en el pasado a la causa antifascista («fuimos nosotros los que salimos el 19 de julio»), y también los servicios prestados a la burguesía en mayo de 1937 con su traición y su «Alto el fuego». Pero el reconocimiento interviene raramente en la vida y menos aún en esta «sucia» política. El que

la CNT «encajara» con tal bondad no hacía más que incitar al dúo Negrín-Comorera a continuar con sus amigables patadas contra la CNT.

»En cuanto a la base de la CNT, el Comité Nacional y el Regional querían insuflarle paciencia recordándole que:

1. Existe la guerra, por tanto hay que soportarlo todo. Para muchos esto quería decir: «primero ganar la guerra y después salir de las prisiones»;
2. El reino de Dios no es de este mundo, es decir: vivimos en una sucia atmósfera rodeados de politicastros. En el paraíso del comunismo libertario nos desquitaremos;
3. Tal fue siempre la suerte de los anarquistas: sufrir, ser perseguidos y continuar en la cárcel. Era conmovedor, romántico, pero no convencía siempre a los prisioneros.

»El gobierno perseguía a los elementos revolucionarios de la CNT, su ala izquierda, a *Los amigos de Durruti*, a los elementos revolucionarios de las Juventudes Libertarias y de la FAI, detenía también de vez en cuando a algunos reformistas de los Comités dirigentes, para que aprendieran. Estos últimos salían de la prisión al cabo de unos meses de cura, más prudentes de lo que habían entrado. Al mismo tiempo, los dirigentes comunistas y republicanos hablaban de «unidad» y a veces incluso se abrazaban tiernamente con los representantes de la CNT en los mítines públicos, cuyo fin era demostrar a las masas que reinaba una perfecta armonía entre las dos centrales sindicales y que una atmósfera de tranquilidad reinaba en el matrimonio. El método educativo de Negrín-Comorera sirvió para algo. La dirección de la CNT se volvió más juiciosa, aprendió a dominar sus impulsos, hasta tal extremo que el mes de abril de 1938 se le podía ofrecer de nuevo una cartera, porque se tenía la seguridad de que no constituiría un obstáculo para la política reaccionaria del gobierno. En adelante lo aprobó todo sin protestar y volvió a ser parte integrante del Frente Popular.

»Esta persecución del gobierno de Negrín se traducía no sólo en los asesinatos y los arrestos, sino también en el cierre de los locales sindicales, los registros, una censura que no dejaba pasar ninguna crítica siquiera ligera, y sobre todo aquellas que podían no gustar a los representantes diplomáticos de Francia e Inglaterra, si se molestaban por azar en leer la prosa del Frente Popular.

He dicho que la dirección de la CNT practicaba la doctrina de no-resistencia al mal, ofrecía la mejilla derecha cuando le pegaban en la

izquierda. Pero no quisiera que se me entendiera mal. La dirección de la CNT, como por otra parte los estalinistas y los reformistas en general, mostraban esta blandura en sus relaciones con la burguesía de izquierda y con el gobierno; pero estaba dotada, por el contrario, de una energía juvenil cuando se trataba de combatir a los revolucionarios. Esto es normal y está dentro de la lógica de las cosas. Los reformistas están siempre postrados ante el capital, pero en cambio son muy decididos contra los revolucionarios cuando estos últimos dicen la verdad y denuncian sus crímenes.

»Así, el Comité Regional, a pesar de su ultrademocracia anarquista, que le gustaba oponer a los métodos bolcheviques de organización, decidió excluir de la CNT (una organización sindical) al estilo americano, es decir, en 24 horas; a todos los miembros de los *Amigos de Durruti*, viejos militantes que habían arriesgado en varias ocasiones su vida por la CNT y la FAI, porque decían algunas verdades sobre la traición de la dirección cenetista y de los «antiestatistas» como García Oliver durante las Jornadas de Mayo.

»Que la medida de exclusión no pudiera ser enteramente aplicada a continuación, no es culpa ni de Mariano Vázquez, ni de Domènech,[30] sino el resultado de la existencia de un ala revolucionaria en la CNT: la base de la CNT odiaba a la dirección anarquista; y no solamente la base, sino también los cuadros medios, hablaban con desprecio de la *Casa grande*, la sede del Comité Regional.

»La dirección de la CNT reaccionó sin energía frente a la persecución contra el POUM. Los tardíos lamentos, como el de Santillán,[31] no cambian en nada el hecho de que asistió pasivamente a las hazañas de los estalinistas y a su gangsterismo.

»En cuanto a nosotros, los bolcheviques-leninistas españoles, podemos recordar que cuando el representante de nuestro grupo español se dirigió al Comité Regional para intentar obtener una intervención a favor de nuestros prisioneros, en el mejor de los casos sólo le presentaron condolencias, y en otros se extrañaron de nuestras gestiones ya que nuestros camaradas sólo llevaban algunos meses en prisión.

»Para ser exactos, hay que recordar que nosotros encontramos más comprensión entre ciertos burgueses de izquierda.

»Como ya hemos dicho, la dirección de la CNT dejaba perseguir no sólo a los bolcheviques-leninistas y a los poumistas, en suma, a los *politicastros*, sino también a sus propios militantes.

»Así, cuando fue asesinado Berneri, fue precisa una fuerte presión de la base para que *Solidaridad Obrera* hiciese pública una nota sobre su asesinato. Incluso Aurelio Fernández, un dirigente anarquista ministrable, jefe de la policía catalana de julio a mayo, ha pasado varios meses en la cárcel sin que la dirección cenetista emitiese una protesta seria. ¿Qué podía hacer pues la dirección de la CNT ante la detención de uno de sus militantes de base que incluso criticaba en algunas ocasiones a esa dirección?

»Los dirigentes cenetistas estaban por lo demás más tranquilos cuando unos cuantos miembros de su organización, sobre todo extranjeros de la oposición, permanecían en la cárcel Modelo y no en la Vía Durruti; en la sede del Comité Regional. El argumento central de la dirección cenetista, que debía justificar esta falta de resistencia ante el mal, era el mismo que el de los estalinistas y el del Frente Popular en su conjunto: *Primero hay que ganar la guerra*.

»Pero para ganar la guerra era necesario arrastrarse ante el capitalismo extranjero, inclinarse y limpiar los zapatos a los burgueses demócratas, dejar destruir sistemáticamente todas las conquistas de julio y dejar, además de otras cosas, en la cárcel a los militantes obreros. Todo esto daba sin duda valor a los obreros para *resistir*.

»Cuando fui detenido durante las jornadas de mayo; conocí a un joven de 17 años, casi un niño, miembro de las Juventudes Libertarias. Había sido detenido durante las jornadas de mayo y se le habían encontrado bombas en los bolsillos. Temía que lo fusilaran, lloraba y llamaba sin cesar a su madre. Después de su detención pasó varios meses en la cárcel.

»Lo encontré un año más tarde en las Ramblas. Mi compañero tenía una expresión de júbilo, había obtenido de sus padres la autorización para presentarse como voluntario e ir al frente. ¿Ha caído luego este joven combatiente de mayo bajo las balas fascistas? No lo sé. En todo caso a pesar de las persecuciones del dúo Negrín-Comorera; sabía cuál era el deber

de un proletario ante el fascismo; a pesar de la represión del Frente Popular no se dejó arrastrar por el rencor y, aunque no eran precisamente su fuerte las generalizaciones sociológicas, comprendía y sobre todo sentía que, independientemente del carácter reaccionario del gobierno de Negrín, era necesario combatir a Franco con las armas.[32]

»Pero la aplastante mayoría de los obreros catalanes y españoles no reaccionaba —y no podía hacerlo— como mi joven amigo, el cual había comenzado su carrera revolucionaria en las barricadas de mayo *con bombas de mano*.

»La represión contra el proletariado por el gobierno del Frente Popular destruía sistemáticamente la moral de la retaguardia ¡y se hablaba constantemente de la necesidad de mantener la moral de la retaguardia, de la necesidad de hacer renacer el entusiasmo del 19 de julio!

»*Solidaridad Obrera* publicaba casi a diario artículos pidiendo a los obreros que fuesen siempre tan entusiastas como el 19 de julio. Dichos artículos evocaban el «espíritu del 19 de julio». Los ingenuos y sentimentales idealistas que redactaban esos artículos no se daban cuenta de lo ridículo de sus llamamientos. No sabían que para que haya espíritu debe existir el cuerpo. Para el entusiasmo del 19 de julio, era necesaria la relación de fuerzas y la situación del 19 de julio, es decir, aquella en la que el proletario se sentía el amo.

»¿Se puede combatir con entusiasmo al enemigo fascista cuando no se sabe si se pasarán los días de permiso (que un miliciano esperaba siempre) en las cárceles republicanas como sospechoso o como trotskista?, ¿se puede combatir con la tenacidad y el espíritu de sacrificio imprescindibles cuando se tiene a un hermano o un primo, antifascista probado, en la cárcel, o cuando acaba de salir de ella? Pocos son los hombres capaces de reaccionar como lo hizo mi amigo, el joven libertario que antes mencionaba.

»¡Escucho aún esas conversaciones que se oían en todas partes y que reflejaban la moral de la clase obrera! Estas conversaciones esclarecen un poco más las razones que han determinado que Barcelona fuese cedida sin resistencia y que la ciudad de las barricadas cayese sin barricadas. *¡Ah, ahora cuando llegue el combate me quedaré tranquilamente en casa! ¡Que*

salgan a la calle los de arriba!, decía un combatiente de las barricadas del 19 de julio.

»La consigna del doctor Negrín *Resistir*[33] era objeto de chistes no sólo de parte de los fascistas y de la quinta columna, de la que tanto han hablado los comunistas al tiempo que la favorecían, sino también de los valientes obreros. *¿Yo he de «resistir», cuando los demás se burlan de mí a cada instante?, ¿cuando los demás están sonrosados como una joven o un bebé mientras yo me aprieto el cinturón cada día más?*

»«¿Debo resistir yo cuando un exmiembro de la CEDA,[34] fascista apenas encubierto, tiene más peso que yo que estuve en el asalto de las Atarazanas o en otro cuartel el 19 de julio? ¿Resistir yo cuando mis camaradas siguen aún en la prisión republicana, eso sí? En el fondo siempre he sido un explotado. El obrero siempre ha sido engañado, y así se trate de Negrín o de Franco, seguirán tomándome el pelo. ¡Que Negrín y Comorera *resistan un poco*! E incluso, cuando se leían los llamamientos de la CNT-FAI, firmados por García Oliver o Vázquez, pidiendo a los obreros que se dejasen matar en su sitio antes que ceder terreno al enemigo, se reían de las frases que pedían a los obreros «toda su sangre», los mismos militantes cenetistas reían. ¿Qué podía esperarse pues de los obreros de base? «Toda su sangre», es textual. A pesar de sus buenas intenciones, que no podemos sino aprobar, los autores de esos llamamientos se imaginaban que el obrero da su sangre a cada instante y con más facilidad que una buena vaca da leche. No se daban cuenta que para que el obrero dé «toda su sangre» debe estar firmemente convencido de que lucha para liberar a sus hermanos. Tal vez sea una lástima, exministro García Oliver, pero el obrero no es un grifo que se abre cuántas veces se desee para que salga el líquido rojo. Para llevar a los obreros a hacer sacrificios es necesario tener una política revolucionaria. Sí, política, aunque esta palabra le cause horror. La espontaneidad del 19 de julio sólo se reproduce en situaciones excepcionales y para mantenerla hace falta algo más que los llamamientos al entusiasmo.

»*Resistir*, pero ¿con qué perspectiva? ¿Ser dueño de las fábricas e instaurar un régimen sin explotadores ni explotados? No. Eso sería trotskismo criminal. «Resistir», pedían Negrín y Comorera a los obreros de

Barcelona, para tener en lugar de una prisión franquista una prisión republicana funcionando según todos los preceptos del código penal y del régimen penitenciario. Resistir para que sean respetados el gobierno legal, la constitución y los tratados. ¡Resistir con la esperanza de que un día el frío corazón de Chamberlain se ablande y venga en nuestra ayuda!

»Las frases que he citado más arriba no han sido inventadas por mí, las escuché en mi fábrica y eran pronunciadas por obreros que estuvieron en las barricadas el 19 de julio.

»En resumen, podemos llegar a la misma conclusión que en el análisis de la política del Frente Popular en otros terrenos.

»Negrín-Comorera y su Frente Popular trabajaban, con su política de *orden republicano*, por el fascismo.

»A pesar de su actitud rastrera, de sus halagos y de sus bajezas, el señor Chamberlain permaneció impasible. A pesar de la represión que aseguraba que *el orden reina en Barcelona*, para este *gentleman* la España «gubernamental» seguía estando mal gobernada y los republicanos eran unos *rojos*.

»¡Pero, veamos, no hay comunistas en el gobierno, y si los hay son sólo dos que no son malos chicos, sino buenos patriotas, tenemos incluso un católico en el gobierno. Ya se celebra misa en Barcelona. De momento, sólo para los vascos, pero pronto las iglesias funcionarán normalmente. Señor Chamberlain, escuche usted las emisoras del gobierno y ya no escuchará la Internacional sino simplemente himnos patrióticos como los que se cantan en su país!. ¡No, señor Chamberlain, no somos «rojos»!: ¡Temblamos ante la sola idea de tener un color parecido!¡Si hemos cometido algunos excesos después del 19 de julio no fue culpa nuestra! En cuanto hemos podido hemos vuelto a encerrar en las cárceles a esos anarquistas y a esos poumistas. ¡Si hemos pecado, perdónenos; compréndanos y venga en nuestro auxilio!.

»Pero una vez más esta súplica fue en vano. Ese galanteo siniestro, que el proletariado ha pagado caro, no sirvió de nada.

»El señor Chamberlain prefirió Franco a Negrín, el fascismo al régimen del Frente Popular, pero toda esa tragicomedia desarmó al proletariado, destruyó su energía y aniquiló su combatividad.

»La represión, *el orden republicano*, el gangsterismo estalinista, no tuvieron como único efecto el asesinato de algunos miles de militantes y el «aplastamiento del trotskismo»; repitámoslo: esa represión le abrió el camino a Franco.

XV

La retirada de los voluntarios

Toda la orientación del Frente Popular se hace evidente también en el problema de los «voluntarios», es de las fuerzas extranjeras que combatieron en los dos campos contrarios: el de los «gubernamentales», y el de los «rebeldes».

En julio de 1936, aproximadamente tres meses antes de la formación de las Brigadas Internacionales, comenzaron a llegar de casi todos los rincones del mundo militantes revolucionarios y también obreros de base para combatir en España. Se ponían a disposición de todos los partidos, de los sindicatos, de todas las organizaciones proletarias y se alistaban en las columnas y en las famosas «tribus» de los primeros momentos.

Era un movimiento vigoroso, espontáneo e irresistible «Ir a combatir a España», era el deseo ardiente de numerosos militantes de los países democráticos como Francia, Bélgica, Suiza y Holanda, pero sobre todo de los antifascistas de Europa Central acorralados por todas las policías y que esperaban desde hacía años una oportunidad de reintegrarse a la lucha.

Los voluntarios vinieron literalmente de todos los puntos del globo. He visto voluntarios de Indochina, de Australia y también de África del Sur. Era un movimiento espontáneo y a veces irreflexivo.

En algunas ocasiones los más reflexivos tardaban unos meses en decidirse pero encontré en España voluntarios venidos de puntos bastante alejados ya los días 21 y 22 de julio, o sea dos o tres días después del

levantamiento militar. Hubo, es cierto, un buen número de aventureros, de resentidos, de fracasados que buscaban en aquel gran drama una evasión a sus desgracias personales, pero hubo también hombres formales, serios, metódicos como un reloj que dejaron a sus mujeres, niños y obligaciones, ¡y todo eso para luchar contra el fascismo y por un mundo nuevo!

Franqueaban todos los obstáculos, pasaban las fronteras con o sin pasaporte y llegaban por fin a esa España espléndida, llena de sol y de fiebre, que la revolución había despertado, penetrada por un espíritu de fraternidad, de bondad,[35] de internacionalismo y de los más grandes valores humanos conocidos sólo por aquellos que tuvieron la alegría de llegar hasta ella.

¡Llegaban por fin a Barcelona o a Madrid y su sangre no tardaba en mezclarse en el frente con la de los obreros españoles!

Estos caballeros de la más grande de las cruzadas partían a la lucha porque felizmente existe un proletariado, es decir, una clase que no se conforma con digerir y trabajar para el capital sino que prepara el gran futuro para la humanidad.

Durante los dos meses y medio primeros, Stalin practicó la no intervención. Por razones que sería muy largo analizar aquí, el Comintern comenzó, al cabo de este tiempo, a organizar las Brigadas Internacionales bajo la dirección de Marty.[36]

Estas Brigadas Internacionales estaban compuestas por elementos diversos: desde aquellos militantes que habían estado en las cárceles burguesas, fascistas o democráticas, por su lealtad al proletariado, hasta ciertos elementos desclasados (vagabundos, antiguos legionarios), etc…

Las Brigadas Internacionales combatieron y perdieron cinco mil de sus hombres.[37] Por razones políticas del favoritismo estalinista se hallaban mucho mejor alimentadas, mejor armadas y situadas en mejores condiciones que muchas otras columnas y divisiones, sobre todo de anarquistas y poumistas que contaban también con bastantes voluntarios extranjeros. Sin embargo, no deseo entrar aquí en discusiones un tanto estériles y comparar su valor y su participación con los de otras fuerzas antifascistas.[38] Las Brigadas Internacionales aportaron su esfuerzo e inclinaron el peso de la balanza en algunos momentos críticos.

Desgraciadamente, a pesar de su sacrificio, de su valentía y disciplina, su sangre fue derramada al servicio de una política suicida denominada Frente Popular.

La dirección comunista mantenía a sus integrantes incomunicados e ignorantes,[39] ya que su único canal de información era la prensa estalinista. Esa dirección utilizó en algunas ocasiones a los componentes de la Brigadas para los quehaceres más sucios y repugnantes: los asesinatos de varios militantes revolucionarios, las provocaciones innobles fueron obra de varios comisarios de las Brigadas Internacionales. En mayo de 1937, en Barcelona, sirvieron como fuerza de choque, una fuerza segura, puesto que ejecutaba ciegamente todo cuanto se le ordenaba. Y varios guardias de asalto, así como algunos tanquistas, llegados a Barcelona desde Valencia en mayo de 1937 para imponer el «orden» contra cenetistas y poumistas, hablaban búlgaro, alemán, polaco o servio. Encontré en estos destacamentos que servían a la burguesía y a la reacción algunos buenos elementos que ya conocía en el exterior.

«Perdonamos sus pecados como Dios perdonará los nuestros». No sabían lo que hacían.

Esta intervención reaccionaria de las Brigadas Internacionales merece ser analizada en detalle, pero lo que interesa en este momento es el problema global planteado por los voluntarios relacionado con la orientación general del Frente Popular. Hemos descrito en unas cuantas líneas cuál era el carácter del cuerpo de voluntarios en el ejército republicano.

Pasemos ahora al otro lado de las barricadas o, mejor dicho, de las trincheras. También en las filas franquistas se alistaron voluntarios auténticos, fascistas recalcitrantes que buscaban en España la oportunidad para luchar contra la peste roja y el «marxismo», pero éstos eran una ínfima minoría. O, en este orden de cosas ¿puede el capitalismo contar con muchos defensores voluntarios? Necesariamente se mantiene por medio del terror y del engaño.

El grueso de las tropas extranjeras que utilizó Franco estaba compuesto por mercenarios, y por «voluntarios» arrastrados contra su voluntad.

En el extranjero es suficientemente conocida la magnitud de la ayuda efectiva en hombres, material y dinero recibida por Franco de manos de las dictaduras fascistas, así como de las poderosas oligarquías financieras de los países democráticos como Francia e Inglaterra. Faltan las cifras, y por lo tanto se hace imposible determinar cuántos «voluntarios» combatieron al servicio de Franco.

Sin embargo, no creo alejarme demasiado de la verdad si afirmo que por un combatiente extranjero en el campo antifascista, había cinco o tal vez ocho entre las filas de Franco.

La desproporción era mucho mayor en lo que respecta a la ayuda en dinero, víveres, envío de material de guerra, etc… Si Franco recibía centenares de aviones, carros de combate, y todo el material de guerra en gran cantidad y de la mejor calidad, los «gubernamentales» no obtenían las más de las veces sino material viejo y con malas condiciones de pago. Incluso Méjico se dio el lujo de renovar su material de guerra a costa de los envíos a España.

Esta desproporción es fácilmente comprensible. Mientras Franco recibió ayuda según un plan bien trazado y concertado entre tres estados fascistas: Alemania, Italia y Portugal, y entre las potentes agrupaciones capitalistas, los republicanos sólo fueron apoyados —y de forma mediocre— por Rusia, Méjico y una multitud de especuladores extranjeros que entregaban prácticamente material de desecho, y a unos precios elevadísimos.

Pero volvamos a la desproporción existente entre los combatientes extranjeros que luchaban en los dos bandos.

Esta desigualdad hacía que nuestros astutos demócratas sacaran la conclusión de que la intervención extranjera, así como la venida de voluntarios, era un mal negocio para la República.

Nuestros buenos demócratas y sus socios estalinistas sabían observar estos fenómenos, pero no comprendían sus causas y por lo tanto no podían hallar el remedio.

El derecho internacional, los tratados firmados con otros Estados, la situación jurídica del gobierno republicano (gobierno «legítimo», constituido en conformidad con la constitución y cada uno de sus artículos), La Sociedad de Naciones, con su Convenio de Ginebra y el pacto Briand-

Kellogg que declaraba la guerra fuera de la ley, todos estos importantes factores jugaban, evidentemente, en contra de los «rebeldes» y a favor de los «gubernamentales». Pero ¿acaso no juegan también en favor de Abisinia y el Negus? Y en Abisinia no había comunistas, no existía el PSUC, ni el POUM, ni la CNT, ni la FAI, en suma, platos que Mr. Chamberlain hubiese difícilmente aceptado para su «breakfast».

Sin embargo, nuestros «realistas» demócratas no se amilanaban por tan poco: Esperaban, apoyándose en el derecho internacional, obtener del capitalismo democrático una intervención en favor de la «no-intervención», es decir, lograr la retirada de las fuerzas extranjeras en España.

Su razonamiento era el siguiente (y recordemos de paso que era también el de los anarquistas): si se logra la retirada de los técnicos extranjeros y del material de guerra, si se impide esta intervención que constituye un desafío al derecho internacional, si todos esos italianos y alemanes se vuelven a Roma o a Berlín, nosotros repatriaremos también a nuestros voluntarios. Si se impide esta guerra total, si se hace en una palabra todo lo que ordenan la equidad y los pactos, nosotros, republicanos españoles; venceremos fácilmente a Franco y haremos un excelente negocio.

Es sabido que también existe una lógica en la estupidez: En este razonamiento existía una lógica, pero no dejaba por ello de ser una estupidez.

Indudablemente, si fuera posible que el proletariado, en un país capitalista cualquiera, aplastase al fascismo sin que los capitalistas de otros países interviniesen; si el capitalismo extranjero al ver amenazados sus intereses y sus ganancias por el hundimiento del fascismo permaneciese impertérrito sin importarle los millones de libras, dólares, francos y marcos invertidos; si el capitalismo se dejase convencer ante los argumentos basados en «el derecho» para dejarse arrebatar las posiciones que detenta; si el gran capital del momento actual no se viera obligado por toda su situación a apoyar al fascismo, no solamente contra la revolución proletaria sino contra la democracia formal, es decir, burguesa; si, en una palabra, la burguesía se decidiese a ceder gentilmente su lugar al proletariado, el excelente negocio, producto de la imaginación de los dirigentes del Frente Popular, podría convertirse en realidad.

En resumen: para que se efectuase la retirada bilateral de los voluntarios no hubiese debido existir un pequeño detalle que obstaculizaba el razonamiento de nuestros astutos demócratas. Este pequeño detalle es el capitalismo. En este caso, como en otros muchos, los jefes del Frente Popular, a semejanza del famoso «curioso» de Krylov, no percibían este elefante, pero veían, por el contrario, los insectos, es decir, la lucha «ideológica» entre los demócratas y el fascismo.

La intervención extranjera en España se produjo por el hecho de que la Península Ibérica no se hallaba situada en la luna sino en el planeta con el nombre prosaico de Tierra.

Los fascistas extranjeros, italianos, alemanes y portugueses así como también los capitalistas ingleses y franceses, intervinieron en favor de Franco no porque fuesen malvados sino porque eran burgueses. Ante esta intervención ineluctable que se reproducirá en cada revolución y en cada guerra civil antifascista en cualquier país, el proletariado mundial debió oponer una intervención aún más activa, para salvar la revolución española, una intervención capaz de paralizar a los estados capitalistas fascistas y democráticos, una intervención capaz de tomar, sobre todo en Francia, la forma de la lucha por el poder.

A pesar de todas las explicaciones basadas en el derecho, a pesar de todas las resoluciones del comité de no intervención, Franco continuó y continúa recibiendo la ayuda en dinero, en material y en hombres de los países fascistas. Mussolini hacía, por lo demás, la siguiente declaración: «Retiraremos nuestros legionarios de España después de la victoria de Franco». Era una declaración clara y edificante. Es cierto que después de esa declaración no se podía confiar en el dictador italiano y pretender que realmente retirase sus tropas después de la victoria de Franco. Intentará mantenerlas durante un tiempo lo más largo posible en la península guiado por sus intereses imperialistas: Pero podía creerse en la sinceridad de Mussolini en el sentido de que no retiraría a sus hombres antes de la victoria de Franco.

Pero nuestros «realistas» dirigentes del frente popular continuaban esperando que Chamberlain y Daladier obligaran a Franco a retirar a sus legionarios. ¿No era esto acaso un atentado contra la democracia y el

derecho internacional? Era pues necesario esperar sin dar un «pretexto» ¡como si el capitalismo tuviese necesidad de un pretexto para oprimir a los obreros! a los fascistas y a los demócratas.

«Retiraremos las Brigadas Internacionales y a todos los extranjeros que haya en nuestro ejército. Pediremos a la Sociedad de Naciones que controle la retirada. Daremos a la Comisión Internacional de Control de la Sociedad de Naciones todas las facilidades y las garantías con el fin de demostrar a la opinión internacional que la retirada por nuestra parte de los voluntarios es completa y sincera. Retiraremos incluso la nacionalidad española a los combatientes extranjeros que la han adquirido después del 19 de julio.[40] Con todas estas pruebas de buena voluntad lograremos una buena carta en nuestro juego diplomático y pondremos a Franco en una situación difícil».

Estos eran los cálculos de Álvarez del Vayo de José Díaz, así como de varios dirigentes «anarquistas». En ellos se basó la retirada unilateral efectuada por el gobierno republicano. Daba fe, en efecto, de la buena voluntad del gobierno de Negrín y de sus buenas intenciones con respecto al capitalismo internacional, pero como medio para obtener la retirada de las fuerzas al servicio de Franco (¡que hubiera debido seguir ese buen ejemplo!) era lastimoso… Los jefes del gobierno del Frente Popular deseaban realizar un buen trato: la retirada de los voluntarios en ambos bandos. Pero para hacer un trato es necesario ser dos. Y si bien nuestros demócratas daban muestras de buena voluntad para con Chamberlain, es decir, para con la City, esta última sólo podía mirar con buenos ojos a Franco.

Los republicanos efectuaron la retirada de los voluntarios extranjeros de todos sus frentes. Perdieron de este modo varias brigadas eficaces y fieles.

Todavía en el último momento, cuando los fascistas se acercaban a Barcelona, los voluntarios pudieron prestar servicio en la defensa de la capital catalana. Más de ocho mil exvoluntarios esperaban ser repatriados en varios campos de concentración. Se trataba sobre todo de los nacidos en países con regímenes fascistas y reaccionarios: italianos, alemanes, polacos, húngaros, etc… Si aun no habían sido repatriados no era culpa del gobierno republicano, cuya buena voluntad en este caso está fuera de discusión sino

que era el resultado de que ningún país del mundo, ni siquiera la Unión Soviética, se daba prisa por recibirlos.

Ningún burgués puede perdonar a estos combatientes el que se hayan atrevido a tomar las armas contra el fascismo. Causa extrañeza que estos especímenes humanos no hayan encontrado en España una muerte a la que no resulta difícil calificar de heroica. La tierra es también para ellos un planeta sin visado. En cuanto a la democracia francesa, ni siquiera ha autorizado su paso a través de su territorio para dirigirse a México,[41] pues el paso de esos monstruos, aunque fuese dentro de un vagón sellado, podría perturbar la tranquila digestión de los burgueses de este país. Cuando los fascistas se acercaban a Barcelona una idea se apoderó de estos exvoluntarios, o mejor dicho, de un grupo de ellos: prestar ayuda, volver a formar algunas brigadas y repetir nuevamente la gloriosa epopeya de Madrid. Unos pocos miles de combatientes decididos a luchar, anidados de entusiasmo revolucionario, pueden en algunos casos, al provocar un impacto psicológico, invertir la situación, volver a infundir confianza a una ciudad, hacer un milagro.

Reproduzco a continuación las discusiones que se producían en esos campos de voluntarios. Insisto en que no invento nada, sino que me limito a relatar lo que escuché:

«La situación está perdida. ¿Qué pueden hacer algunos miles de combatientes ante esta situación desesperada? ¿Qué podemos hacer contra un ejército bien equipado como el de Franco?» Y mientras decían eso en voz alta añadían para su fuero interno: «lo esencial es salvar el pellejo».

«No se trata de unos cuantos miles de combatientes, explicaba el comandante de un batallón austríaco, un estalinista animado sin embargo de una gran fe revolucionaria. Se trata del efecto moral que esto tendrá sobre el proletariado de Barcelona. El pueblo se dirá: *¡El proletariado internacional viene en nuestro auxilio!¡y se levantará como en Madrid! ¡No pasarán!*

Esta controversia fue cortada por un tal coronel Álvarez, nacido en México, estalinista cien por cien, quien, en un discurso dirigido a los exvoluntarios, dijo textualmente: «¡cuidado! Tenemos enemigos dentro de este campo. Quieren dividirnos y romper nuestra unidad. Ya sabéis cuales son los medios que emplean para ello. Hacen propaganda para volver al

frente, para reorganizar los batallones sin haber recibido una sola orden del gobierno legal y legítimo de España. Está muy claro. Son siempre los mismos agentes de la quinta columna, los provocadores, los trotskistas. Si encontráis a un ejemplar de esta especie; uno de estos provocadores que hacen campaña para volver al frente, desenmascaradle, traedlo ante mí, y yo personalmente me encargaré de meterle doce balas en el cuerpo». Y aquí, Álvarez mostró su revólver.

El coronel recibió unos débiles aplausos.

Sin embargo, dos batallones de las Brigadas Internacionales, uno alemán y otro austríaco, en total más de mil exvoluntarios, partieron en la noche del 24 al 25 de enero, un día antes de la caída de la capital catalana, a Barcelona y ofrecieron sus fuerzas al gobierno de Negrín. Se les hizo dar media vuelta. No se les necesitaba. Volverlos a integrar al frente ¿acaso no hubiese sido contrario a las solemnes promesas dadas por el gobierno republicano en Ginebra?

«Es preferible morir según las normas que vivir contra ellas» decía el doctor en El enfermo imaginario de Moliere, y esto quería decir: es preferible morir siguiendo prescripciones médicas que vivir contra la opinión de la Facultad. Para el gobierno de Negrín ello significaba: mejor morir respetando los compromisos contraídos con Chamberlain que vivir contra las prescripciones de los doctores del Frente Popular. Es un punto de vista.

Pero vosotros, obreros del mundo entero, vosotros que queréis vivir y vivir humanamente, cosa que no lograreis sin derrocar el régimen capitalista, no sigáis «las normas» de los doctores del Frente Popular.

Si la política del «orden republicano», y de la famosa consigna: «Ganar primero la guerra y después hacer la revolución», desmoralizaron al proletariado español, las orientaciones nacionalistas y estrechas del Frente Popular, entre otras, las que se referían a los voluntarios y a la intervención extranjera, desmoralizaban tanto al proletariado español como a los obreros de otros países. Ese nacionalismo pequeño burgués destruía los lazos entre los explotados de España y los de los demás países, anulando el internacionalismo activo del proletariado mundial.

La prensa del Frente Popular repetía constantemente que «si los españoles hubiesen podido actuar por su cuenta todo habría terminado hace ya tiempo». Al leer esto, el obrero francés se decía: «Muy bien, si hemos de dejar a los españoles que actúen solos, me contentaré con dar unos pocos francos para el envío de leche a los niños españoles. Yo soy francés y debo ocuparme ante todo de mi propio país». ¡Cada cual para sí! Esa es la idea que el reformismo viene infiltrando en el proletariado desde hace décadas, y que el estalinismo propugna con la teoría del «socialismo en un solo país».

Todo concuerda. La política corrompida del Frente Popular es un hijo legítimo de los conceptos fundamentales del nacional-reformismo y del conservadurismo de la burocracia soviética y del estalinismo, como lo fue también, hace diez años, la teoría del «socialfascismo».

Todo concuerda. La política del Frente Popular en España es una cadena ininterrumpida de crímenes contra el proletariado. Uno de los eslabones en esta cadena de crímenes es la política de engaños y de suicidio en la cuestión de los voluntarios.

XVI

La ideología republicana

«Luchamos por el derecho internacional, para que la constitución sea respetada, luchamos por una república democrática»; proclamaban Azaña, Largo Caballero, Negrín y Miaja.

«Luchamos por una república democrática parlamentaria, pero una república democrática de nuevo tipo, en la que las raíces del fascismo serán destruidas. La nuestra es una revolución popular. Nuestra guerra es una guerra nacional por la independencia», añadían José Díaz, Jesús Hernández y la Pasionaria.[42]

¡Cuántas palabras, cuántas frases, cuántos engaños místicos para esconder las cosas! Señores Azaña, Caballero, Negrín, Companys, Díaz y Pasionaria, había que decir: «Luchamos para conservar el capitalismo sobre la base democrática, pues es sólo en el marco de la democracia donde podemos ejercer nuestras profesiones de abogados, de diputados, de burócratas sindicales. Prohibimos a los obreros derrocar el régimen capitalista y hacer la revolución proletaria».

La mentira que adquiere la forma de camuflaje místico es inseparable del régimen capitalista. La burguesía no podría dominar un solo día sin engaño. ¿Puede un comerciante decir la verdad al cliente, decirle cuánto le ha costado la mercancía que quiere vender a un precio exorbitante? ¿Puede un capitalista enseñar su contabilidad a los obreros? ¿Por qué lo que es imposible para un capitalista individualmente, resultaría posible para la

clase capitalista en su conjunto? El señor Capital tiene un hocico demasiado repugnante para mostrarlo en público: se desacreditaría rápidamente.

Para existir, debe engañar, esconder sus verdaderos objetivos, que son inconfesables. Desde cubrirse con una máscara mística, sobre todo cuando asume la forma democrática que se apoya más en el engaño que el fascismo, forma más abierta y más brutal de dominación del capital.

«Frente a la barbarie fascista, nosotros, los republicanos, representamos la cultura. Mirad a esos bárbaros, a esos fascistas, matan, asesinan a los niños, bombardean las ciudades abiertas, los lugares en los que no existe ningún objetivo militar. Matan a sus hermanos de raza, los españoles. Están vendidos al extranjero. Practican la guerra total, inspirados por la ideología prusiana. ¡No tienen conciencia, no tienen sentimientos, no tienen corazón! Nosotros, los republicanos, somos diferentes, no podemos, por ejemplo, responder a los bombardeos de Barcelona o de Madrid bombardeando Sevilla y Burgos, habríamos mancillado nuestra bandera tricolor y republicana. Nosotros, nosotros sí que somos verdaderos patriotas, nosotros no podemos orientarnos en base a la ayuda activa de la revolución proletaria, ni en base a la ayuda de los obreros del mundo entero. Deseamos vencer como verdaderos españoles, y es por ello que estamos dispuestos a retirar a todos los extranjeros, y los retiramos. Deseamos humanizar la guerra, y es por eso que invocamos constantemente a la Sociedad de Naciones; es por ello que nos alegramos de la formación de la Comisión Internacional contra los bombardeos de ciudades abiertas. Esta comisión no tiene más que venir a Barcelona, a Valencia, a Granollers, y constatará que somos víctimas inocentes de las bárbaras agresiones de la aviación fascista», etc… y así, sin fin.

Conocemos vuestro sonsonete y vuestros discursos, señores Azaña, Caballero, Negrín, Companys, Díaz y Pasionaria, no sólo los conocemos bien, sino que comprendemos su sentido y es el siguiente: «Frente al fascismo, arma violenta, bárbara, es cierto, pero consecuente y lógica de defensa del capitalismo condenado pero que quiere sobrevivir, nosotros, demócratas, sólo somos unas gallinas mojadas. Nos comportamos como unos pequeños burgueses, es cierto, desearíamos la democracia, ¡pero tenemos miedo de Ti, Gran Capital! ¡Tú nos amedrentas con tu poder!

¡Andamos de puntillas ante ti, Becerro de Oro, pues tenemos miedo de despertar tu cólera!, cólera injustificada pues no somos más que republicanos, y no rojos. Si vamos a bombardear Sevilla o Mallorca, vendrán centenares y millares de aviones contra nosotros. Nos harán desaparecer de la faz de la tierra, nos asfixiarán. A pesar de nuestra nobleza, nuestro humanitarismo, nuestra lealtad, Chamberlain no quiere escucharnos y no nos cree cuando afirmamos que no somos rojos. ¿Qué pasará si empleamos toda la violencia contra Franco? Las democracias francesa e inglesa no tendrían la menor duda de que somos bolcheviques». «Nosotros, los pequeños burgueses, tenemos miedo de Ti, Gran Capital, te estimamos, pues te debemos todo: nuestros puestos en los Consejos de Administración, nuestra clientela de abogados… Luchamos contra Franco, sí, pero tenemos miedo de que desaparezcas, Capital, porque una sociedad según nosotros, pequeños burgueses, ¿podría vivir si te ocurriese una desgracia fatal? Sería el fin de la civilización, la anarquía, el hundimiento de todo. Los obreros, los hombres que apenas saben leer y escribir nos darían órdenes a nosotros, hombres de ciencia y de cultura. Ya hemos visto esto cuando gobernaban los malditos comités, durante los primeros meses que siguieron al 19 de julio. Temblamos ante la idea de que esto pueda volver. Debemos pues imponernos ante la opinión internacional, es decir, ante la opinión que tú creas a golpe de millones, con nuestra moderación y dulzura cristiana con respecto a Franco».

Si los jefes del Frente Popular tuviesen este lenguaje claro y desvelasen sus verdaderas intenciones e ideas, educarían a los obreros, pero no podrían seguir siendo útiles al gran capital.

Echemos un vistazo a la actitud del gobierno republicano ante, por ejemplo, la cuestión de los bombardeos a las ciudades abiertas y veremos que nuestros demócratas eran ángeles… para el capital y su servidor, Franco.

A los bombardeos crueles y bárbaros de la aviación fascista, se podía y se debía responder con bombardeos de la aviación republicana de las ciudades en manos de los fascistas.[43] Es cierto que la guerra es en sí misma una cosa inhumana y abominable. Pero, si se la admite, hay que llevarla hasta el final utilizando todos los medios para vencer al adversario.

Por parte del proletariado la guerra debe asimismo ser total, es decir, llevada hasta la derrota del enemigo. En represalia, el gobierno republicano prefería hacer un llamamiento a una Comisión que debía comprobar los bombardeos de las ciudades abiertas. La comisión, compuesta de honorables expertos ingleses, franceses, etc… vino a Barcelona y a Granollers. Contempló las ruinas y los escombros causados por la agresión aérea de la aviación fascista y constató que, efectivamente, las ciudades abiertas y los lugares en los que no había objetivos militares, habían sido bombardeados, y se marchó. ¿En qué podía esto consolar a las viudas y huérfanos de Barcelona y de Granollers? ¿Cómo se podían impedir nuevos bombardeos?

Con objeto de subrayar el contraste que había entre la ideología de las «gallinas mojadas» del Frente Popular y los métodos de la revolución rusa, citare aquí una frase de uno de los discursos de León Trotsky en 1918. No sé si es autentica y si fue realmente pronunciada por el organizador del Ejército Rojo, o si fue simplemente una de las leyendas que se crean durante las revoluciones. En todo caso reflejaba el espíritu y la decisión revolucionaria bolchevique: «¡Si este cielo debe brillar solamente para la burguesía, vamos a apagarlo!», Lo que quería decir: empleamos todos los medios para vencer a la burguesía. Pero los jefes demócratas del Frente Popular español no podían hablar ni actuar como hablaban y actuaban Lenin y Trotsky en 1917-21.

Es cierto que los procedimientos fascistas son especialmente bárbaros, y no podemos ni queremos imitarlos. Esos procedimientos se explican por la rabia de una clase condenada y que no quiere ceder su lugar a ningún precio. Por lo demás, el capitalismo, ya sea fascismo o democracia, está siempre dispuesto a invertir millones para provocar una carnicería si sus dividendos están amenazados. El corazón del capital es el metal amarillo.

Nosotros, los revolucionarios proletarios, no podemos ser bárbaros como lo son los fascistas. Además esta barbarie nos parece inútil y nos repugna puesto que somos portadores de nuevos valores humanos. Sin embargo, debemos ser tan decididos, tan audaces, como los fascistas. «Para vencer nos hace falta audacia, una vez más audacia, siempre audacia», decía el gran estratega revolucionario Danton. Si bien el valor físico que

llegaba al heroísmo sin parangón no faltaba en los combatientes del 19 de julio, en los combatientes del frente, les faltaba completamente la audacia política a los que pretendían dirigir la guerra antifascista.

La lenidad de los dirigentes del Frente Popular con respecto al fascismo que se expresaba en todos los aspectos, no fue accidental.

Se deducía del conjunto de su naturaleza pequeño burguesa. La pequeña burguesía, clase intermedia entre el gran capital y el proletariado, las dos clases fundamentales de la sociedad contemporánea, no puede sino oscilar, al tirar de ella corrientes opuestas, no puede sino dudar, sobre todo cuando de lo que se trata es de oponerse al que le infunde respeto: el gran capital. Y era la pequeña burguesía, para ser más exactos los agentes pequeñoburgueses del gran capital, los que dirigían la guerra contra Franco. De ahí el carácter blando y lacrimoso de la ideología del Frente Popular. Para vencer a Franco era el proletariado, arrastrando tras de sí a la pequeña burguesía el que debía tomar la dirección de la guerra, pero para ello carecía de una dirección; es decir, de un partido revolucionario.

El pequeño burgués es nacionalista, su existencia económica se halla determinada por los azares de la competencia del mercado capitalista. Mira con odio y desconfianza a su rival, el tendero de enfrente. Nuestros dirigentes del Frente Popular pretendían hacer la competencia a Franco en el terreno del nacionalismo. Los estalinistas creían que era el último grito de la cordura. Pretendían superar a los fascistas en chauvinismo. Creían que eso era astuto. Sin embargo, es imposible. En Alemania, sus consignas de revolución social y nacional no han hecho sino llevar agua al molino de la demagogia fascista y han facilitado la penetración ideológica de Hitler. En España, en lugar de Hitler, los estalinistas han favorecido a Franco con su nacionalismo.

Franco ha hecho un llamamiento a los capitalistas extranjeros para salvar el régimen capitalista en España. Esto no es nuevo: La clase dominante identifica la patria con su dominación. Cuando sus intereses se ven amenazados, ya sea por su competidor imperialista o por la revolución proletaria, «la patria está en peligro». Franco se ha aliado con los italianos, los alemanes, los portugueses, pero, ¿acaso los generales blancos no se aliaban con los capitalistas del mundo entero, o acaso el demócrata

Miliukov,[44] partidario decidido de la Entente[45] dudó en dirigirse a los alemanes y mendigar su ayuda contra los obreros de su país? Desde su punto de vista de clase, la burguesía tiene razón: lo esencial para ella es salvar su dominación y su régimen de explotación. El proletariado debe extraer, de ese «patriotismo» relativo de la burguesía, la lección siguiente: lo importante no son los conflictos nacionales sino la oposición de los intereses de clase. Nosotros, los obreros, debemos tomar ejemplo de la burguesía. Ella misma nos enseña que la patria es un mito. Debemos luchar para liberarnos económicamente junto a los obreros de todos los países. Es por esto, por otra parte, que la consigna de La IV Internacional no es «españoles, uníos» o «franceses, uníos», sino: «¡proletarios de todos los países, uníos!».

La ideología proletaria o es internacionalista o desaparece. El chauvinismo estalinista es una traición, pero es además inoperante frente al fascismo. No podemos superar en chauvinismo a Hitler o a Franco. Sin embargo, podemos asestar golpes mortales a la burguesía, utilizando el arma de la que ella no puede disponer, y que es el internacionalismo. El nacionalismo burgués tiene su base en el hecho de que el capitalismo se desarrolla dentro de los limites de las fronteras nacionales, el capitalismo significa competencia y, en el estado imperialista, la competencia de los trusts-estados capitalistas entre ellos. Otra cosa es el socialismo, cuyo triunfo no puede significar más que la destrucción de las fronteras nacionales y la creación de una verdadera sociedad internacional.

El partido comunista español ha propagado últimamente las siguientes consignas: «¡España para los españoles!» «¡Reconciliación nacional de los españoles!» «¡Fuera los extranjeros!» Pensaba, así, adoptando el lenguaje franquista, ganarse a la clientela fascista. Pero lo que ocurrió fue justamente lo contrario. Si un partido obrero puede, gracias a la vil demagogia nacionalista, ganar temporalmente influencia, a fin de cuentas será derrotado en este terreno, e ideológicamente no puede sino abrir, de este modo, pasó al fascismo. No vale la pena ser comunista para cantar, por ejemplo, «La Marsellesa» y hacer el panegírico del Papa. Se puede hacer también con Kerillis y de La Rocque.[46]

Al propagar el nacionalismo, los estalinistas y el Frente Popular en su conjunto han proporcionado un arma al enemigo y facilitando su propia exterminación. Los estalinistas se imaginan que sus fórmulas patrioteras pueden satisfacer a los pequeños burgueses imbuidos de nacionalismo. Se imaginan por ejemplo, que la fórmula nacionalista, pero conservadora de Stalin: «No queremos ni una pulgada de territorio extranjero, pero no cederemos ni una pulgada del nuestro», puede satisfacer a los patriotas pequeñoburgueses exaltados. Si se es nacionalista, si «se ama al propio país ante todo», no satisface la idea de conservar lo que la patria posee, sino que se quiere lógicamente aumentarlo, y se llega también a ser partidario de las conquistas. Ahora bien, si el Frente Popular prometía conservar lo que España poseía, Franco prometía crear un nuevo imperio. ¿No prometía acaso Queipo de Llano en sus discursos tomar Gibraltar a los ingleses? ¿Qué podían responder a esto nuestros nacionalistas de menor calibre del Frente Popular? ¡Que es preciso respetar los tratados y que Inglaterra es una gran potencia de la que se ha de mendigar apoyo! Es cierto que nuestros patriotas del Frente Popular recordaban siempre en su propaganda que Franco vende España a Italia y a Alemania, pero Franco podía recordar que nuestros demócratas estaban dispuestos a su vez a vender España a Inglaterra y a Francia, y que si este negocio democrático no se llevaba a cabo, era por falta de comprador. Azaña y Negrín estaban dispuestos a venderse, pero el capitalismo internacional democrático, rechazando la oferta del Frente Popular, se orientaba hacia el fascismo. Por lo demás, un nacionalista español podía fácilmente comprender a Franco: para luchar contra los «rojos» sin Dios (en España el nacionalismo va acompañado por el fanatismo católico) que amenazaban a la patria, ¿no se podía en el momento del peligro hacer concesiones a los italianos y a los alemanes?

Los estalinistas no pueden aventajar a los fascistas en el terreno del chauvinismo. La reconciliación de los españoles, es decir, la sumisión del proletariado a la burguesía, que tanto han predicado, se realiza ahora sobre sus huesos, pero desgraciadamente también sobre los huesos del proletariado español.

Liberar realmente a España de la opresión que ejercen sobre ella los capitalistas extranjeros, ingleses, franceses, alemanes, americanos, italianos,

no podían hacerlo ni los fascistas ligados a Alemania e Italia, ni los demócratas del Frente Popular que se inclinaban hacia la dependencia de Francia e Inglaterra. Sólo una clase que no tenga lazos económicos con el capitalismo internacional, y que se halle dispuesta a romper todos los tratados imperialistas, podía hacerlo. Esta clase se llama proletariado. Pero Azaña, Negrín y José Díaz no se orientaban hacia él, sino hacia Chamberlain y Pío XI.

XVII

El partido obrero de unificación marxista (POUM)

¿Pero no existía, según parece, en España un partido trotskista, el POUM? Según las calumnias estalinistas, un partido trotskista debía trabajar necesariamente con la Gestapo. ¿No pertenecen acaso a la Gestapo todos los que denuncian los crímenes estalinistas y no ejecutan ciegamente las órdenes de la burocracia moscovita degenerada?

El POUM, trotskista por lo tanto, y agente de la Gestapo, fue el autor del putsch de mayo de 1937, pero felizmente, gracias a las acertadas intervenciones del Frente Popular, del Partido Comunista, del PSUC, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, «socialista», pero adherido a la Internacional Comunista, ¡el diablo trotskista-poumista pudo ser dominado!

Se comenzó a respirar en mayo-junio de 1937: se «liquidó» al trotskismo en España y sobre todo en Cataluña. El gobierno de Largo Caballero, al que hasta mayo se creía en la buena senda, pero que en realidad era débil y semitrotskista, fue reemplazado por el gobierno de la victoria, presidido por el doctor Negrín, un verdadero gobierno, éste de Frente Popular, verdadero porque se hallaba libre de trotskizantes y sospechosos, uno verdadero, como el que haría falta en todos los países, y ante todo en Francia, capaz por ende de luchar contra el fascismo y de vencerlo.

Después de esta feliz intervención de Stalin en mayo de 1937 en Barcelona, en Cataluña y en España, podíamos por fin sentirnos optimistas en lo que respecta a la revolución española, o, si queréis, en lo que concierne a la guerra contra Franco. El gran Stalin ¿no arregló bien la revolución china, en 1927, no logró una gran victoria para el proletariado alemán e internacional en 1933 con la llegada al poder de Hitler, por no citar más que esas dos hazañas? ¡Oh, sí! El capital y su guardián, Franco, podían estar tranquilos.

En el presente capítulo de análisis del POUM no vamos a rectificar o a refutar todas las mentiras o calumnias de los estalinistas. Esa gente, o mejor estos canallas, mienten igual que respiran. Y disponen de un aparato formidable, y sobre todo de mucho dinero. Estos usurpadores que han robado la gloriosa bandera de la Revolución de Octubre, arrastrándola por el fango, tienen la facultad de imprimir sus falsificaciones en millones de ejemplares y en todo el mundo.

Pero ¿qué fue realmente el POUM?, ¿trotskista? Trotskista, según la etimología del término, querría decir una organización seguidora de la política de León Trotsky. Pero el lector probablemente no ignora que Trotsky es partidario de la IV Internacional. El POUM no era en absoluto trotskista.[47]

El camarada León Trotsky, quien con la claridad que le caracteriza, estigmatizó los errores del POUM, ha insistido numerosas veces en las serias divergencias que separan al POUM de la IV Internacional. Nosotros negamos la leyenda estalinista del «POUM trotskista» en interés de la verdad, que es al mismo tiempo el de la educación de la clase obrera, que debe conocer las posiciones reales y no imaginarias de diferentes corrientes políticas, con el fin de poder confrontar libremente y con conocimiento de causa, elegir y finalmente encontrar su camino.

El POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), fue fundado en diciembre de 1935, como producto de la unificación del Bloque Obrero y Campesino de Maurín[48] y la Izquierda Comunista. Esta última perteneció, en el pasado, a la organización internacional de la oposición de izquierda «trotskista». Es necesario recordar, solamente, que siempre tuvo relaciones muy difusas con la organización internacional. La entrada de la Izquierda

Comunista el POUM determina la ruptura de Nin[49] y Andrade[50] que la dirigían, con el «trotskismo» y con la organización trotskista internacional. No daré el historial de las discusiones y de las divergencias que han separado a la IV Internacional e Izquierda Comunista. Simplemente recordare las principales discrepancias que las separaron durante la revolución española.

El Frente Popular español se formo en vísperas de las elecciones legislativas de febrero de 1936. Su programa electoral se asemejaba a los programas electorales de los Frentes Populares de otros países; figuraban en él promesas generales en cuanto al mejoramiento de las condiciones de trabajo de la clase obrera, la adhesión a la política de seguridad colectiva de la Sociedad de Naciones, etc… Es verdad que en este programa figuraba también la amnistía para todas las víctimas de la represión reaccionaria de Gil Robles y Lerroux.

El POUM se adhirió al Frente Popular y firmó su programa electoral reformista y pequeño burgués: Justificó posteriormente su actitud con la necesidad de obtener la amnistía a cualquier precio. Sin embargo, en realidad la amnistía fue lograda no como resultado de la victoria electoral, sino después de un poderoso movimiento de masas extraparlamentario que forzó las puertas de las cárceles.

Tras las elecciones, el POUM criticó la política del Frente Popular, pero marchó en realidad a remolque suya hasta momento en que la burocracia estalinista coaligada con la burguesía de izquierda le impidió siquiera hablar sobre revolución socialista y lo puso en la ilegalidad.

Además de la derecha y de la izquierda existe en política el centro. Lo mismo sucede en el movimiento obrero. Este fue el caso en la Primera Guerra, cuando el movimiento obrero, según la correcta apreciación de Lenin, se dividía entre la derecha, los socialpatriotas declarados como Vandervelde, Scheidemann, Marcel Cachin, etc… las izquierdas internacionalistas consecuentes: los bolcheviques, los espartakistas alemanes, y también los centristas como Ledebour, Longuet, etc.

Si analizamos el último período de la evolución del movimiento obrero, que ha comenzado aproximadamente en 1934-35; observamos el mismo fenómeno. Existen los partidarios declarados de la política del Frente

Popular, política que ata al proletariado a la cola de la burguesía llamada democrática, política que, a la luz de la experiencia española, es analizada en el presente trabajo: Son los estalinistas, promotores de esta panacea universal de Dimitrov, y también los reformistas pertenecientes a la II Internacional.

Existen adversarios declarados de esta política de crimen y suicidio del Frente Popular: son los constructores de la IV Internacional. Oponen, a la política rastrera y de cooperación de clase, los métodos revolucionarios del marxismo y del bolchevismo, métodos a cuya aplicación el proletariado debe todas sus conquistas, sus victorias y sus ascensos históricos.

Pero entre las dos corrientes fundamentales del periodo actual, a saber, la corriente estalinista-reformista y la corriente de la IV Internacional, existen los centristas.

Los centristas no son una etiqueta inventada pérfidamente por las necesidades de la polémica por los «sectarios» e intratables trotskistas. Son una realidad en todos los países del mundo. Los centristas se declaran en contra de la política del Frente Popular, hacen críticas, a veces muy correctas, a los crímenes estalinistas.

Es debido a su independencia respecto a la GPU que los estalinistas los califican de «trotskistas». Pero los centristas detienen a mitad de camino en su crítica contra la política estalinista-reformista.

Están en contra del Frente Popular, pero al mismo tiempo temen separarse de las masas exponiendo francamente un programa de acción revolucionario. Son, en principio, partidarios de una nueva Internacional Revolucionaria, pero en la práctica combaten a la nueva Internacional que nace: la cuarta. En muchas cuestiones centrales del periodo actual, están en principio de acuerdo con nosotros, pero cuando se trata de pasar de los principios a la aplicación y a la realización, se alarman y nos denuncian como «sectarios». Son muy susceptibles y quisquillosos. Se enfadan sobre todo cuando se les llama «centristas». Ya sea bajo el cielo gris de París, o bajo el cielo azul y límpido de Cataluña y de España, ya sea en New York o en Varsovia, son siempre los mismos. Sin embargo, en lugar de enfadarse, harían mejor discutiendo honestamente con nosotros, respondiendo a nuestras críticas, y aceptando nuestra colaboración. No somos profesores

del movimiento obrero. Estamos siempre dispuestos a aprender de los demás, a reexaminar una y otra vez los mismos problemas a la luz de nuevas experiencias trágicas. Las mezquindades y el amor propio herido no cuentan para nosotros. Estamos por encima de todo eso. «Nuestras querellas no son las de los rabinos y capuchinos, sino que son la lucha de los caballeros por el amor de la Dama». Y la Dama es la revolución.

En España, la política de Frente Popular fue aplicada un modo consecuente por los estalinistas y los reformistas. En cuanto a la CNT, se opuso al comienzo, pero su nulidad ideológica le impidió oponer a la política de Negrín-Comorera otra concepción. Su crítica no paso pues de ser negativa, y después de una serie de zig-zags y de lamentos, la CNT se integro en el Frente Popular y evolucionó hacia el reformismo.

En cuanto al POUM, proclamaba cien veces la necesidad de la «revolución socialista», pero su política real estaba diametralmente opuesta a este objetivo.

Después del 19 de julio existía, como ya hemos señalado, una dualidad de poderes. El segundo poder, el poder obrero naciente, que predominaba por lo demás en los primeros meses de la revolución, se manifestaba en los comités obreros que realmente existieron incluso en los pueblos más pequeños, así como en el Comité Central de las Milicias Antifascistas. Estos organismos del segundo poder, ese gran logro de la revolución, fueron demolidos por todas las organizaciones obreras españolas, y nos vemos obligados a constatar que el POUM ha participado y encubierto la disolución de los comités de los pueblos, que fueron reemplazados por los consejos municipales (ayuntamientos), así como la disolución del Comité Central de las Milicias Antifascistas. El POUM participó en el gobierno de coalición de Tarradellas, que se constituyo precisamente en base a la destrucción de esos auténticos organismos revolucionarios.

Nin, consejero de Justicia de la Generalitat de Cataluña, fue posteriormente asesinado por los estalinistas. Hemos denunciado ante el mundo los crímenes de la GPU; dirigidos, por lo demás, principalmente contra nuestra tendencia. Nin pago con su vida su entrega a la clase obrera y su indiscutible honestidad personal. Pero si estimamos a Nin; sentimos una estimación aún mayor por la verdad: la causa por la que Nin dio su vida

exige claridad en el análisis. No somos sentimentales, pero sí apasionados, y si los sentimientos se apoderan de nosotros, éstos no son débiles. La política que ha llevado a cabo Nin durante la revolución española favoreció a quienes más tarde lo asesinarían.

La cuestión central de la revolución es la cuestión del poder, y a Nin le gustaba repetirlo.

En la carta a Kugelmann, durante la experiencia de la Comuna, Marx decía: «Afirmo que la revolución en Francia debe ante todo intentar, no hacer pasar a otras manos la máquina burocrática y militar —que es lo que hasta ahora siempre se ha producido—, sino romperla».

Ahora bien, el POUM olvidó esta gran lección de Marx, desarrollada por Lenin en El Estado y la Revolución. ¿Qué argumentos daba el POUM para justificar su entrada en la Generalitat, así como el haber encubierto la disolución del Comité Central de las Milicias Antifascistas? Era el miedo a separarse de las masas y a ir contra la corriente. «Si no hubiésemos entrado en la Generalitat, hubiéramos dejado de ser una corriente política, y habríamos sido barridos de la vida política del país». Estas palabras se las he oído a Nin personalmente. Pero no se trata sólo de Nin, sino de toda la dirección del POUM.

A este argumento se añadía otro: la necesidad de colaborar con la pequeña burguesía y de la alianza con las clases medias. La forma de esta alianza era, según los dirigentes del POUM, la colaboración con la Generalitat.

Analicemos estos argumentos. El primero quiere decir que si el POUM no hubiese entrado en la Generalitat, hubiera dejado de ser un factor político en el país.

Ahora bien, nosotros afirmamos y probaremos lo contrario. Si el POUM se hubiese pronunciado contra la colaboración la Generalitat y se hubiese apoyado en los elementos del segundo poder, los comités, se habría abierto el único camino para convertirse en un factor político decisivo en el país: No se trata para nosotros, por supuesto, del solo hecho de entrar en la Generalitat, sino del conjunto de la política.

El POUM debía evidentemente luchar contra Franco junto con otras fuerzas antifascistas. Esto está fuera de discusión. Pero no debía asumir ni

la menor sombra de responsabilidad por la política de los dirigentes del Frente Popular. Pronunciándose claramente en contra de la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas y de los comités en general, habría podido, si no impedirla; al menos ganarse grandes simpatías en el seno de las organizaciones obreras, y en primer lugar dentro de la CNT. Era ese precisamente el camino para un crecimiento del POUM como partido de masas. ¿Habría podido impedir la destrucción del segundo poder? Como ya se ha explicado en este trabajo los elementos del segundo poder existían aun en mayo de 1937. Nueve meses separan el 19 julio del 3-6 de mayo, es decir, nueve meses separaron el nacimiento del segundo poder de su aplastamiento por el poder burgués reconstituido. Evidentemente, con una política audaz del POUM, ese calendario hubiera podido cambiar. Repitámoslo, no somos profetas. Es difícil prever qué factores nuevos hubieran podido intervenir si la situación hubiese evolucionado en el sentido revolucionario. Pero, en todo caso, el camino de la revolución pasaba por la lucha obstinada por el mantenimiento y la extensión de los elementos de poder obrero, es decir, precisamente, por el camino del mantenimiento de los organismos disueltos por el gobierno de Tarradellas. El POUM repetía cien veces al día que se trataba de una «revolución» socialista. Pero las generalidades, con mayúscula o con minúscula, no bastan en política, y menos aún en el período revolucionario. Se trata de concretar la tarea histórica general mediante una política real. El POUM, sin embargo, mientras hablaba de «revolución socialista»… hacía en realidad lo mismo que las otras corrientes, es decir, colaboraba y encubría la disolución de los elementos del segundo poder, cuyo mantenimiento y ampliación era lo único capaz de conducirnos hasta la revolución socialista, no sólo en las columnas de los periódicos, sino en la realidad.

¿Es que los obreros, sobre todo en el primer periodo de confusión y de abrazos generales y de corriente unitaria a cualquier precio no hubieran comprendido la posición «sectaria» del POUM? Es posible. Pero lo que es seguro es que, tras una corta experiencia, se hubieran vuelto hacia el POUM inevitablemente. Esta necesidad de ser «sectario»; es decir, de exponer abiertamente el programa revolucionario en el momento en que las masas

no se hallan aun preparadas para aceptarlo, existe siempre para la corriente revolucionaria.

¿No existía acaso durante la revolución rusa? ¿No siguieron acaso los bolcheviques precisamente ese camino? ¿Tuvieron ellos miedo de que se les tratase de «trotskistas» de la época, de aventureros de utopistas, de soñadores? ¿No fueron también ellos tratados de agentes de Alemania? Y se ganaron a las masas.

Si el POUM hubiese seguido la vía marcada por la IV Internacional, ¿habría sido perseguido y declarado ilegal enseguida? Se nos decía esto también en nuestras discusiones en el POUM en España. ¿Sería perseguido? Tal vez. Es posible que hubiese sido perseguido. Aunque no era fácil perseguir a una corriente obrera en Cataluña en julio-agosto de 1936. ¿No se hubiera beneficiado con las posibilidades que le ofrecía su participación en el gobierno? ¿Que las milicias del POUM, y quizá ni siquiera el hotel Falcón,[51] no hubiesen sido apoyadas financieramente por la Generalitat? Pero hubiese contado con un apoyo de mucho mayor peso en una revolución, el apoyo que viene de abajo, de la clase obrera, que se habría vuelto hacia él cuando hubiera comprendido que se trataba de un partido que luchaba realmente por el orden proletario.

Por lo demás, ¿evitó el POUM la represión? En absoluto. Aunque juraba, y decía la verdad, que no era trotskista, era considerado a pesar de todo como tal por la burocracia estalinista.

Aunque se trate de fenómenos diferentes, podemos observar aquí cierta simetría.

Negrín juraba cien veces al día a Chamberlain que no era rojo, sino simplemente republicano, pero para ese «*gentleman*» la «España gubernamental», estaba siempre mal gobernada, y se obstinaba en preferir a Franco.

Gorkin[52] repetía también muchas veces al día que no era trotskista, y decía la verdad, pero la burocracia estalinista lo consideró a pesar de todo como tal, y ha lanzado contra el POUM las mismas calumnias que ha lanzado contra la IV Internacional.

Ni con sus explicaciones ni con su política ha podido Negrín impedir que Chamberlain ayude a Franco. En cuanto a Gorkin, sus explicaciones y

su política no han impedido la represión contra el POUM «trotskista». ¿No vale más la pena, entonces, ser un verdadero «rojo» y un verdadero «trotskista»? Esto no eliminaría por supuesto los inconvenientes, como el odio de la burguesía internacional y de la burocracia estalinista, pero permitiría disfrutar de las ventajas de la política revolucionaria consecuente, ventajas que los bolcheviques pudieron recoger en 1917.

El POUM quería evitar la represión con su política conciliadora. Se decía: «Si un día nos vemos reducidos a la ilegalidad, será necesario que no estemos solos, sino que estemos con la CNT». En este aspecto los dirigentes del POUM vivían también de fantasías y confiaban en el buen corazón de los dirigentes de la CNT. Estos últimos asistieron más tarde pasivamente a la persecución contra el POUM. Sólo una política de crítica implacable del reformismo de la dirección de la CNT abría las posibilidades de un frente único con la base revolucionaria de la CNT, la que, evidentemente, mediante su presión, podía obligar también a la cumbre anarquista a dar algunos pasos progresivos.

En cuanto al segundo argumento, es decir, la necesidad de una alianza con las clases medias, se trata en el fondo del mismo argumento que utiliza el Frente Popular en su conjunto. La falsedad de este argumento se demuestra a través del presente trabajo. Los dirigentes comunistas pretenden que cuando apoyan a Daladier en Francia, o a Azaña en España, a los radicales-socialistas y l’Esquerra, hacen una alianza con la pequeña burguesía. En realidad van a remolque de los agentes pequeñoburgueses del gran capital. La alianza del proletariado con la pequeña burguesía es evidentemente necesaria en el curso de la revolución, sobre todo en un país atrasado. Pero existen dos métodos de formar esta alianza: el método menchevique del Frente Popular y el método bolchevique de la lucha por la dictadura del proletariado.

Según el primer método de «alianza con las clases medias», actualmente en boga, y que se aplicó en Francia en 1936, en España, en Chile, y en otros países; según este método, tan apreciado por Blum, Dimitrov, Thorez y Comorera, la alianza se realiza sobre la base del mantenimiento de la democracia burguesa, es decir, sobre la base de la conservación del régimen capitalista. Según este método del Frente Popular los agentes

pequeñoburgueses del gran capital tienen la dirección de esta alianza pequeña burguesía-proletariado. El proletariado sigue a los dirigentes pequeñoburgueses, y por su intermedio a la burguesía misma. En cada capítulo de este trabajo hemos intentado demostrar que este camino es nefasto y, sobre todo, utópico. Plantear como perspectiva en el período actual el mantenimiento de la democracia burguesa, sería como si se plantease como perspectiva en la técnica la vuelta atrás desde la aviación a los carros romanos. El fascismo es un producto inevitable del régimen capitalista. Para suprimir el efecto es necesario suprimir la causa. El método bolchevique de alianza con las clases medias significa que el proletariado debe poseer la hegemonía dentro del bloque. Sólo esta hegemonía, y sólo la dictadura del proletariado pueden, por lo demás, aportar una mejora a la condición de la pequeña burguesía y separarla del gran capital.

La Generalitat y el gobierno de Tarradellas, al que se adhirió el POUM, han sido una alianza con la pequeña burguesía también según la modalidad del Frente Popular. El «programa socialista», del gobierno de Tarradellas no era más que fraseología. El decreto sobre las colectivizaciones sólo era la consagración tardía del estado de hecho; pero la disolución de organismos del segundo poder ha abierto el camino a la contrarrevolución. Evidentemente, para los burgueses demócratas y para los estalinistas que, en aquel tiempo, sólo tenían tras ellos una ínfima parte del proletariado, el gobierno Tarradellas, con la participación de Nin, sólo era una solución intermedia, provisional, en espera de que la correlación de fuerzas cambiante permitiese deshacerse del POUM y también de la CNT. Sigue, sin embargo, siendo cierto que por su política, a remolque del Frente Popular, el POUM ha ayudado a cambiar en su propio detrimento la relación de fuerzas. A pesar del servicio prestado por Nin a sus enemigos, el mes de diciembre de 1936 el POUM fue expulsado de la Generalitat y obligado a pasar a la oposición.

¿Rectificó el POUM su política después de esta experiencia ministerial? ¿Hizo una autocrítica seria y tomo una orientación revolucionaria? Ningún partido revolucionario está inmunizado contra los errores, incluso graves, pero la cuestión está en saber si encuentra luego en sí mismo las fuerzas suficientes para corregir sus errores.

Ahora bien, el POUM no aprendió nada después de diciembre de 1936. Acentuó un poco, claro está, su lenguaje de oposición, pero su perspectiva seguía siendo en el fondo la vuelta a la misma experiencia ministerial.

La consigna de gobierno obrero y campesino que se proponía llevar a cabo no era otra cosa que un nuevo gobierno de la Generalitat, con una nueva invitación a Nin a reintegrarse en su puesto. Las apreciaciones teóricas del POUM cambiaron algo: así, en las páginas de «La Batalla» y en los discursos de los miembros del Comité Ejecutivo, Companys y Tarradellas, que antes de diciembre eran unos pobres pequeños burgueses, bruscamente, después de la expulsión del POUM de la Generalitat, enriquecieron y se convirtieron en grandes burgueses. Esto, sin embargo, no cambiaba en nada la perspectiva general.

Cuando el POUM hablaba de «gobierno obrero y campesino» tenía dos maneras de explicar su consigna. La variante derechista significaba: «El gobierno de todas las fuerzas antifascistas» en suma la solución a las muchas y difíciles crisis de la Generalitat por el retorno al gobierno de Tarradellas con la participación del POUM. La variante de izquierda, que alternaba en las resoluciones y discursos con la derechista, no era mucho mejor, y quería decir: «Govern Obrer i Camperol»,[53] como resultado de un Congreso de los comités o después, para acercarse a la CNT, de un Congreso de los Comités y Sindicatos.

Pero la cuestión estaba en cómo tal Congreso podía realizarse. El POUM se hacía ilusiones de que podía realizarse desde arriba, es decir, mediante un acuerdo con los dirigentes del Frente Popular y, lo que es más, por la vía pacífica. Esta vía pacífica fue expuesta por Nin una vez más pocos días antes de los acontecimientos de mayo. Nin,[54] que conocía a fondo la experiencia de la revolución rusa, invocaba, con el fin de apoyar su perspectiva de vía pacífica, la posición análoga de Lenin en el periodo de abril-junio. Desgraciadamente, le ocurrió lo que a menudo les ocurre a los grandes eruditos del marxismo: conocen los textos, pero utilizan las analogías precisamente allí donde no pueden ser aplicadas. «El transito pacifico» fue posible durante un periodo de la revolución rusa porque el segundo poder, es decir el poder de los soviets, existía y predominaba sobre el primer poder, es decir el poder del gobierno provisional. En cierta medida

la situación análoga existía en España entre julio y septiembre. Pero sólo hasta septiembre, es decir hasta la formación de los gobiernos de coalición de Madrid y Barcelona. Ahora bien, el POUM preveía aun la vía pacífica en el mes de abril de 1937.

La política del POUM respecto a la CNT reflejaba también su «temor a separarse de las masas», y sobre todo su blandura ideológica. Este intento de cortejar a la CNT no tuvo éxito. Evidentemente, nada podía hacerse en Cataluña sin el concurso de la gran central sindical anarcosindicalista, que tenía tras de sí a la mayoría del proletariado catalán y, sobre todo, a la aplastante mayoría de los elementos combativos. Pero el camino elegido por el Comité Ejecutivo del POUM para acercarse a las masas de la CNT era falso. La vía de la conquista y de la penetración en la masa revolucionaria de la CNT y de la FAI pasaba por la crítica implacable a la política rastreramente reformista de la cumbre anarquista. Era preciso denunciar sin rodeos la ridícula hipocresía de estos «antipolíticos» y «antiestatales» que ejercían funciones de ministros y de gobernadores. Este era el camino de conquistar a los elementos sanos de la base de la CNT.

Pero el Ejecutivo del POUM prefería hacerle solícitamente la corte al Comité Regional. Repetía siempre: «¡Nosotros y la CNT, dos fuerzas de la revolución!». A lo que la coqueta, la dirección de la CNT, respondía, cuando se dignaba responder, al POUM: ¡Nosotros y la CNT! ¡Sois unas lapas, y molestáis, dejadnos en paz, sois unos sucios políticos!

La vía de acercamiento a la base de la CNT pasaba para el POUM por la entrada de sus sindicatos, FOUS, en la central revolucionaria anarcosindicalista. Este camino fue señalado, y en diversas ocasiones, por los representantes de la IV Internacional. Desgraciadamente, y este fue uno de sus errores más graves, el POUM entró con los sindicatos sobre los que influía en la UGT reformista, esquelética, que sólo agrupaba al comienzo a elementos pequeñoburgueses. Por ese motivo, el POUM, a los ojos de los obreros de la CNT, se confundía con los estalinistas, con la Esquerra, en suma, con los elementos pequeñoburgueses. Ciertamente, el camino de un trabajo en el interior de la CNT no era fácil: la burocracia «antipolítica», y «antiestatista» sabe también emplear los métodos de coerción sobre los

revolucionarios. Pero ¿qué libro dice que la revolución sea una cosa fácil? La entrada en la CNT era el único camino.

Volviendo una vez más al problema central de la revolución, que es la cuestión del Estado, es forzoso recordar que durante todo el periodo decisivo, hasta el mes de mayo, el POUM tenía una posición semirreformista ante esta cuestión clave. Cuando el POUM estaba en el gobierno, pensaba que el aparato de Estado burgués se hallaba destruido porque tenía a personas de confianza en la policía. La dictadura del proletariado «bajo su forma original y española» se realizaba en la forma del gobierno de la Generalitat de Tarradellas. Después, el POUM abandona esta apreciación teórica. De la dictadura del proletariado, por un simple cambio ministerial, hemos pasado «pacíficamente» al régimen burgués. Pero el POUM continuaba hablando, por ejemplo, de depuración del aparato del Estado como si se tratase de un problema de cantidad y no de cualidad. El Frente único de la Juventud Revolucionaria entre las Juventudes del POUM y las Juventudes Libertarias formado en el mes de enero de 1937 planteaba, como uno de los puntos de su programa, la depuración del Estado.

El choque de mayo de 1937 fue el resultado, por un lado, del complot de la coalición estalinista-burguesa, y por otro, de la respuesta espontánea de la base revolucionaria de la CNT, que fue a las barricadas para defender las conquistas del 19 de julio, pero que fue traicionada por la dirección anarquista. Evidentemente el POUM no podía, aunque fuera su deseo, siendo un partido minoritario, sobre todo en Barcelona, organizar el levantamiento de mayo tal como reza la propaganda estalinista.

Pero en realidad, el POUM no sólo no organizó el levantamiento de mayo, pese a las ridículas invenciones de la GPU, sino que durante aquellos trágicos momentos, ni siquiera formuló un programa de salvamento de la Revolución. Durante aquellas grandiosas jornadas, el POUM permaneció a remolque de su dama, la dirección de la CNT, y, más exactamente, de su Comité Regional.[55]

Hacia las seis de la tarde, el 3 de mayo, los representantes del Comité Ejecutivo tuvieron una entrevista con los representantes del Comité

Regional. En el curso de dicha entrevista, se pusieron con todas sus fuerzas a disposición del Comité Regional.

El Comité Regional tomó buena nota del ofrecimiento del Comité Ejecutivo y le respondió que lo convocaría si se presentaba la necesidad. La dirección de la CNT colaboraba en la obra de pacificación del gobierno de Valencia contra la base de su propia organización, a la que abandonó a la persecución. Pero los comités de barriadas, los cuadros medios de la CNT y de la FAI, se hallaban en las barricadas. El POUM hubiese podido encontrar un verdadero eco entre esos elementos revolucionarios, proporcionarles un programa de acción, es decir, un programa de insurrección. La dirección del POUM tuvo miedo. No queremos decir miedo físico, sino falta de audacia política motivada por el temor a quedarse solos.

Cuando los obreros abandonaron las barricadas y la ciudad quedó a merced de las fuerzas de represión llegadas de Valencia, los poumistas evidentemente debían abandonarlas también, pero el deber de un partido, tanto en los periodos de ascenso como en los periodos de retroceso o de derrotas, es el de decir la verdad a los obreros, y, explicando la situación real, educar al proletariado, preparándolo así para futuros combates.

Desgraciadamente, «La Batalla» afirmaba que era de día cuando era de noche. Decía, como «la Soli», que los obreros de Barcelona habían respondido victoriosamente al ataque de la contrarrevolución. Lo que fue una derrota y punto de partida de una ola de represión fue presentado como una pretendida victoria, para no desalentar a los obreros.

Después de los acontecimientos de mayo la dirección del POUM no comprendió el cambio en las relaciones de fuerzas que se produjo tras esta sangrienta lucha. La represión cogió totalmente de sorpresa a la dirección del POUM. Una de las enseñanzas del bolchevismo, cuyo desconocimiento pagarán caro los revolucionarios en los combates futuros, es la necesidad de que el partido proletario posea incluso en los tiempos de legalidad, otro aparato ilegal, con el fin de poder, en caso de derrota, salvar sus cuadros y su estado mayor. Esta lección fue ignorada por el POUM. No era preciso ser un erudito para esperar, después de mayo, una represión estalinista-burguesa contra el POUM. Los dirigentes del POUM decían textualmente:

«España no es Rusia, Barcelona no es Moscú», igual como Paul Faure proclama en Francia, para justificar la pasividad ante el fascismo: «Francia no es Alemania»; como si la lucha social no tuviera un carácter internacional y como si las mismas causas, y en las mismas circunstancias, bajo todos los meridianos y todas las latitudes, no produjeran los mismos efectos.

Los dirigentes del POUM dormían en sus casas y se mantenían sus permanencias en sus locales hasta el día en que policía estalinista los detuvo. Aquí no se trata tan sólo de imprudencia y de la despreocupación que se atribuyen, tal vez exageradamente, a los españoles, sino del desconocimiento de la situación real. «Prieto no es un bolchevique», se consolaban los dirigentes del Comité Ejecutivo, mientras continuaban residiendo en las Ramblas.

El periodo de seis semanas que separaban el 3-6 de mayo de la innoble provocación estalinista del 20 de junio podía haber sido aprovechado por un partido para organizar su trabajo ilegal y para poner a cubierto a sus dirigentes.

A este cuadro, muy somero e incompleto, de la política del POUM en los momentos más críticos, ha de añadirse, también muy someramente, la forma en que la dirección del POUM ha tratado a los verdaderos trotskistas, a los partidarios de la IV Internacional, los bolcheviques leninistas españoles. La gente en el extranjero vive de la leyenda del POUM «trotskista». En realidad, la dirección del POUM estaba formada por antitrotskistas acérrimos, antiguos «bloquistas»[56] como Gorkín-Arquer y antitrotskistas tímidos y vergonzosos como Andrade. En «La Batalla», órgano central del POUM, se condenaba al trotskismo como una tendencia demasiado sectaria. En varios artículos, los jefes del POUM se declaraban antitrotskistas y antiestalinistas, y ponían muy frecuentemente a ambas corrientes en pie de igualdad.

«No somos ni estalinistas ni trotskistas, sino poumistas» declaraban los dirigentes del POUM, y pretendían, además, que todo el movimiento obrero mundial se había dividido en cuanto a la actitud a adoptar frente al POUM, en poumistas y antipoumistas, como durante la revolución rusa en bolcheviques y antibolcheviques.

Lo que era el poumismo, sobre todo lo que era su política en el curso de la revolución española, hemos intentado analizarlo someramente en este capítulo. La «ligera» diferencia con el bolchevismo se hace evidente.

El antitrotskismo de los dirigentes del POUM tomaba formas muy agudas. Si justo al principio, es decir, durante los primeros meses que siguieron al 19 de julio, el POUM aceptó la colaboración técnica de algunos militantes de la IV Internacional, era más bien debido al hecho de que algunos camaradas de nuestra organización se encontraban en la lucha y conquistaron este puesto luchando; la colaboración técnica de otros camaradas extranjeros fue aceptada por los dirigentes del POUM a falta de otra cosa. En la primera oportunidad, los dirigentes del POUM los reemplazaron por sus verdaderos amigos internacionales: los maximalistas italianos, los sapistas alemanes, los pivertistas franceses, etc.. Gorkin llegaba a justificarse diciendo que «la invasión por los trotskistas de los servicios de propaganda del POUM» era consecuencia de la necesidad de poner a alguien al frente de estos servicios, y que se había echado mano de los primeros que llegaron.

Nuestro grupo español pidió en noviembre de 1936 su adhesión al POUM. Se comprometía a respetar la disciplina del partido y sólo pidió conservar el derecho a defender dentro del marco del partido sus concepciones políticas. En nombre del ejecutivo, Nin (para este tipo de faenas Gorkin siempre delegaba en Nin), respondió exigiendo ente otras cosas de nuestros camaradas «la condena de las campañas de la pretendida IV Internacional».

Incluso los camaradas que no hacían ningún trabajo fraccional en el POUM, pero que defendían las ideas de la IV Internacional, eran considerados como sospechosos y como apestados, y no sólo ellos, sino quienes mantenían con ellos relaciones de amistad, fueron considerados como gente que era mejor no frecuentar. El POUM excluyo sin discusión a algunos camaradas de su organización, con estilo perfectamente estalinista, por el delito de apartarse de la línea política del partido (formula textual)…

El POUM, que siempre, en las discusiones contra nosotros, insistía en los inaguantables métodos burocráticos del Secretariado Internacional de la IV Internacional, no tuvo tiempo de convocar un solo Congreso del partido

entre julio y mayo, nueve meses, ¡y qué nueve meses! Por lo demás, ¡incluso su entrada en la Generalitat fue decidida sin consultar a la base! ¡Y este partido pretendía a veces identificarse con el partido bolchevique que, en 1917, y después, en plena guerra civil, discutía libremente y elaboraba en la fiebre apasionada y saludable de la lucha de tendencias y opiniones en su seno, la política a seguir!

Para facilitar la preparación de su Congreso, ¡la dirección del POUM llegó hasta a excluir de sus milicias a los bolcheviques-leninistas que, durante ocho meses, habían defendido las trincheras y expuesto su pecho a la metralla fascista! Sin embargo, todos los machacadores de trotskismo gozaban del apoyo incondicional del Ejecutivo. Como ejemplo, se podría citar entre otros el de los dos hermanos rumanos M., uno de los cuales era comisario político de la división Lenin, y se jactaba de estar en posesión de un documentado fichero con los nombres de todos los trotskistas, sus direcciones, ocupaciones, etc… El comisario político rumano en cuestión se pasó, después del mes de mayo, a los estalinistas, y probablemente transmitió este fichero antitrotskista a la GPU, junto con otros ficheros poumistas.

Otra cosa: los bolcheviques leninistas, a pesar de la represión antitrotskista del Ejecutivo, estaban en cada momento difícil al lado del POUM, le ofrecían siempre su experiencia política y también sus propias vidas.

Para ser bien recibido por el Ejecutivo del POUM era preciso denunciar obligatoriamente el sectarismo del S. I. de la IV Internacional, era preciso sobre todo decir que se había sido «víctima personal», 5 u 8 años antes, de los inaguantables procedimientos del León Trotsky. Guardar silencio al respecto era mal visto en el Falcón y en el Ejecutivo.

El POUM estaba, pues, muy lejos de la IV Internacional, y Gorkin temía al trotskismo como el demonio al agua bendita. Sin embargo, sólo el «trotskismo», es decir, la política bolchevique de la IV Internacional, podía salvar al POUM y abrirle amplios caminos.

¿Cuál es el futuro del POUM? ¿Puede servir de base al futuro partido de la revolución española? Sólo la experiencia y el camino que tome, las lecciones que sepa extraer de la trágica experiencia, podrán responder a esta

pregunta. Hemos criticado sus posiciones políticas, pero debemos también resaltar sus puntos fuertes, el valor y la entrega de sus militantes. ¿No tuvo en su seno miles de militantes como Mena? ¿No los tiene todavía? ¿No tomó parte, de la forma debida, en el 19 de julio? Sus militantes sobresalientes, como Germinal Vidal,[57] ¿no estuvieron entre los primeros asaltantes de esa cien veces gloriosa jornada? Sus Miguel Pedrola y otros, ¿no mezclaron de inmediato su sangre con la del conjunto del proletariado?, ¿y la columna de Rovira, que marchó con otras «tribus» en dirección a Huesca? Conocemos también las cualidades de organización de los militantes y de los dirigentes del POUM, que destacan sobre todo si los comparamos con los anarquistas españoles, igualmente heroicos, pero desordenados en sus métodos y carentes de una brújula ideológica.

Todas estas cualidades del POUM deben complementarse en el futuro con una correcta orientación revolucionaria. La IV Internacional le propone su programa. ¿Son exageradas o erróneas algunas de nuestras críticas? ¿Hemos cometido errores de organización? ¿Nos ha faltado flexibilidad? Es posible.

Estamos dispuestos a revisarlo todo, a rediscutirlo todo. Nos reímos de la concepción de la infalibilidad en el movimiento obrero. Estamos dispuestos a ayudar a la reconstrucción del partido obrero en España, sólo ponemos una condición: ¡libertad de discusión, disciplina en la acción!

XVIII

Los anarquistas de izquierda y los «buscadores de Dios» a la luz de la experiencia española

La política de la dirección de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), anarcosindicalista, y de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) no es analizada en detalle en el presente trabajo. Sin embargo, el lector podrá hacerse una idea general de la política anarquista en España a la luz los hechos relatados en el capítulo: «Y la CNT», y también a la luz de otros hechos citados en otros capítulos.

Por primera vez en la historia, los anarquistas tuvieron la posibilidad de aplicar sus teorías, en gran escala. En la región decisiva y más industrializada de España, Cataluña, gozaban de una autoridad sin igual y tenían el apoyo incondicional de la aplastante mayoría del proletariado. La justicia de una teoría, así como la eficacia de un remedio, se verifica con la experiencia.

¿Qué ha quedado de las teorías de Bakunin, Kropotkin, Malatesta, después de la experiencia española? Nosotros, marxistas, hemos demostrado desde hace décadas el carácter pequeñoburgués y limitado de las concepciones anarquistas. Nuestros maestros Marx, Engels, Lenin, Plejanov, por no citar más que estos, han refutado en sus trabajos teóricos las concepciones anarquistas no sólo desde el punto de vista doctrinal, sino utilizando también la experiencia viva de la lucha de clases. Sin embargo, la guerra civil en España, que constituyó para el anarquismo una prueba

ideológica, proporciona una nueva ocasión de explicar su inconsistencia ideológica.

La tesis fundamental del anarquismo, que lo separa del bolchevismo, es la tesis sobre la posibilidad de pasar sin el periodo transitorio de la dictadura del proletariado a la anarquía, es decir, a la supresión inmediata del Estado y de su aparato de opresión.

¿Qué queda de esta concepción después de los treinta y un meses de guerra civil en España? Por primera vez hemos asistido a la experiencia curiosa e inesperada del anarquismo ministerial. Es como si alguien dijese un crápula honesto o un idiota listo. Los antiestatales se transformaron en ministros, los lanzadores de bombas en jefes de la policía, los terroristas en alcaides, y, durante esta transformación, los García Oliver y Federica Montseny tuvieron ocasión de demostrar la naturaleza profundamente reformista de la dirección de la CNT que frenaba a las masas tanto como los austromarxistas.

¿Cómo justificaba la dirección de la CNT su evolución? Casi de la misma forma que los demás dirigentes del Frente Popular. En principio, como veis, están por la anarquía, pero entretanto salvaban al Estado burgués, igual como Thorez está en principio por la lucha de clases, pero mientras propaga la unión de la nación francesa, es decir la unión de los burgueses y de los proletarios franceses. En principio son partidarios entusiastas del anticolonialismo, pero entre tanto, durante esos treinta trágicos meses, estaban ebrios.

Los ideólogos anarquistas afirmaban, sin embargo, que los principios seguían a salvo y en perfecto estado, porque había intervenido un factor imprevisto y «nuevo»: la guerra y la intervención extranjera. ¡Como si en este mundo se pudiese liberar al proletariado en cualquier país sin una guerra y sin una intervención extranjera!

Pero dejemos a un lado a los anarquistas ministrables que no se dan cuenta de lo ridículo de su situación. Aunque sea en forma somera, sus cuentas han sido saldadas a lo largo de este trabajo.

Existen sin embargo, en España y en todo el mundo, grupos anarquistas de oposición, que condenan la política de la dirección de la CNT y de la FAI, y juzgan en términos severos las traiciones de García Oliver y otros

anarquistas ministrables. En un lenguaje a veces violento y apasionado, estigmatizan el reformismo, la lenidad de los comités de dirección anarquistas, pero ven el origen del mal en la no aplicación de la verdadera doctrina anarquista y en el hecho de que la CNT y, la FAI han empezado a hacer «política» tal como la hacen desde siempre los marxistas. La CNT y la FAI, según ellos, seguían siendo revolucionarios hasta el 19 de julio. Mientras permanecían en el terreno de la acción directa y de la lucha económica, todo iba bien. Pero el mal ha empezado cuando los dirigentes de la CNT indiciaron sus compromisos con los otros partidos políticos. De compromiso en compromiso, los dirigentes anarquistas rodaron hacia el reformismo. Por ejemplo, según ciertos apasionados dirigentes de las Juventudes Libertarias, el primer error fue ya la creación de las organizaciones estatales como el Comité de Milicias Antifascistas. Era ya una obligación, era ya el Estado en potencia. No vale la pena hacer una revolución cuyo objetivo sea precisamente suprimir el Estado si el primer día de la revolución se comienza a construir un nuevo aparato estatal. Y los Comités de Defensa en los que los anarquistas debían colaborar y por consiguiente efectuar compromisos con otros «políticos», ¿no fueron el inicio del deslizamiento de la CNT y de la FAI hacia esta misma «podredumbre política»? Había que dejar libre curso a la iniciativa del pueblo, no debía romperse esa espléndida espontaneidad del 19 de julio. Ese día, el pueblo, sin armas, ¿no destrozó en 24 horas en Barcelona el levantamiento de los militares? ¿No se lanzó a pecho descubierto contra el fuego de las ametralladoras? Y el pueblo venció. Había que persistir en esta vía. No perder la confianza en el pueblo. Cuando se ha rozado la política, ¡se está perdido!, (al igual que los judíos o los mahometanos se vuelven impuros si comen carne de cerdo, los anarquistas perdieron su pureza tras tocar la política). Esta fatal evolución de los luchadores anarquistas en tranquilos ministros ¿no es una demostración de lo que le espera a cualquiera cuando empieza a hacer «política»? La política es el arte de engañar a los demás. Siempre lo hemos dicho. ¿Es necesaria una nueva prueba de que la anarquía tiene razón?

Encontramos este razonamiento en varias revistas y fotos anarquistas, como «Ideas», que predican el retorno al anarquismo doctrinal puro. Refleja

el estado de ánimo de los jóvenes anarquistas y también de algunos veteranos, se critican la actitud de los dirigentes reformistas de la CNT. Como ejemplo, podemos citar entre otras la crítica efectuada por el anarquista americano Schapiro.

Para ilustrar mejor este razonamiento de los anarquistas, citaré las palabras que escuché en Barcelona de una anarquista culta y entregada a la causa.

En abril de 1937, cuando los consejeros anarquistas en la Generalitat aprobaron los decretos sobre la reorganización del orden interno en el sentido burgués,[58] mi simpática anarquista estaba indignada: estaba sorprendida de la lenidad del Comité Regional, que no hacia pesar suficientemente su fuerza durante las crisis ministeriales de la Generalitat y que no sabía imponer un presidente cenetista en el Consejo de la Generalitat. La CNT debía tener, según ella, más carteras. Es verdad que diciendo esto, no estaba muy «a la izquierda». Pero un cuarto de hora después su izquierdismo y su «pureza» eran más fuertes que el deseo de ver todas las Consejerías ocupadas por los anarquistas. Decía: «Ahora soy más anarquista que nunca: ¡Cuando se empieza a hacer política y a ocupar cargos públicos se ha caído muy bajo! ¡Se ha de ser intransigente!»

Dieciocho meses más tarde discutí con la misma anarquista en Barcelona. Su tendencia opositora, de anarquista de izquierda, se había acentuado. Esa revolucionaria íntegra acababa por lo demás de salir de una cárcel privada de la «Cheka», acusada de espionaje.

En respuesta a mi argumentación contestaba: «Vosotros los trotskistas osáis hablar del fracaso del anarquismo en base a la experiencia ministerial de García Oliver y Federica Montseny. Con la misma razón podemos hablar nosotros del fracaso del marxismo basándonos en las experiencias de Blum, Negrín, Stalin o José Díaz. Decís que el marxismo verdadero no ha sido aplicado en el curso de la revolución española; pues bien, ¡el anarquismo verdadero tampoco lo ha sido!»

Todo esto es muy bonito, muy conmovedor cuando se escucha de anarquistas jóvenes y apasionados; los argumentos parecen sólidos a primera vista, pero en realidad sólo son un castillo de naipes: basta tocarlo

con un dedo y se cae. El razonamiento de los anarquistas de izquierda carece de un pequeño detalle: lo positivo.

Cuando nosotros, marxistas consecuentes, es decir partidarios de la IV Internacional, hacemos una crítica de la política estalinista, reformista y anarquista (en el fondo era la misma política, Frente Popular) no nos contentamos con refutar, sino que señalamos el camino a seguir. Indicamos los métodos revolucionarios que pueden conducir al proletariado a la victoria. Estos métodos no los hemos inventado. Sólo expresamos la experiencia de la lucha de clases del proletariado internacional. Señalamos el ejemplo de la victoriosa revolución de octubre de 1917, señalamos este gigantesco paso adelante de la humanidad, el mayor que haya conocido la historia, aunque fuese seguido de una momentánea reacción estalinista. Decimos a los obreros: no sigáis la política de Frente Popular. Porque os conduce al abismo. Seguid el camino de Lenin y Trotsky a escala mundial, y os llevará a la victoria mundial, es decir la liberación de la humanidad del capitalismo. Y no nos contentamos con exponer esta idea general, indicamos al proletariado en cada situación concreta el paso táctico, el camino a seguir. Decíamos: cuando García Oliver pronuncio su discurso «Alto el fuego», el 4 de mayo de 1937, un discurso calcado del de Thorez «Es necesario saber terminar las huelgas», traicionó a los obreros de Barcelona. Pero al mismo tiempo añadimos: el deber de la dirección revolucionaria durante las jornadas de mayo era el de responder a la provocación estalinista burguesa con la toma del poder por el proletariado, que sólo tras haber establecido su dictadura podía llevar a cabo con éxito la guerra contra el fascismo. A los procedimientos del Frente Popular nosotros oponemos en cada terreno, ya sea el problema militar, económico o de otra índole, los métodos revolucionarios cuya eficacia está verificada por la experiencia.

En vano buscaremos en los escritos críticos de los anarquistas de izquierda lo positivo, es decir, el camino que debía seguirse según los opositores. No la encontraremos por la sencilla razón de que no pueden hallarse sobre la base de las concepciones anarquistas.

La espontaneidad del 19 de julio, era realmente hermosa: ¡La iniciativa del pueblo, su heroísmo incomparable! Era una jornada grande e

inolvidable para el proletariado, pero era una jornada, es decir, duró veinticuatro horas. Y una vez pasadas esas veinticuatro horas, el proletariado debe continuar luchando, pues es imposible derrocar al régimen capitalista en un día ni en una semana. La clase obrera debe no solamente continuar luchando, sino organizar su lucha. Y cuando se pasa a la organización, cuando se ponen las manos en la masa, uno se ensucia enseguida. Se comienza a actuar y a adquirir responsabilidades, sobre todo en un período revolucionario, pues ya no es posible conformarse con hacer críticas al régimen capitalista: se empieza a hacer política. Es inevitable. Pero hay que hacer política revolucionaria.

Terminada victoriosamente la gran jornada revolucionaria, se retiran las barricadas, pero los combatientes de las barricadas que han escapado a las balas se encuentran al día siguiente en las calles, y después en las fábricas. Para conservar sus victorias, deben formar organismos de defensa, juntas, comités. Y en estos comités, deben entrar necesariamente no sólo los obreros más avanzados, sino también los que están atrasados, imbuidos de mentalidad pequeñoburguesa. En estos comités los revolucionarios deben estar junto a los reformistas y los oportunistas, sobre todo cuando éstos últimos tienen influencia en el proletariado. Deben llegar a compromisos. Pero es preciso que lleguen a compromisos revolucionarios, es decir, a compromisos que favorezcan la lucha del proletariado, y no compromisos podridos que favorecen al enemigo, como los que han concluido los antiestatales García Oliver y Federica Montseny. Los anarquistas de izquierda harían bien en releer «La enfermedad infantil del comunismo» de Lenin. Harían bien, sobre todo, en asimilar las lecciones de esta obra marxista. Ello les evitaría caer en divagaciones y les enseñaría el realismo revolucionario.

La revolución es la lucha por el poder. Esta lucha toma una forma aguda y sangrienta. El poder pasa de las manos de una fracción a las de otra, más revolucionaria o más moderada, de un modo distinto al mecanismo de la transferencia del poder de los conservadores a los laboristas en el régimen constitucional y parlamentario ingles.

Todo se apoya en el filo de la navaja: Los dueños de ayer transforman en prisioneros, y viceversa. Lenin decía que durante el periodo

revolucionario, las cárceles son las antesalas de los ministerios ¡y de ahí deducía la necesidad del terror rojo!

Cuando los Mozos de Escuadra me pusieron en libertad, después de los hechos de mayo, me decían: «Hasta la vista» y añadían: «Hasta pronto, tal vez cambiaremos los papeles». En un periodo revolucionario el problema se plantea siempre: nosotros o vosotros.

Durante las jornadas de julio, y de un modo más agudo todavía durante las jornadas de mayo, el problema del poder se planteaba para la CNT y la FAI. Tomar el poder o dejarlo a los otros: es decir, a la burguesía de izquierda y a los fascistas y a los estalinistas. No había escapatoria. Durante los primeros meses que siguieron al 19 de julio, la dirección de la CNT cerraba obstinadamente los ojos para no ver la realidad. La realidad, en Cataluña, era el hecho de que dominaba toda la vida del país, poseía las armas, y podía adueñarse del poder casi sin un disparo. Pero los dirigentes la CNT decían: nosotros solamente nos ocupamos de la economía, de los sindicatos y de las fábricas. El poder sólo puede interesar a los Apolíticos. Dejó pasar así la primera oportunidad, la más propicia. En septiembre en Cataluña, en noviembre en Madrid, los anarquistas, que repetían la idea de que un poder de los comités obreros era demasiado «estatista», comenzaron a trabajar en la reconstrucción del estado burgués. En el mes de mayo de 1937, la cuestión del poder se planteó nuevamente para la CNT, pero de forma aún más aguda que en julio. Los estalinistas habían pasado al ataque para desarmar a la CNT. Esta última debía tomar el poder o dimitir. Eligió la segunda vía.

¿Qué debía hacer la CNT según los anarquistas de izquierda? La mayor parte de los anarquistas de izquierda permanecen mudos y no responden a esta pregunta clave. Algunos de los oposicionistas llegan a la idea de la dictadura cenetista. Pero dicha idea es expresada de manera imprecisa. Al plantearla se acercan evidentemente a nuestros puntos de vista. Pero, ¿qué queda entonces del anarquismo?

El único grupo oposicionista en el seno de la CNT que expresó ideas claras, sobre todo durante las jornadas de mayo, son los «Amigos de Durruti». Y se pronunciaron por una Junta Revolucionaria que debía tomar el poder, apoyándose en los comités y en los sindicatos. Desgraciadamente,

los «Amigos de Durruti» se quedaron a mitad de camino en su crítica. Esperamos que en el futuro sabrán deducir las lecciones de esa trágica experiencia.

Si nos hemos detenido sobre las ideas de los anarquistas de izquierda, es porque sus ideas reflejan el sentimiento de la base de la CNT. Ahora bien, el futuro del movimiento obrero español depende en gran medida de la evolución de la base revolucionaria de la CNT y la FAI hacia posiciones revolucionarias, o sea hacia las posiciones de la IV Internacional.

Después de haber pasado revista a las ideas de los anarquistas de izquierda, deseamos detenernos en todos aquellos que, a escala internacional, han roto con el estalinismo pero que combaten sin embargo los métodos bolcheviques. Hemos analizado la política del POUM y hemos señalado lo que la distingue de la nuestra. No vamos por supuesto a discutir con los diferentes grupos «trotskistas-antitrotskistas», del tipo de Oehler, etc. Estos grupos no tienen por lo general ideas que oponernos, sino rencores personales: no se ha apreciado como se merecía su valor como dirigentes del movimiento obrero, se les ha subestimado… Por lo demás, parece ser que Trotsky no sabe tratar a los hombres. Critican nuestros «métodos de organización». Sin embargo, en lugar de criticarlos, harían mejor viniendo con nosotros para mejorarlos. Estamos dispuestos a aprender, pero no tenemos tiempo que perder…

A escala internacional se perfilaba, sin embargo, desde hace diez años, una tendencia de los «buscadores de dios». Llamamos así a todos aquellos que han condenado el estalinismo pero creen que el origen del estalinismo se encontraba ya en el bolchevismo. Condenan no solo los métodos estalinistas, sino también su contrario, los métodos leninistas. Dicen que nuestro análisis de los errores estalinistas es superficial. No llegamos, según parece, a la raíz del mal y nos detenemos solamente en sus consecuencias lógicas. Es el mismo Lenin, el que, según estos nuevos antibolcheviques, ha comenzado la contrarrevolución en Rusia y ha preparado el camino a Stalin. Es necesario pues revisar no sólo el estalinismo, sino también el bolchevismo. Es preciso revisarlo todo. Algunos van incluso más lejos y afirman que las raíces del mal se encuentran ya en varios errores de la misma concepción marxista. Entre los ideólogos de esta concepción

«stalinismo igual a bolchevismo» podemos citar a Boris Souvarine[59] que, dicho sea de paso, ha terminado en el «Figaro». Pero no todos han tomado el camino del viejo periódico del gran perfumista francés.[60]

Existen en todo el mundo varios miles de revolucionarios honestos que se hallan en una confusión ideológica sin precedentes. Ven adónde conduce el estalinismo, por el que sienten una repugnancia profunda y justificada. Pero después de haber rechazado el estalinismo, han comenzado a dudar de todo, del bolchevismo y del marxismo. Y buscan desde hace diez años nuevos métodos revolucionarios superiores al bolchevismo e incluso al marxismo. Algunos de ellos intentan extraer argumentos en contra del bolchevismo y de Lenin, en Rosa Luxemburgo[61] Se apoyan en las divergencias entre Lenin y Rosa sobre cuestiones de organización, y también en las críticas hechas por Rosa a los métodos bolcheviques en su folleto «La Revolución Rusa». Estas ideas fueron expresadas en Francia por el grupo «Spartacus» que edita la revista «Masses» y en otros países por grupos similares. Estos antibolcheviques quieren sacar de Rosa Lucemburgo argumentos contra la idea de una organización centralizada a la manera leninista. Combaten por consiguiente a la IV Internacional, que se apoya sobre las concepciones leninistas. Rechazando el bolchevismo, buscan nuevos métodos revolucionarios e incluso nuevos métodos de pensamiento, considerando, por ejemplo, que la dialéctica marxista se presta a demasiadas interpretaciones arbitrarias. No sabiendo a qué santo encomendarse, buscan un nuevo dios. Cuando hemos empleado para ellos ese término que Lenin utilizaba contra el empirocriticismo y contra Lunacharski, no lo hemos empleado en el sentido peyorativo o por necesidades de la polémica. Los «buscadores de dios» son siempre una realidad en los periodos de confusión ideológica que siguen a las catástrofes. Y la caída de la ideología del Comintern ¿no es una catástrofe? Por lo demás es muy inteligente y noble verificar, querer profundizar las cosas, llevar lo más lejos posible el análisis y sobre todo buscar. Pero lo que es más difícil es encontrar.

No tenemos la intención en este trabajo de responder a todas las objeciones de los buscadores y de los revisionistas, que pueden, por lo demás, tener razón en algunas de sus críticas. No tenemos la pretensión de

resolver aquí el problema de los pecados originales del bolchevismo, ni siquiera la de analizarlo a fondo. Deseamos solamente demostrar, a la luz de la trágica experiencia, que los «buscadores» y los revisionistas tiran el agua de la bañera con el niño dentro, mezclan la paja con el grano, y no han encontrado mejores métodos de estrategia revolucionaria ni nuevos métodos de pensamiento, y que durante la revolución española las ideas bolcheviques, que ellos critican precisamente como nefastas, han recibido una nueva confirmación.

1. La idea bolchevique sobre la necesidad de un partido revolucionario centralizado, de un partido de vanguardia del proletariado, ha sido confirmada una vez más en la revolución española. Las condiciones objetivas para una revolución proletaria existían en España, como lo demostramos aquí. Sin embargo, se fue de desastre en desastre. Las ilusiones de ciertos revisionistas y de viejos sindicalistas de que organizaciones amplias, que engloban al conjunto del proletariado, como los sindicatos, son suficientes y pueden reemplazar al partido, deben ser rechazadas tras la experiencia de 1936-1939. Los sindicatos han jugado un gran papel en la revolución española. Por otra parte, todos los obreros españoles se hallaban sindicados después de julio. Los sindicatos supieron realizar una gran labor en el terreno económico. No supieron organizar al conjunto, ni resolver el problema del poder. Un partido revolucionario, con su democracia interna, pero también con su centralización y su disciplina, es necesario si queremos evitar nuevas catástrofes en el futuro. El Partido Comunista era un partido disciplinado, pero su disciplina estaba al servicio de una política contrarrevolucionaria. Sin embargo, de ello no se desprende en absoluto que un partido centralizado y disciplinado sea inútil, sino precisamente lo contrario: sin partido disciplinado, no hay revolución victoriosa.
2. La espontaneidad de las masas no basta. Existía en España. Gracias a ella asistimos al heroico 19 de julio y a las jornadas de mayo. Pero ello no puede bastar para organizar la revolución: es necesario un partido.

A1 afirmarlo, no discutimos con aquella a la que Lenin llamaba «el águila de la revolución», sino contra quienes intentan extraer de sus concepciones argumentos para echar zancadillas e impedir la construcción de la IV Internacional. La espontaneidad de las masas conduce a la centralización. Su combatividad a la creación de patrullas de control y milicias a las que es preciso centralizar dentro del marco de la dictadura del proletariado. La colectivización espontánea plantea la necesidad de una centralización, de un plan económico para el conjunto del país. Para no desaparecer, las colectivizaciones deben incorporarse a los marcos de a economía socializada, es decir de una economía de período de transición.

3. El empleo de la violencia es inevitable en una revolución, no solamente violencia contra los fascistas y los enemigos declarados del proletariado, sino también, en una cierta etapa del desarrollo revolucionario, contra las corrientes reformistas y conciliadoras dentro de la clase obrera. Todo el problema consiste en esto: ¿en qué sentido es empleada? ¿A qué fines políticos sirve? Los estalinistas empleaban también la violencia, pero al servicio de una política contrarrevolucionaria que se orientaba con la burguesía democrática, Chamberlain y el Papa. Pero si en lugar de dirección de la CNT hubiesen existido no estos charlatanes anarcoministros, sino jacobinos proletarios, esa dirección debía emplear en mayo la violencia revolucionaria para desbaratar la provocación estalinista, que representaba la influencia de la burguesía, las tendencias reaccionarias de Comorera, que frenaban la revolución. ¿Los bolcheviques fueron en Rusia demasiado lejos en el camino de la violencia revolucionaria contra los mencheviques? Es posible, pero eso estaba condicionado por sus dificultades. Se puede discutir sobre sus errores en este terreno. El periodo leninista de la revolución rusa, 1917-1923, no es una edad de oro. Aceptamos muchas críticas y aceptaremos muchas más. Pero lo que sí es seguro es que los revolucionarios se verán obligados, en el terreno del empleo de la violencia revolucionaria, a aprender de Lenin

y Trotsky, más que a rechazarlos. Incluso en el seno del proletariado la democracia tiene sus límites. Estos límites deben ser determinados por las necesidades de la lucha revolucionaria.

4. El método materialista y dialéctico, es decir, el método marxista de investigación, es el único que nos permite orientarnos a la luz de la experiencia española. Carecer de él es como tener una venda en los ojos. Los estalinistas pretenden utilizar la «dialéctica» para demostrar que lo blanco es negro y que el Papa es amigo del proletariado. Pero ello no significa que el método dialéctico no responda a la realidad: pues no tiene nada que ver con los malabarismos estalinistas, sino que nos permite comprender los conflictos de intereses que se hallan en la base de todas las luchas ideológicas. Nos permite analizar las razones y la falsa utilización que de ellas hacen los malabaristas estalinistas. En la base de la «dialéctica estalinista», ese malabarismo que oscila entre la mística idealista y la estafa sin escrúpulos, están los intereses de la casta burocrática.
   El retorno de la ciencia a la alquimia, del marxismo al idealismo ciego de los anarquistas, por ejemplo, es imposible para el proletariado.

5. «Pero ¿vuestra dictadura y vuestros métodos no llevan fatalmente al Thermidor? Después de Lenin, Stalin: ¿No os desanima el ejemplo de Rusia?»

No aceptar la dictadura del proletariado con todas sus consecuencias, a saber: el partido centralizado, el terror rojo, la violencia contra el reformismo, es no aceptar la revolución. Es el comunismo libertario… en el cielo, y el Frente Popular en la realidad, y el mantenimiento de la democracia burguesa que conduce al fascismo. El proletariado es una clase que debe cumplir su misión histórica y liberar a la humanidad de las cadenas del capitalismo.

Thermidor no es el resultado del terror ni de la dictadura. La forma en que surge es la resultante de la dictadura; pero el Thermidor surgió a la superficie cuando las condiciones objetivas no permitieron que la revolución siguiera avanzando. El Thermidor ruso es el resultado de

terribles derrotas del proletariado internacional y del aislamiento de la revolución rusa. La revolución española victoriosa podía haber sido un golpe tal vez mortal para el Thermidor ruso, es decir, el régimen de Stalin. La próxima revolución socialista en los países capitalistas empujará a los obreros rusos a terminar con la pesadilla estalinista.

El peligro de degeneración en un país aislado, en caso derrotas a escala internacional, existe evidentemente. Pero ello no es motivo para cruzarnos de brazos. Abandonar la idea de la dictadura, es decir, abandonar la revolución porque puede luego degenerar, es como abandonar la alegría porque puede ir seguida de tristeza, y la vida, de muerte.

Pero la humanidad sigue hacia adelante, aunque con pausas que pueden durar decenas de años. El proletariado es una clase capaz de superar todos los Thermidores, todas las derrotas pasajeras, y de reventar el absceso estalinista. Liberará a la humanidad.

XIX

La IV Internacional en la Revolución Española

Las críticas que formulamos en este trabajo contra la política menchevique del Frente Popular en base a la trágica experiencia de los treinta y un meses de guerra civil en España han sido hechas antes de los acontecimientos y planteadas con una claridad que no deja lugar a ningún equivoco por parte de la IV Internacional.

Nuestra organización internacional tiene derecho a afirmar que sale de esta trágica prueba reforzada ideológicamente. Nuestras concepciones políticas han sido confirmadas por la realidad misma, es decir, la no aplicación de los métodos revolucionarios bolcheviques defendidos actualmente de una manera consecuente por la IV Internacional ha tenido por consecuencia una nueva catástrofe: el Frente Popular y el estalinismo no solamente han aplastado una revolución proletaria, sino que también le han allanado el camino al fascismo y han abierto las puertas a Franco. A pesar de todas las críticas que pudieran hacérsele, hay que recordar que el Secretario Internacional de la IV Internacional ha condenado con una claridad que estaba más que justificada por la gravedad de los acontecimientos, no sólo después del golpe, sino con anticipación, no sólo los crímenes de los estalinistas y de los reformistas, sino también los graves errores del POUM, que iba a remolque del Frente Popular. El representante de nuestra organización internacional en Barcelona previó y explicó en el mes de agosto de 1936, no entre bastidores sino en alta voz, las trágicas

consecuencias que para el POUM y para la revolución española iban a tener la liquidación de la dualidad de poder y la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas. Los dirigentes del POUM no nos escucharon. A la vía «sectaria» de la IV Internacional prefirieron la vía «realista» de la colaboración en la Generalitat. El camarada Trotsky, inspirándose en la experiencia de la revolución rusa, se expresó en el mismo sentido que el secretariado Internacional: aún combatiendo con otras fuerzas antifascistas contra Franco, el POUM no debía asumir la menor responsabilidad por la política criminal de los jefes pequeñoburgueses del Frente Popular.

La IV Internacional puede así decir con razón: hemos previsto todo esto: ¡trágicas e inevitables consecuencias de la política del Frente Popular! Sin embargo, no somos filósofos. La satisfacción de prever y comprender mejor que los demás no puede satisfacernos. No solamente queremos explicar el mundo, sino cambiarlo. «¡Lo hemos previsto todo! Pero también. ¡No hemos sabido impedir nada! ¿Hemos cumplido con nuestro deber?»

Aparte de las críticas teóricas e ideológicas, ¿dónde estaba la IV Internacional durante la revolución española?

No nos contentemos con criticar a las demás corrientes. ¡Hagamos el verdadero balance de nuestra propia actividad! ¿Dónde estaban, no los trotskistas «vergonzantes», sino los verdaderos trotskistas?

Cuando el 19 de julio se produjeron en España los acontecimientos, no existía en España una sección bolchevique-leninista. Los antiguos dirigentes de la Izquierda Comunista, Nin y Andrade, que gozaban, gracias a su pasado revolucionario, de un cierto prestigio en el movimiento obrero, habían roto con la IV Internacional, no sólo organizativamente sino también ideológicamente. No se trata en este caso únicamente de su entrada en el POUM. Se trata ahora de su ruptura con unos métodos y con una política, la de la IV Internacional, de la que se convirtieron en adversarios convencidos. Muy a pesar nuestro, Nin y Andrade prefirieron la orientación centrista a la orientación marxista de la IV Internacional, y cayeron en el surco del Buró de Londres. Solamente los hombres que no ven más allá de sus narices (y de esos se encuentran en ciertos grupúsculos «trotskistas-antitroskistas») pueden explicar la ruptura de Nin y Andrade con la

IV Internacional por ciertos excesos de lenguaje de Trotsky, por la falta de flexibilidad del Secretariado Internacional, su mediocridad en el terreno de la diplomacia, etc.

A pesar de la importancia que tienen para los españoles las cuestiones del amor propio herido, podemos recordar que Nin y Andrade no eran unos niños y que el explicar su evolución por la falta de flexibilidad de parte del Secretariado Internacional o por conflictos secundarios sobre cuestiones de organización, seria menospreciarlos demasiado.

El gentes de la Izquierda Comunista y el Secretariado internacional de la IV Internacional ocultaba en realidad serias divergencias políticas que se hicieron patentes durante la revolución española.

Una vez señalado este abandono de Nin y Andrade, no queda por reseñar el hecho de que después del 19 de julio no quedaban más que bolcheviques-leninistas españoles aislados partidarios del Secretariado Internacional. Después del 19 de julio vinieron a España como un centenar de extranjeros miembros de nuestra organización internacional de varios países del mundo: franceses, belgas, suizos, holandeses, italianos, alemanes, polacos, daneses, checos y también norteamericanos, e incluso miembros de nuestra organización de África del Sur. La mayoría de ellos eran voluntarios, en las milicias del POUM o en las de la CNT-FAI: «Habían reemplazado el arma de la crítica por la crítica con las armas» y algunos de ellos han dejado sus huesos en el frente de Aragón y también en el de Madrid. Si el rayo, símbolo de la IV Internacional,[62] había sido dibujado en las trincheras cercanas al manicomio de Huesca, en el parapeto de la muerte, los bolcheviques-leninistas estaban también en el asalto durante los ataques de Belchite, Codo, Quinto. En una palabra, bajo Largo Caballero y también bajo Negrín, los bolcheviques-leninistas se batieron con las armas en la mano contra Franco, y pueden, con la cabeza alta, ser confrontados en este aspecto con las demás tendencias del movimiento obrero.

Después del abandono de Nin y Andrade, el grupo bolchevique-leninista español sólo se reconstruyó en noviembre de 1936, pero al comienzo estuvo formado en su mayor parte por extranjeros. Solicitó su adhesión al POUM, reservándose solamente el derecho de defender sus posiciones políticas, y comprometiéndose a respetar la disciplina del

partido. La dirección del POUM les cerró las puertas: como condición para su entrada les pedía cosas imposibles, como declaraciones en las que se debía condenar a la «pretendida IV Internacional». A pesar de los obstáculos de la dirección, nuestro grupo español se creó simpatías en el seno del POUM.

En cada etapa de la revolución nuestro grupo tomó una posición correcta e indicó, en la medida de sus débiles medios, el camino a seguir. Criticamos desde dentro y desde fuera los errores oportunistas del POUM y su orientación hacia una nueva experiencia ministerial, y su política a remolque del Frente Popular.

Desarrollamos nuestras concepciones de revolución permanente en el seno de la CNT, organización de masas del proletariado revolucionario catalán. Lo mismo puede decirse de las Juventudes Libertarias. Hemos hecho todo lo posible por impulsar a la base de las organizaciones anarquistas contra la colaboración de clases, contra el anarcoministerialismo, en el sentido antiburgués y marxista. Sin tratar de atribuirnos todos los méritos, estamos en lo cierto diciendo que la formación de algunos grupos de izquierda en el seno de la CNT, como los «Amigos de Durruti», no fue insensible a nuestro trabajo de penetración ideológica.

Durante el año 1937, ganamos elementos dentro del POUM y también de la CNT. Pero los acontecimientos iban rápidos, y apenas empezábamos a existir.

Las gloriosas jornadas de mayo en Barcelona nos encontraron débiles organizativamente, pero ideológicamente fuertes y fogueados. Éramos los únicos, junto con los «Amigos de Durruti», que formulábamos el plan de acción; el plan de resistencia al complot estalinista-burgués, es decir, el plan y las consignas de la insurrección proletaria. Durante esos días no solamente formulamos las consignas generales, sino también, en nuestras hojas y octavillas, los medios prácticos para realizarlas: la formación de comités de barrio sobre la base del Frente Obrero Revolucionario POUM-CNT-FAI. Pero a diferencia de la dirección del POUM, denunciamos constantemente las traiciones de la dirección reformista de la CNT-FAI. Los hechos de mayo nos encontraron también a cada uno en nuestro puesto, es

decir, en las barricadas, con los obreros revolucionarios de Barcelona contra los perros del capital, los estalinistas: unos en las barricadas del POUM, en las Ramblas, otros en las barricadas de la CNT, en la casa CNT-FAI. Si Fauconnet y otros dejaron sus huesos en el frente, Cid, militante del POUM, pero miembro de nuestra fracción bolchevique-leninista de ese partido; dio su vida defendiendo en las Ramblas las conquistas del 19 de julio.

Hemos criticado, hemos explicado, hemos propagado nuestras ideas, en todos los sitios en los que la suerte, el azar nos situó, en el frente, en las fábricas, en los sindicatos; hemos criticado luchando junto al conjunto del proletariado contra el fascismo, lo que nos daba el derecho a la crítica. Pero nuestros enemigos eran demasiado poderosos y disponían de recursos formidables. Hemos tenido contra nosotros a Franco, es decir, al fascismo apoyado por el capitalismo internacional, a los demócratas republicanos como Companys, Miaja, Casado, que servían indirectamente al fascismo, a los socialistas de la Segunda Internacional, quienes, ya fuesen de la tendencia de Prieto o de la de Largo Caballero, no han aprendido nada ni olvidado nada y seguían a los demócratas burgueses.

Teníamos en contra nuestra a los estalinistas, que cubriendo la política menchevique de traición que se llama Frente Popular, se reivindicaban y gozaban de la autoridad de la revolución rusa, y se servían de esta autoridad para estrangular la revolución española. La historia tiene esta ironías trágicas e imprevistas. Fue el embajador de la URSS; el primer Estado obrero en la historia, el que impidió la creación de otro Estado obrero y estranguló la revolución Antónov-Ovséyenko,[63] que dirigió la toma del Palacio de invierno en 1917, ayudó, veinte años después, en 1937, en Barcelona, a la burguesía, a los Kerenski catalanes y españoles, a expulsar a los obreros de la Central Telefónica. La burocracia estalinista gozaba no solamente del apoyo moral, sino también del apoyo material que le procuraba el hecho de apoyarse en la potencia del Estado obrero, que explotaba para sus fines particulares la casta parásita conservadora.

Pero situados a la izquierda de los estalinistas, «los grandes artífices de la derrota del proletariado español», tuvimos en contra nuestra y en contra de la revolución proletaria a los anarquistas que, a pesar de su combatividad, no hacían más que estupideces, si no cosas peores, en todos

los terrenos. La dirección de la CNT-FAI, al tiempo que predicaba el «comunismo libertario» en un futuro indeterminado, como la Segunda Internacional en el periodo su decadencia la ejecución de su programa máximo, trabajaba, sin dejar la observancia del rito bakuninista, para la burguesía y la reconstrucción de su aparato estatal.

Tuvimos también en contra nuestra al POUM y sobre todo a su dirección, que temía al trotskismo como el diablo al agua bendita y deseaba mediante su lucha contra nosotros justificarse y demostrar que no era trotskista.

Tuvimos en contra nuestra, en suma, a una formidable coalición de fuerzas, y sólo éramos un pequeño grupo de propagandistas.

Pero aquí escucho una objeción:

«¿Y los bolcheviques de 1917? Ellos eran también una pequeña minoría y supieron ganar a las masas en un corto período de tiempo. Y vosotros, los bolcheviques-leninistas, os reclamáis de los bolcheviques. Sois capaces de criticar a todos. Es cierto. Pero no sois capaces de convencer a nadie. ¡No sois más que literatos!»

Los bolcheviques no nacieron en 1917. Tenían tras ellos un pasado de quince años de lucha fraccional. Poseían una organización con su tradición, con sus cuadros, una organización que era una fuerza material. Cuando Lenin volvió a Rusia, no era un extraño, sino el jefe de un partido reconocido, o por lo menos de una tendencia. Desgraciadamente no existe ninguna base para comparar la situación de los bolcheviques en 1917 con la de los partidarios de la IV Internacional en España en 1936-1939. Pero tenemos derecho a decir a la dirección del POUM: «Vosotros erais un partido con cuadros, un partido minoritario, pero un partido de masas, habrías podido, con una política bolchevique, apoyándoos en los elementos del segundo poder, convertiros en un factor importante, tal vez decisivo en el país, y cambiar la situación». Pero la dirección del POUM no puede mantener el mismo razonamiento ante los bolcheviques-leninistas españoles. Nosotros sólo podíamos propagar nuestras consignas en las organizaciones de masas, impulsarlas por la vía revolucionaria, reforzar en ellas las tendencias progresivas y ganarnos a los mejores elementos. En una palabra, nuestro trabajo podía únicamente tender a crear los cuadros que no

podrían jugar su papel más que en la nueva etapa de la revolución, y, entretanto, impulsar por el camino revolucionario a las organizaciones más cercanas a nosotros. Este trabajo lo hemos hecho. Durante el año 1937 nos ganamos elementos en el POUM, donde nuestras ideas y nuestras críticas, en la medida en que eran confirmadas por los acontecimientos, han sido cada vez más escuchadas. Lo mismo en la CNT, donde una colaboración, desgraciadamente de corta duración, logró establecerse con los «Amigos de Durruti» y otras agrupaciones que, si bien lentamente, evolucionaban hacia el marxismo revolucionario.

Después de las jornadas de mayo vino la represión estalinista. Nuestros camaradas Erwin Wolf y Hans Freund (conocido por el nombre de Moulin) fueron detenidos y; asesinados por los estalinistas. El primero, ciudadano checo, vino a Barcelona a fines de mayo de 1937. Era corresponsal de un diario inglés, el «Spanish News». La GPU no podía perdonarle el hecho de haber sido secretario de León Trotsky. Según ciertas informaciones, fue fusilado en la URSS junto con Antónov-Ovséyenko, que había organizado, siguiendo órdenes de Moscú, el complot contrarrevolucionario de mayo, pero al que Stalin no pudo, como a tantos otros, perdonar su gran pasado revolucionario. En cuanto a Hans Freund (Moulin), era un emigrado alemán, un propagandista entregado y ardiente de la IV Internacional. Partió inmediatamente después del 19 de julio para ponerse a disposición de la revolución española. Trabajo primero e Madrid y después en Barcelona. La GPU no lo pierde de vista. Es el polaco Mink, agente de la GPU, a quien se encarga la tarea de vigilarlo. Fue detenido el 2 de agosto de 1937 por los policías estalinistas.

Pero a pesar de los golpes que le asesta la GPU, nuestra organización continúa su trabajo. Se fortalece. Nuevos elementos del POUM y anarquistas vienen a unirse a ella. Nuestros camaradas en el frente hacen propaganda a favor de la reconstitución de los comités de milicianos. Atrás, a pesar de las enormes dificultades, continua apareciendo «La Voz Leninista», que extrae las lecciones de los trágicos acontecimientos. En nuestras hojas protestamos contra la calumnias lanzadas contra el POUM, lo defendemos contra la represión estalinista.

Hacia noviembre de 1937 la GPU logró introducir a dos provocadores en el seno de nuestro grupo. Uno de ellos un comisario político de las Brigadas Internacionales, un alemán que llevaba el seudónimo de Max-Joan , logra ganarse cierta confianza. Max trabajaba de acuerdo con otro provocador, Leon Narvitch, que según informaciones de varios camaradas tomó parte en la organización del asesinato de Andreu Nin.

La policía estalinista, que tenía necesidad de otro «proceso de Moscú» en Barcelona, detuvo a nuestros camarada Munis, Adolfo Carlini, Jaime Fernández, Teodoro Sanz, Ondizk, etc… Fue Max-Joan quien entregó a la policía a nuestros camaradas. Pero la policía estalinista no tuvo el valor de acusar y juzgar a nuestros camaradas por el delito de propaganda revolucionaria. Quiere calumniarlos y cubrirlos de fango. La policía acusó a nuestros camaradas del grupo bolchevique-leninista español del asesinato del capitán de las Brigadas Internacionales León Narvitch. El acta de acusación habla también de la preparación de «varios atentados contra destacadas personalidades de la República». Nuestros camaradas son acusados de terrorismo. Es la misma mano que orientó los procesos de Moscú la que empleó métodos gangsteriles contra la vanguardia revolucionaria a escala internacional, la que raptó a Klement[64] en París, y la que actúa en Barcelona contra la sección española de la IV Internacional.

¡Nuestros camaradas acusados de terrorismo! La base sobre la que se construye la acusación es el cadáver de León Narvitch, tal como en Moscú el punto de partida de la ola de terror estalinista fue el cadáver de Kirov. Sin embargo, el asesinato de ambos fue obra de la GPU. En lo que se refiere a Kirov, la cosa está ya clara. Se sabe que fue la GPU de Leningrado la que organizo este atentado. Se sabe que fue ella la que puso el revólver en manos de Nikolaev; Stalin hubo de confesarlo durante sus procesos. En cuanto a la provocación estalinista en Barcelona, la verdad aún no se ha esclarecido. Pero parece probable que la GPU haya sido la que ha ejecutado a León Narvitch, como a tantos otros de sus propios ejecutores: era un testigo que sabía demasiado y que podía ser molesto en el futuro.

El comisario Méndez llegó a obtener del joven Zanov «confesiones» contra nuestros camaradas, sobre la pretendida preparación de atentados contra Negrín, Prieto, el sabotaje, etc…

Este episodio confirmo punto por punto la forma mediante la cual se arrancan «confesiones» en Moscú.

Nuestros camaradas Munis, Carlini, Rodríguez, hicieron frente valientemente a los torturadores degenerados de la GPU. Asumieron la responsabilidad del trabajo de la IV Internacional en España. No eran trotskistas «vergonzosos», sino bolcheviques-leninistas que defendían abierta y valientemente las concepciones de la revolución permanente en las más duras condiciones.

Convocado por el abogado del POUM durante el proceso de este partido, con el fin de testimoniar que el POUM no es trotskista y limpiar de esa terrible acusación a Gorkin y Andrade, nuestro camarada Munis asumió ante el tribunal de Comorera la responsabilidad política por el trabajo del grupo bolchevique-leninista en España y por la redacción de «La voz leninista».

Pero la GPU se quemó los dedos en el proceso de Moscú que preparaba en Barcelona. Nuestra organización internacional fue informada, nuestras secciones en el extranjero denunciaron esta innoble canallada estalinista. Los falsarios y los impostores de la GPU fueron cogidos con las manos en la masa. La policía de Negrín-Comorera, que había sufrido ya un fracaso con el proceso del POUM, tuvo que retrasar varias veces la fecha del proceso. Fue fijada por fin para el 26 de enero de 1939. Pero, ironías del destino y trágica coincidencia, el mismo día en el que debían ser juzgados nuestros camaradas las tropas de Franco entraban en Barcelona.

El sentido de esta coincidencia trágica está claro: nuestros camaradas no pudieron ser juzgados porque la criminal política estalinista del Frente Popular ha abierto las puertas a Franco. La persecución de los trotskistas ha sido uno de los elementos, y no de los menores que han desarmado al proletariado, e hizo posible la victoria del fascismo. La administración de las prisiones, que quemaba los expedientes, liberaba a los fascistas y a los espías de la quinta columna, y se preparaba así para recibir a los nuevos amos, quiso entregar a nuestros camaradas a Franco, es decir, al pelotón de ejecución fascista. Ni siquiera en los últimos momentos del desastre general olvidaban los estalinistas su odio hacia los trotskistas, es decir, a odio hacia la revolución proletaria.

Si algunos camaradas pudieron escaparse, se debe no los sentimientos humanitarios de la GPU, ni a los del gobierno republicano, sino a la solidaridad proletaria.

Pero a pesar de la detención de nuestros camaradas durante el año 1938, los bolcheviques-leninistas continuaron su trabajo en la ilegalidad. En los momentos críticos, indicaban en el seno de las organizaciones de masas, principalmente la CNT, el camino a seguir. En el mes de marzo, durante el desastre en el frente de Aragón y la caída del primer gobierno de Negrín seguida del puntapié a Prieto, nuestros camaradas indicaban a la base de la CNT la vía a seguir, la vía de la reconstitución de los organismos independientes de la clase obrera y denunciaban el camino de una nueva experiencia anarcoministerialista. Al tiempo que criticaban, nuestros camaradas luchaban contra Franco en el frente, como soldados, artilleros, comisarios políticos.

Los estalinistas pueden matar a militantes experimentados, pueden también lanzar contra nosotros las calumnias más innobles ¡No tienen nada que hacer! Nuestra piel es dura. Saldremos fortalecidos en todas las pruebas, ideológica y moralmente.

El marxismo se abre camino. Es la esperanza de todos los oprimidos y prepara para la Humanidad el futuro del socialismo. La IV Internacional conducirá al proletariado, desde las grandes derrotas, hacia grandiosas victorias.

XX

El pronunciamiento de Miaja y Casado[65]

El poder refleja las relaciones de fuerza entre las diferentes clases de la sociedad y entre las organizaciones políticas que expresan los intereses de las distintas capas sociales. Cuando el equilibrio se rompe, cuando la relación de fuerzas cambia, el poder pasa de manos de una fracción a manos de la otra.

Aquí es necesaria una puntualización.

Después de julio había dos poderes: el poder estatal burgués, formal e impotente, y el poder de los comités obreros. Este segundo poder predominaba claramente durante el primer trimestre, hasta la formación de los gobiernos de coalición, el de Largo Caballero y el de Tarradellas en Cataluña. El gobierno de Largo Caballero se apoyó en todas las organizaciones obreras, entre otras la CNT. El poder efectivo de este gobierno era limitado. Los elementos del segundo poder obrero subsistieron, sobre todo en Cataluña, hasta mayo. Su debilitamiento progresivo incitó sin embargo al ala derecha del Frente Popular a liquidarlos completamente. Ese fue el sentido del golpe de fuerza estalinista y de los acontecimientos de mayo en Barcelona. Los ministros anarquistas invitaron a los obreros a que abandonaran las barricadas. Pero el aplastamiento la base cenetista no solamente tuvo como resultado el desarme del proletariado catalán, sino que también hizo inútil la permanencia de los ministros anarquistas en el gobierno. La nueva relación

de fuerzas se hallaba en la base de la formación del nuevo gobierno de Negrín a fines de mayo de 1937. Sin las jornadas de mayo, no hubiéramos tenido «Gobierno de la Victoria». Desde mayo, la CNT fue apartada definitivamente del gobierno. El hecho de que se le ofreciera un cargo «decorativo» en el segundo ministerio de Negrín no cambia en nada la cosa. El ministro anarquista de Instrucción Pública sólo era un mueble en el consejo de ministros. Desde mayo, el poder estaba repartido entre dos fracciones: los estalinistas y los burgueses republicanos y socialistas. Estas dos fracciones hacían bloque contra el proletariado, contra la CNT, la FAI, el POUM, contra los comités, se prestaban servicio mutuamente. Los burgueses republicanos dejaban a los estalinistas las manos libres contra el «trotskismo» Decían a la GPU:

«Podéis arreglar vuestras cuentas con vuestros enemigos, los poumistas. Eso no nos concierne. Pero, a cambio, apoyaréis en España nuestro programa de regresión social, de liquidación de las colectivizaciones, eso de las colectivizaciones ya sabéis que no es serio. ¿Qué pensarán el Quai d'Orsay y el Foreing Office? Y enviadnos armas»

«Por supuesto, respondía la GPU, estamos de acuerdo. ¿Socializaciones y comités? Sólo los agentes de la Gestapo pueden ser partidarios de esas cosas. Nuestra guerra es una guerra nacional. Nuestra revolución es burguesa y luchamos por una república democrática parlamentaria. Os vendemos armas, pero dejadnos exterminar a los trotskistas».

He aquí el acuerdo que sirvió de base a la constitución del «gobierno de la Victoria». Sólo al quedar aplastado el proletariado revolucionario comenzaron a aparecer y a profundizarse las contradicciones entre los asociados. Desembocaron en un violento choque en marzo de 1939: el pronunciamiento de Miaja-Casado. Los acontecimientos poseen una lógica interna, y los crímenes se pagan. La lógica del Frente Popular se vuelve contra los estalinistas, sus artífices. El arma forjada por ellos los golpea a su vez.

Los republicanos utilizaron a los estalinistas contra el proletariado, pero, aquí también, una vez que el negro ha hecho su trabajo, puede irse. Por lo demás, el negro molestaba a los republicanos, pues deseaba conservar la administración, el ejército en sus manos. Aunque los estalinistas se declaren

cien veces al día reformistas, demócratas, patriotas y chovinistas, la burguesía, incluso la republicana, les concede sólo una confianza muy limitada: Los estalinistas decían que las medidas revolucionarias impedían la ayuda de las democracias. Esta concepción se hallaba en la base de toda su política contra el ala izquierda del Frente Popular, la CNT y el POUM. ésta se volvió en su contra. Desde hacía más de un año, los republicanos decían que la presencia de los comunistas en el gobierno era mal vista por Chamberlain y Daladier. Los republicanos tenían razón. Sólo olvidaban decir que el mejor visto por la City y por el Comité des Forges era Franco, y no ellos mismos.

La caída de Cataluña ha entregado a Franco el bastión más fuerte de la resistencia antifascista. Con el reconocimiento de Burgos por Francia e Inglaterra, toda la perspectiva del Frente Popular se ha derrumbado. Los dirigentes del Frente Popular decían que Francia no permitiría que Franco se instalase en la frontera pirenaica. Confiaban en el interés imperialista antialemán y antiitaliano de Francia. Era una falsa esperanza. Así lo hemos explicado repetidas veces. En todo caso, después del reconocimiento de Burgos por Francia e Inglaterra, esta perspectiva se ha derrumbado, incluso a los ojos de los avestruces del Frente Popular. ¿Qué posibilidades de resistencia contra Franco quedaban después de la caída de Cataluña? Aunque sin incluir regiones tan industriales como Cataluña, la España central contiene sin embargo importantes riquezas. Se instalaron allí industrias de guerra en previsión de la caída de Cataluña. Madrid, bien fortificado, ha resistido numerosos asaltos. Todo el centro se halla rodeado de fortificaciones que serían, en caso de resistencia seria, un hueso duro para Franco. Además, Franco no está seguro de su retaguardia; Cataluña puede reservarle desagradables sorpresas. Si el proletariado de Madrid y de España central se despertara, si abandonara todas las falsas esperanzas, si, en definitiva, saltara por encima de la política podrida del Frente Popular y avanzara por el camino revolucionario de la reconstitución de los comités y limpiara la retaguardia de todos los fascistas, apenas disfrazados, de todos los agentes del enemigo, entonces la resistencia, que podría transformarse en contraataque, sería posible. Sé que este camino está cerrado para los republicanos. Estaba cerrado para Besteiro, Miaja, Casado, pero también

para Negrín, que en el exterior se defiende de haber tenido idea de resistir a cualquier precio; se halla cerrado, por último, también para los comunistas. Una vez descartada la vía revolucionaria, sólo queda el camino de la capitulación. Por este camino han ido Besteiro-Miaja-Casado. Este trío ha repetido contra los comunistas la operación de aquel otro trío, Comadrera-Aguadé-Rodríguez Salas, durante las jornadas de mayo de Barcelona, contra los anarquistas y el POUM.

El significado objetivo del pronunciamiento es profranquista y capitulador. No se trata de una lucha de la UGT, los caballeristas o los republicanos contra los comunistas. Estamos ante un complot cuyo objetivo es abrir las puertas a Franco aplastando a la base revolucionaria del Partido Comunista.

Nosotros, los bolcheviques-leninistas, somos adversarios del estalinismo. Odiamos al estalinismo porque comprendemos las consecuencias criminales de su política estranguladora del proletariado. Pero únicamente los que no nos conocen y no ven más allá de sus narices pueden imaginarse que nuestras posiciones políticas y nuestras apreciaciones puedan estar determinadas por el odio a los estalinistas que han asesinado a tantos de los nuestros o por la sed de venganza.

No somos pequeñoburgueses excitados, sino revolucionarios proletarios. La IV Internacional puede declarar, al igual que la Liga de los Comunistas, que no tiene «intereses separados de los de todo el proletariado».

Aunque hagamos a los dirigentes comunistas responsables del pronunciamiento, declaramos que el deber de todos los obreros honestos (y los bolcheviques-leninistas tienen la pretensión de ser la vanguardia de estos) era luchar con las armas en la mano al lado de los obreros y militantes comunistas, cobardemente abandonados por la dirección estalinista contra la Junta de Defensa de Miaja-Casado.

En nuestras concepciones políticas y en nuestra actitud existe una lógica interna. Los militantes de la IV Internacional estaban durante las jornadas de mayo en Barcelona con los obreros anarquistas en las barricadas, y ello a pesar de que nuestras concepciones no tengan nada que ver con las de Bakunin y Kropotkin. Cid, miembro de la sección española de la

IV Internacional, dio su sangre en las Ramblas luchando con el conjunto de los obreros, anarquistas en mayoría aplastante. ¿Por qué? ¿Por el placer de luchar en cada ocasión? ¡No, señores del «Libertaire», anarquistas defensores de la Junta de Miaja! Cid y otros han luchado en las barricadas de Barcelona al lado de la CNT porque trataba de defender lo que quedaba de los organismos del segundo poder obrero: comités de defensa, patrullas de control, etc. Hoy, en Madrid, se trata de un golpe por la espalda de los generales traidores, que quieren, a través de la destrucción de los comunistas, preparar el terreno a la capitulación ante Franco. Los bolcheviques-leninistas no son literatos que se conforman con condenar a todo el mundo y contemplarse el ombligo como hacen ciertos grupúsculos de extrema izquierda, como los bordiguistas.[66] No podemos permanecer neutros en el conflicto que en estos momentos llena de sangre Madrid. Tomamos partido. Estamos al lado de los combatientes comunistas contra los traidores de la Junta de Defensa.

¿Quiénes son los traidores? Besteiro, partidario del compromiso desde el comienzo de la guerra civil. Casado, protegido por Negrín. Pero también tenemos a Carrillo,[67] perteneciente a la fracción caballerista[68] del partido socialista. Los estalinistas utilizan este hecho para declarar (ver «Pravda») que «los generales trotskistas se han rebelado contra el gobierno de Negrín». Si los trotskistas no existieran, Stalin se vería obligado a inventárselos. Para él, se trata de justificar los resultados catastróficos de su política, de cargar al chivo expiatorio con todos los males de la tierra. El gobierno zarista organizaba los pogroms y hacia responsables a los judíos de la miseria del pueblo. Actualmente, Hitler le imita. Stalin, aunque represente a otras capas sociales, no a los terratenientes ni a los burgueses, sino a la burocracia soviética, debe tener también alguien sobre quien hacer recaer todos sus fallos y todos los fracasos de su propia política. La fracción caballerista tiene tanta relación con los trotskistas auténticos, es decir, con la IV Internacional, como esta última con Lucifer en persona.

Si es cierto que la fracción caballerista fue excomulgada por los estalinistas porque no estaba dispuesta a ejecutar todas las órdenes de la GPU, si es cierto que varios representantes del Buró de Londres venidos a España intentaron acercarse al dignatario en desgracia y consideraban la

tendencia caballerista progresiva, es necesario recordar que los bolcheviques-leninistas denunciaron siempre a esta fracción de impotentes que durante los últimos dieciocho meses sólo han sabido proferir gemidos.

Por lo demás, ¿existía esta fracción caballerista? Queremos decir, ¿existía una tendencia capaz de oponer a las concepciones estalinistas y negrinistas otras concepciones, otra política? Largo Caballero consideraba que los estalinistas y los negrinistas lo habían maltratado, que era víctima de sus sucias maniobras. Fue en efecto una de las víctimas, pero no de las más dignas de compasión. Su política conservadora en los tiempos en que era presidente del consejo preparó el camino a Negrín. El dignatario en desgracia, cuyas capacidades de hombre de Estado fueron desestimadas, estaba muy enfadado. Ultrajado, se abstenía de hablar en público bajo el pretexto de que la guerra civil impone el silencio. Las circunstancias eran demasiado graves, según él, para denunciar con decisión las traiciones estalinistas. Largo Caballero no ha denunciado jamás, en todo caso, la política criminal del Frente Popular. Nada de extraño: él la practicaba en el gobierno. No sabemos si aprueba la entrada de uno de sus partidarios en la Junta de Casado.

En cuanto a la actitud de algunos representantes de la CNT, y también de Mera,[69] sólo puede sorprender a quienes ignoran la naturaleza profundamente reformista de la dirección de la CNT. ¿Acaso los García Oliver y Federica Montseny no entregaron al proletariado de Barcelona, y sobre todo la base de su propia organización, a la represión estalinista? Vall y Mera continúan por esta vía criminal: entregan en este momento al proletariado de Madrid a la pandilla de capituladores e, indirectamente, a Franco.

Mera es, por otra parte, representante del ala de extrema derecha de la CNT: combatió al ala izquierda, los «Amigos de Durruti», y era alabado por los estalinistas.

Pero la gran lección de los acontecimientos de Madrid es una nueva bancarrota de todas las concepciones de la política del Frente Popular.

¡Miraos al espejo, criminales! ¿Para qué sirve el ejército republicano de cuya dirección habéis expulsado a todos los revolucionarios? ¿Cuál es su

fidelidad al régimen republicano? Como en los viejos tiempos de la monarquía, hace «pronunciamientos».

¿De qué sirve el aparato estatal republicano democrático? Sigue al «pronunciamiento». Que los políticos recuerden el destino de los organismos auténticamente proletarios como las patrullas de control. Son los estalinistas los que han forjado el arma que ahora se vuelve contra ellos, pero desgraciadamente también contra el proletariado.

El pronunciamiento de Miaja-Casado ha determinado el fin del gobierno Negrín. Hay que señalar también la cobardía de la dirección del Partido Comunista, que ha abandonado a sus militantes y huido al extranjero.

Los anarquistas franceses (ver «Libertaire») apoyan a la Junta Miaja-Casado porque ven en ella un intento de detener la inútil matanza de obreros españoles. ¿No está perdida la situación? Lo esencial es salvar la vida de los militantes en peligro, permitirles salir al extranjero, ya que la revolución española se hará con hombres vivos y no con muertos. He aquí las ideas que pueden recogerse en «Le Libertaire» y «Juin 36».

Sin embargo, los que quieren detener la «inútil matanza» desconocen la naturaleza del fascismo. Esperan la clemencia de Franco. Pero el rasgo fundamental del fascismo es precisamente que no tolera ninguna organización independiente del proletariado y que suprime incluso todas las organizaciones burguesas independientes. Es imposible un armisticio con Franco que permita salvaguardar algo para el proletariado.

García Oliver no ha sido recompensado por su traición de mayo; Comorera y Negrín tampoco. La suerte de Miaja-Casado y de sus asociados no será mejor.[70]

En cuanto al proletariado, no tiene opción. Incluso en caso de derrota total, es en la medida en que resista y haga pagar caro al fascismo sus avances como podrá reagrupar sus fuerzas y preparar su desquite.

XXI

¿Podía hacerse otra cosa?

¿Podía hacerse otra cosa? Es necesario hacer esta pregunta y responderla. Hay que responderla tanto más urgentemente cuanto que esta misma política, la del Frente Popular, es puesta en práctica a una escala internacional en la que no puede sino conducir a los mismos resultados, es decir, a nuevas catástrofes. ¿Podía hacerse otra cosa? O sea: ¿podía aplicarse en España una política diferente a la del Frente Popular?

Los oportunistas, no sólo desde 1939, sino desde siempre, tienen la costumbre de justificar su política, es decir, sus propios crímenes, por las condiciones objetivas. Las condiciones objetivas, saben ustedes, no permitían una política revolucionaria. No, señores dirigentes del Frente Popular, están mintiendo: quieren ocultar sus traiciones tras las condiciones objetivas.

Si escucháramos las explicaciones de los jefes del Frente Popular, incluidos los anarquistas, si las tomáramos en serio, no podríamos sino desesperar de todo, desesperar de las capacidades revolucionarias del proletariado, de su porvenir, e incluso de su misión histórica… No queremos abrigar ilusiones, nuestro deber es ver la realidad tal como es. Pero lo que era trágico en la revolución española no eran las condiciones objetivas, sino la estúpida y criminal política de los que pretendían dirigirla, y que, desgraciadamente, eran seguidos por las masas.

Según nuestros pequeños burgueses demócratas del Frente Popular, todo ha sido «fatal». Los republicanos y los socialistas justifican la derrota por la superioridad militar de los fascistas. Los comunistas, por la existencia (¡menudo descubrimiento!) de la burguesía, profascista, que, con su política de no intervención, favorecía a Franco. Se olvidan de añadir que el gobierno Blum, que inauguró esta política, estaba también apoyado por ellos. Los anarquistas justifican sus capitulaciones y sus sucesivas traiciones por el chantaje que ejercían los rusos con las armas que enviaban a los republicanos. En cuanto al POUM, se une al coro fatalista y dice: éramos demasiado débiles y debíamos seguir a los demás, y, sobre todo, no podíamos romper la unidad. O sea, todo era fatal…

Lo que ocurrió tenía que ocurrir, y estaba escrito por adelantado en el Corán.

Lo que ha ocurrido debía ocurrir, pero es vuestra política, señores del Frente Popular, lo que lo ha hecho posible. El pensamiento marxista no es fatalista, sino determinista. A pesar de la importancia que los marxistas atribuyen a los factores económicos, la ideología de los partidos en lucha y su política, a menudo retrasada respecto a las necesidades objetivas del desarrollo, pueden impedir el avance de la sociedad y la eclosión de una nueva economía.

En todo caso, en España, en julio de 1936, existían todas las condiciones objetivas para hacer triunfar la revolución proletaria. Franco no tenía detrás un poderoso movimiento de masas como Hitler o Mussolini. Su movimiento, a pesar de las apariencias exteriores, tenía y tiene más bien un carácter reaccionario al viejo estilo que fascista. Una de las corrientes que lo apoyaban, la Falange Española, se parecía a las organizaciones fascistas italianas y alemanas. Pero la Falange Española no era una organización de masas. La fuerza principal sobre la que se apoyaba Franco era la vieja reacción clerical y feudal, odiada por el pueblo. El país, el pueblo, los obreros, los campesinos, los pequeños burgueses, se habían levantado para acabar con esta España medieval. Únicamente el freno del Frente Popular impidió que una revolución proletaria precediera al golpe de fuerza franquista. En respuesta a la rebelión de los generales, los obreros y los campesinos se levantaron para transformar al país en el sentido de sus

intereses. El proletariado disponía de un poderoso aliado en el campo. Es precisamente el carácter atrasado del país, lo que permitía unir al movimiento obrero de las ciudades la revolución agraria en el campo.

Disponía de otro aliado en los movimientos nacionales catalán, vasco, gallego; y, por medio de una política de liberación colonial inspirada en el ejemplo de la revolución rusa, podía ganarse a los marroquíes.

El aparato estatal de la burguesía se paso en su mayor parte del lado de Franco, pero en la zona republicana los obreros no tenían más que soplar para destruir lo que quedaba del Estado capitalista y tomar el poder. La zona republicana se extendía al principio a los centros más importantes del país. Los antifascistas tenían las tres grandes capitales: Madrid, Barcelona y Valencia; las dos regiones más industriales y decisivas: Cataluña y el Norte. Se habían levantado millones de hombres, no faltaban la iniciativa, la energía ni el entusiasmo. Solamente faltaba el partido revolucionario.

«Sin embargo, para luchar contra Franco, era necesaria la unidad. Era preciso encontrar una fórmula amplia que permitiese agrupar a todos los antifascistas, incluso a los más moderados». Esta fórmula era precisamente el Frente Popular, dirán los abogados de la mayor traición que ha conocido la historia.

Ya hemos explicado que la «fórmula amplia» del Frente Popular no satisfacía a nadie. La unidad real no podía hacerse más que sobre la base de la dictadura del proletariado.

«Pero las masas no estaban preparadas, estaban atrasadas y dominadas por ilusiones democráticas», dirán algunos de nuestros contradictores izquierdistas. Las masas tenían realmente ilusiones democráticas. Precisamente por ello llevaron al poder a los jefes del Frente Popular. Pero a pesar de que no tenían una clara conciencia de sus objetivos propios, demostraron, instintivamente, que tenían menos ilusiones que muchos de los jefes comunistas y anarquistas. No tenían ninguna confianza en la podrida república burguesa, ninguna en sus hombres, Azaña, Companys, etc… Querían en el poder a comunistas y anarquistas. Fueron necesarios grandes y perseverantes esfuerzos de los dirigentes, sobre todo de los comunistas, que redoraban el blasón de los demócratas desacreditados, para hacer tragar a las masas el mantenimiento en el poder de un Azaña o de un

Companys. Cuando las masas querían en el poder a Largo Caballero, García Oliver y a la Pasionaria, estaban diciendo que querían la revolución proletaria.

Por lo demás, en los primeros meses que siguieron al 19 de julio, el Frente Popular no existía. Los hombres de la Esquerra casi no se atrevían a aparecer por la calle. Las masas habían entrado en el buen camino, en el de la creación de sus propios organismos de lucha, los comités. Fue necesario un esfuerzo de varios meses por parte de los dirigentes del Frente Popular para apartar a las masas de la vía revolucionaria y hacerlas volver a entrar en la órbita de la pasividad democrática. En este punto, el ala izquierda del Frente Popular, es decir, los anarquistas y el POUM, nos responderán: «estábamos en minoría, no podíamos llevar la lucha contra todo mundo a la vez, o sea, contra los fascistas, los republicanos, los socialistas y los comunistas».

Evidentemente. No se exigían de vosotros cosas imposibles, sino sólo cosas posibles. Aunque se nos presente como terribles terroristas, a pesar de la estima y la devoción que tenemos por el eterno preso, no somos blanquistas,[71] En la medida en que el POUM y los anarquistas estaban en minoría en el seno de las masas, no podían tomar el poder. Mucho antes de 1936, Lenin ya había señalado el camino que deben seguir los revolucionarios en semejantes situaciones: ¡marchar separadamente, pero golpear unidos!: luchar junto a otras fuerzas antifascistas contra Franco, pero conservar la independencia, decir la verdad a las masas, denunciar a cada paso las dudas y las traiciones de los compañeros de viaje y en el proceso de la lucha común y de la crítica revolucionaria constante, ganarse a la mayoría del proletariado y del pueblo en general, y tomar el poder.

Pero ¿se podían llevar a cabo dos guerras civiles a la vez? En primer lugar: no había elección posible. La guerra, unas veces sorda, otras abierta, en el seno del «campo gubernamental», no era una invención de los trotskistas, ni el resultado de las maquinaciones de Franco. Esta segunda guerra civil tenía su origen en las contraposiciones de intereses en el interior del Frente Popular. No se podía dirimir esta contradicción más que si una parte del Frente Popular prevalecía sobre otra. El ala derecha del

Frente Popular no estaba atada por esta consideración unitaria. Libraba una guerra civil contra el ala izquierda, a la que quería y consiguió amordazar.

En segundo lugar, para ganar la guerra contra Franco, era necesario acabar lo antes posible con esta segunda guerra civil, la guerra en el seno del Frente Popular, pero acabar en beneficio del proletariado, el único capaz de ganar la guerra antifascista.

Los historiadores de la Revolución Francesa están de acuerdo en que la lucha de los Jacobinos contra los Girondinos aumentó la fuerza de Francia en su lucha contra la conjuración de los reyes. Durante la Revolución Rusa, la obstinada lucha de los bolcheviques contra los girondinos rusos, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, aumentó la fuerza del proletariado e hizo posibles las victorias del Ejército Rojo sobre los blancos. Pero nuestros demócratas y sus servidores, debido a su naturaleza pequeñoburguesa, preferían la dulce unidad del Frente Popular que, en realidad, no era más que una tapadera tras la cual cada uno tiraba hacia sus intereses.

«Pero España no estaba madura para una revolución socialista, solamente estaba madura para una revolución democrática», cantaban los estalinistas, coreados por los socialistas. El argumento menchevique se nos sirve veinte años después en una situación análoga. ¿Estaba Rusia menos atrasada que España? Los mismos rasgos de colonia del imperialismo, la intervención extranjera, el carácter agrícola, los restos de feudalismo, todo esto existía también en Rusia. Además, que se nos explique cómo puede realizarse esta «revolución democrática» en el marco del régimen imperialista y en la época imperialista. Esperamos en vano estas explicaciones, y, sobre todo, esperamos en vano ver estas revoluciones democráticas triunfar y realizarse. En China, el aplastamiento de la revolución proletaria condujo al aplastamiento de todas las conquistas democráticas y a la dominación extranjera.

Lo que no estaba maduro en España era el partido revolucionario.

«¡Pero olvidáis la situación internacional, totalmente desfavorable a la revolución española! En Rusia era más fácil. En 1917, los capitalistas luchaban entre ellos, no podían abalanzarse contra el bolchevismo… Ahora, en muchos países domina el fascismo. En Alemania, en Italia, en Portugal,

en toda la Europa Central. Incluso las democracias estaban contra nosotros. Además, en 1936-39, no había guerra mundial» responden los que quieren justificar la traición. Y los anarquistas añaden: «Nosotros tenemos también a Stalin en contra nuestra»

Bien, todos estos hechos son verídicos, pero los revolucionarios no luchan en las condiciones creadas por ellos, tienen que luchar en las condiciones impuestas por las circunstancias. Las revoluciones no se hacen por encargo. Así que no puede escogerse unas condiciones particularmente favorables para hacerlas, ni condiciones ideales: un país económicamente desarrollado, un clima internacional perfecto, etc… Eso estaría muy bien, claro, pero no sucede así. «Nuestro camino no es tan recto como la perspectiva Nevski». Lenin nos enseñaba que la revolución se hace posible en el país en que la cadena del imperialismo es más débil. Así era en España en 1936. Había que romperla.

Pero ¿era tan desesperada la situación internacional en 1936 para el proletariado español como la describen estos demócratas del Frente Popular y sus asociados estalinistas y anarquistas? No había guerra mundial, es cierto. ¿Pero es que el proletariado debe esperar una guerra mundial para hacer su revolución? Esta es una opinión, pero no es la nuestra. Según nuestra opinión, el proletariado debe hacer todo lo posible para impedir esta nueva carnicería, adelantándose a ella con la revolución socialista liberadora. De esta forma salvará millones de vidas humanas, y, pesar de que seamos terroristas sin escrúpulos, esto tiene un sentido para nosotros.

Franco gozaba de un considerable apoyo internacional. Estaba apoyado por tres Estados y por poderosas oligarquías financieras. Pero ¿no podía el proletariado español encontrar ningún apoyo a escala internacional? Por medio de la política de Frente Popular, recibió desde fuera las Brigadas Internacionales, leche condensada y alubias en cantidades limitadas, armas de calidad mediocre vendidas a muy alto precio a cambio de una política de sabotaje a la revolución que acabaría por abrir las puertas a Franco. Pero la orientación revolucionaria, si hubiera sido adoptada por el proletariado español, le hubiera procurado también apoyos del exterior, y mucho más poderosos. En primer lugar, en la Francia de 1936, después de las huelgas de junio, traicionadas por los estalinistas, el proletariado tenía aún

posiciones fuertes en el país. Una revolución proletaria en un país capitalista no puede dejar de tener repercusiones en otros países. No siempre tiene la fuerza suficiente para provocar revoluciones en otros países si las condiciones en estos no están realmente maduras. Pero provoca siempre corrientes de solidaridad activa, que pueden paralizar a la burguesía de esos países, haciendo imposible su intervención reaccionaria. ¿Y no se podía desagregar el ejército franquista?[72]

La «peste roja» tiene una fuerza de irradiación y de penetración. Sólo hace falta que sea auténtica. Naturalmente, la política de «no intervención», es decir, la pasividad por parte del proletariado internacional, que debía tomar ejemplo del fascismo e intervenir activamente en el conflicto español, era un duro golpe para la revolución. Pero la no intervención del proletariado se derivaba del conjunto de la política de Frente Popular aplicada internacionalmente. Esta no intervención no excusa al Frente Popular español, tan sólo amplía las responsabilidades del crimen. No sólo es el Frente Popular español el que por su orientación ha trabajado para Franco sino el Frente Popular en todos los países. «Frente Popular en el mundo entero», según la fórmula de Dimitrov. Los responsables no son solamente Negrín y José Díaz, sino también Blum, Thorez, y el maestro de este último, Stalin. El Frente Popular, y sobre todo el Partido Comunista, exigían la retirada de España de las tropas extranjeras, contentándose con esta exigencia platónica pero, entretanto, no hacía sino sellar la unidad de la nación francesa, es decir, sometía al proletariado francés a la burguesía. De esta forma, creaba un clima profascista en Europa. Una política revolucionaria en España podía, sin embargo, asestar un golpe terrible a la reacción europea, y también crear problemas a los dirigentes conservadores del Frente Popular en otros países. ¿Quién dice que si los obreros franceses se hubieran dado cuenta de que era la dictadura del proletariado lo que estaba instalándose en Madrid y Barcelona, es decir, una nueva y más poderosa Comuna, hubieran permanecido pasivos durante años? ¡Incluso Thorez y Costes hubieran tenido quizá dificultades para acabar con las huelgas! ¿Y acaso la Italia fascista y la Alemania hitleriana constituyen bloques homogéneos, sólidos, a toda prueba? A pesar de que los estalinistas, predicando su nacionalismo, hacen todo lo posible para hacer

más sólidas las dictaduras fascistas y crear alrededor de ellas un clima favorable, nosotros no creemos que el régimen de Hitler tenga, como afirma Goebbels, la existencia asegurada por mil años. No la hubiera tenido tal vez ni por mil días de triunfar la revolución proletaria en España.

Un decreto del gobierno proletario sobre la liberación del Protectorado, que debía ser seguido por una propaganda revolucionaria en Marruecos, podía abrir la brecha en África del Norte y despertar al mundo árabe contra el imperialismo europeo. Si se penetrara en el Marruecos español, podía despertar el Marruecos francés. ¿No perviven allí los recuerdos de la lucha liberadora de Abd-el-Krim? ¿Hemos olvidado esa lucha que trastornó a las cancillerías europeas?

Evidentemente, para llevar adelante esta política inspirada en el ejemplo de la Gran Revolución Rusa, a cuyo espíritu sigue fiel la IV Internacional, era preciso no tener miedo a disgustar al capitalismo internacional y a sus criaturas, Hitler, Mussolini, Chamberlain, Daladier y el Papa, era preciso, no sólo estar dispuesto a disgustarlo, sino también a abatirlo.

Puede que tengáis razón, dirán los anarcoministros, pero nosotros tenemos también a Stalin contra nosotros, y él tenía armas de las que nosotros carecíamos. No puede ponerse en duda que nuestra intención no es defender el chantaje de Stalin en lo que concierne a la venta de armas a la España republicana. Sin embargo, García Oliver intenta justificar sus sucesivas capitulaciones por el chantaje estalinista, esquivando de esta forma su propia responsabilidad. La burguesía internacional no es omnipotente, no siempre puede hacer lo que quiere. Stalin no es omnipotente; sus planes también pueden ser desbaratados. Hasta el presente, sus planes eras desbaratados generalmente por la burguesía internacional, pero los planes del «padre de los pueblos» también pueden serlo, y lo serán, por el proletariado revolucionario. A1 igual que el Papa o Chamberlain, Stalin también puede tener problemas con la revolución proletaria triunfante en España.

La burocracia soviética, esencialmente conservadora, tiene intereses contrarios a los del proletariado internacional, pero sin embargo se apoya sobre la base de un Estado obrero, de una economía socializada. Su actitud depende finalmente en cierta medida de la actitud del proletariado ruso y de

la opinión del proletariado internacional. Aunque continuamente le engaña, no quiere, sin embargo, que se dé cuenta. En definitiva, a pesar de sus traiciones, la burocracia soviética no está suspendida en el aire, sufre la presión del proletariado internacional.

¿Dejaría Stalin de enviar armas si el control ideológico y policiaco se le escapase en España? No es seguro. A pesar de sus traiciones, Stalin pretende ser el «jefe del proletariado internacional» e incluso a veces «el jefe de la revolución internacional». Si en España triunfara la revolución socialista, Stalin se vería obligado a escoger entre ella y el fascismo. Teniendo en cuenta la clientela sobre la que se apoya, le sería difícil escoger el fascismo. Difícilmente podrían comprender esto los obreros rusos y del mundo entero. De cualquier forma, el antiestatista García Oliver tenía en las manos un poderoso medio para desenmascararlo, mucho más poderoso que un articulo teórico sobre la superioridad de la doctrina de Bakunin sobre la de Marx.

«Pero entretanto no se trataba de desenmascarar, sino de poder oponer los tanques antifascistas a los de Franco», responderá el abogado del anarcoministerialismo. Es cierto. Los anarquistas, desde el momento en que no poseían la dirección, los revolucionarios en general, desde el momento en que no poseían el poder, no debían oponerse al hecho de que el gobierno republicano comprara armas y las recibiera de Stalin, e incluso del diablo o de su abuela, pero debían conservar su independencia, proseguir con la crítica revolucionaria (que también es una poderosa arma), y, gracias a ella, tomar el poder y también adueñarse de las armas de Stalin. Durante las jornadas de mayo en Barcelona, vi a muchos militantes anarquistas emplear autenticas armas rusas contra el ataque reaccionario. Enviándolas, Stalin seguramente no había previsto que su fusil ametrallador podía cambiar de manos y ser dirigido en esa dirección. Pero si hubiese existido en España un partido revolucionario, hubiera podido apoderarse no sólo de los fusiles ametralladores rusos, sino también de todas las armas vendidas por Stalin, y también por otros especuladores extranjeros.

«Pero si los antiestalinistas, ya sean anarquistas, poumistas o trotskistas, estuviesen en el poder, Stalin no enviaría ni un solo cartucho más», prosigue nuestro contradictor y abogado del anarcoministerialismo.

Admitamos la peor eventualidad. Ya no tenemos cartuchos de Stalin, Chamberlain esta aún más enfadado con nosotros, quizá furioso, y el Papa nos denuncia en una nueva encíclica. Todo esto parece triste y terrible, pero hay que aceptarlo si se quiere luchar seriamente contra el capitalismo y su arma preferida, el fascismo. Si hacemos depender nuestra actividad del consentimiento de Stalin, Chamberlain, Pio XI o XII, debemos abandonar toda veleidad revolucionaria y aceptar el Frente Popular o cualquier otra cosa semejante. Pero el Frente Popular, aunque satisface temporalmente a Stalin (aún no sabemos cuál será su nuevo giro), no satisface en absoluto ni a Chamberlain ni al Papa, desmoraliza al proletariado, y abre las puertas al fascismo.

Comprometiéndose en la vía revolucionaria, destruyendo el Estado capitalista, construyendo el poder de los comités obreros, una dictadura del proletariado, resolviendo todos los problemas candentes de la sociedad española por medio de reformas revolucionarias, llevando la revolución agraria hasta el final, liberando a las nacionalidades oprimidas, liberando a las colonias, orientando la lucha contra Franco sobre la vía de la revolución socialista europea y mundial, el proletariado español hubiera conquistado triunfos mucho más poderosos que los tanques de Stalin.[73]

Pero llegando a este punto, el coro unido de los Negrín, Álvarez del Vayo, José Díaz y García Oliver, responde: «Había demasiados obstáculos a superar, demasiados enemigos a vencer…»

Ciertamente, no faltaban enemigos de la revolución española, y quizá sus enemigos más pérfidos y más peligrosos se encontraban en el Estado Mayor del ejército republicano y en el «Gobierno de la Victoria».

Nosotros, los marxistas de la IV Internacional, no damos ninguna garantía al proletariado de que nuestros métodos le asegurarán fáciles victorias. Semejantes garantías no existen en una revolución que es un riesgo. Sin embargo, nosotros decimos, basándonos en trágicas experiencias: «El método del Frente Popular os conduce hacia el fascismo con una lógica implacable. Nuestra vía, inspirada en el ejemplo de la primera revolución proletaria victoriosa, de 1917, la vía de la lucha implacable contra todos los enemigos del socialismo, es una vía difícil. Pero es la única».

Preparemos el desquite

Resulta imposible concebir lo que España ha realizado si no se cuenta como elemento fundamental de la Victoria la decidida protección del cielo.

Heraldo de Aragón,
2 de abril de 1939.

Este trabajo aún no había salido de la imprenta ni visto el día cuando el último acto de la guerra civil se ha desarrollado ante nuestros ojos. El gobierno de la Junta Miaja-Casado sólo ha tenido, tal como habíamos previsto hace un mes, un carácter episódico. No ha hecho más que cederle la mano a Franco.

Hace un mes escribimos (ver el capítulo «El Pronunciamiento de Miaja-Casado»):

«García Oliver no ha sido recompensado par su traición de mayo, Comorera y Negrín tampoco. La suerte de Miaja, Casado y de sus seguidores no será mejor.

En cuanto al proletariado, no tiene elección posible. Incluso en el caso de derrota total, es en la medida en que resista y haga pagar caros al fascismo sus avances como podría reagrupar sus fuerzas y preparar el desquite».

Una vez más, nuestras previsiones se han confirmado. Miaja, Casado, Besteiro, seguidos de ciertos cenetistas y de algunos caballeristas, esperaban, o en todo caso fingían esperar, «una paz honorable» y la clemencia de Franco. Se elevaron algunas voces en el extranjero, en la extrema izquierda, que apoyaban abierta o tímidamente a la Junta Miaja-Casado y veían, en su orientación, un «intento de salvar vidas humanas».

Así pues, toda la España central y Madrid fueron entregados a Franco. El valeroso proletariado de Madrid y de Valencia sufre a su vez la misma suerte que el proletariado catalán. El terror blanco reina. Los pelotones de ejecución funcionan sin parar. Los campos de concentración se llenan de centenares de miles de proletarios. ¡Incluso Besteiro, el traidor Besteiro, está detenido! Nosotros escribimos, «No tendrá propina» —y no la ha tenido.

Después de la toma del poder por Hitler en Alemania, en 1933, la socialdemocracia dio un voto de confianza al «Fuhrer», y ciertos dirigentes sindicales se imaginaban que podían integrar los sindicatos libres en el régimen fascista. Pero, algunas semanas después, los sindicatos libres fueron disueltos por Hitler. ¡Seis años después, el mismo fenómeno se reproduce en España con los que esperaban obtener una amnistía de parte de Franco…! ¡Y toda esa pléyade de reformistas trata de utópicos a los marxistas revolucionarios, partidarios de la IV Internacional!

No es para dar la amnistía que Franco, instrumento de la reacción capitalista y feudal, ha llevado a cabo una guerra a ultranza contra el proletariado, sino para exterminar a su vanguardia. Los que hablaban de «salvar vidas humanas» sirviéndose de la Junta Miaja-Casado no conocían la naturaleza del fascismo. Los militantes poumistas, anarquistas, comunistas e incluso socialistas y republicanos, son exterminados. En la España central pocos antifascistas han podido salvarse, ya que los demócratas se han lavado las manos y les han negado sus barcos. Evidentemente, Miaja, Casado, Vall, etc., han podido tomar aviones, pero en nuestra época los aviones están siempre a disposición de los gobernantes que huyen…

Repitámoslo, el pronunciamiento de Miaja y Casado fue un crimen, un crimen contra el proletariado, contra la república, un crimen que también

habrá de pagarse algún día. Miaja-Casado asesinaban a las obreros comunistas, comenzando así el trabajo que seguiría el Verdugo Mayor, Franco. ¡Mil veces vergüenza a los que se han asociado al crimen!

«La guerra ha terminado» comunica el estado mayor franquista. «La peste roja» ha sido aplastada. Los burgueses españoles y del mundo entero pueden respirar. Pueden lanzar más fácilmente a millones de proletarios a la carnicería imperialista.

En España reina el orden… Se mata, se tortura a los mejores entre los mejores combatientes del proletariado. El periodista anarquista Mauro Bajatierra se ha hecho matar en su casa después de disparar el último cartucho… ¿Cuántos Mauro Bajatierra hubo en España? Sin duda varios miles.

¡Franco ha ganado! El capitalista, el terrateniente, el noble, el marqués, recobran la plenitud de sus derechos. El reinado del cura, de la guardia civil, vuelve a comenzar. Se reconstruyen las iglesias, los curas se pasean por Puerta del Sol y las beatas les besan la mano.

El Comité de No-Intervención ha terminado sus trabajos y ha despedido a su personal. El nuevo Papa «antifascista» felicita a Franco. Hitler y Mussolini hacen otro tanto. Chamberlain tiene una preocupación menos: la guerra civil Española le estorbaba. Los embajadores democráticos se inclinan ante el nuevo amo.

«Madrid, que había de ser la tumba del fascismo, será la tumba del bolchevismo» proclama Mussolini. Ya se está preparando el desfile de la Victoria en Madrid.

¡Dictadores fascistas, Hitler, Mussolini, Franco, creadores de nuevos imperios, torturadores y megalómanos ridículos, sois enanos y pigmeos de la historia! ¡Sois el subproducto de una época decadente, de un régimen condenado! ¡A pesar de vuestras victorias, vuestro camino no tiene salida y os conduce hacia el abismo!

Muy distinta es la revolución proletaria: sus recursos son inextinguibles. El socialismo y su expresión moderna, el bolchevismo, son para vosotros defensores del régimen podrido, como ese monstruo mitológico: se le cortaba cabeza y una decena ocupaban su lugar. Los recursos de la revolución proletaria se encuentran en el desastre ineluctable de las fuerzas

productivas, en las contradicciones inextricables y siempre crecientes del régimen capitalista.

La fuerza del fascismo nace del hecho de que el proletariado, momentáneamente, se encuentra sin dirección revolucionaria. «¡Franco ha ganado la guerra!» En la misma medida en que Marty luchaba en Madrid…

Los periódicos franquistas enumeran con sus nombres batallones que han entrado en Madrid y publican fotos de los gloriosos generales… España es desde hace siglos el país en el que hay generales que no han ganado ni dirigido ninguna batalla. Y sigue igual.

Barcelona, Madrid, no han sido conquistadas por vosotros, Franco, Queipo de Llano, bufones sangrientos pero ridículos. Barcelona y Madrid os han sido entregadas por los jefes del Frente Popular. A pesar de la ayuda que habéis recibido de vuestros patronos italianos, alemanes, a pesar de los centenares de aviones, el abundante material de guerra, a pesar de la ayuda que habéis recibido de las democracias a consecuencia de la política de no intervención, a pesar del bloqueo que fue impuesto al proletariado español, a pesar de la máxima y eficaz ayuda que habéis recibido de los jefes del Frente Popular, habéis necesitado treinta y cuatro meses para acabar con el heroico proletariado español, ¡y valiéndoos de la suprema traición de Miaja-Casado! ¡Fascistas, a pesar de vuestras victorias sois impotentes!

No ha sido la ayuda del cielo la que os ha permitido vencer, sino una fuerza más material: ha sido Stalin, el gran organizador de derrotas, con sus aliados del Frente Popular.

El mismo que en los sótanos de la Lubianka asesinó a la vieja guardia bolchevique, el mismo que, con su criminal política, ayudó en 1927 al aplastamiento de la revolución china, el mismo que en 1933 ayudó a Hitler, es el mismo que ha abierto en 1939, con sus asociados del Frente Popular, las puertas a Franco.

Pero estos treinta y cuatro meses no han pasado sin dejar huellas. Los obreros españoles han aprendido, y lo han aprendido muy bien, a servirse de las armas, y han aprendido también a servirse de las armas contra sus enemigos de clase. No han sido vencidos, sino engañados, traicionados y entregadas. Meditarán sobre las causas de su derrota. El régimen franquista sólo les proporcionará una mayor miseria, la esclavitud y el terror, pero

Franco no sabrá resolver los problemas candentes de la sociedad española. El campesino andaluz quiere la tierra. El obrero catalán sabe que se puede dirigir la fábrica sin la ayuda del capitalista. Ha sido traicionado y engañado por los jefes del Frente Popular, pero ha aprendido mucho. Las lecciones del «bienio rojo» que os asustan, señores fascistas que preparáis vuestro «desfile de la victoria», viven en la conciencia de cada explotado de España.

Estas lecciones tomarán más cuerpo cada día.

El proletariado español prepara su grandioso desquite. La IV Internacional, que sabrá extraer todas las lecciones de la derrota, lo ayudará y formulará el programa de la futura revolución proletaria en España.

19 de abril de 1939

M. CASANOVA



MIECZYSLAW BORTENSTEIN (1907-1942), conocido también como M. Casanova, hijo de una familia judía de Varsovia, ingreso a la Juventud Comunista polaca a los 16 años. Después de haber sido arrestado, escapo primero a Bélgica y llega a Francia, en donde ingresó a la JC francesa en 1927. En 1930 recibió una condena de tres años por propagandista y fue devuelto a Bélgica, pero volvió ilegalmente a Francia en 1932 y se integró al Partido Comunista, del cual fue expulsado en 1934. Desde entonces militó en las filas trotskistas, empezando con la Ligue Communiste Internationaliste de Francia.

Partió para España en Julio 1936, sirviendo primero en las milicias de la CNT y después en las oficinas de una fábrica de material de guerra, a la vez que colaboraba en el trabajo editorial de La Voz Leninista, el periódico de los Bolcheviques-Leninistas Españoles. Después del arresto de Munis y Carlini dirigió el grupo hasta el fin de la guerra civil. El testimonio de Sherry Mangan cuenta cómo consiguió pasar en Marzo de 1939 a Francia, desde donde trató de abordar un buque para México en Marsella. Fue detenido e internado en una serie de campos de concentración, en Vernet (Ariége), *Les Muele*, y Drancy (Seine). El 19 de Agosto de 1942 fue deportado a Auschwitz, donde murió.

Notas

[1] M. Casanova fue pseudónimo de Mieczyslaw Bortenstein (1907-1942), trotskista polaco de nacimiento quien, luego de ser expulsado del PC francés, se trasladó a España en 1936 y participó en la Guerra Civil en las milicias de la CNT. <<

[2] Abolir el dinero en los pueblecitos de Aragón y conservar el Banco de España es algo que nos recuerda mucho la fábula de Krylov «El curioso». El curioso, tras visitar el parque zoológico, cuenta lo que ha podido contemplar. Habla de insectos del tamaño de una aguja, pero no se ha fijado en el elefante. (N. del A.) <<

[3] La lectura de los folletos de los exministros de la CNT en el gobierno Largo Caballero, editadas Por el Comité Nacional de la CNT, en los que los ministros cuentan sus hazañas, es, a este respecto, muy instructiva, y la recomendamos. (N. del A.) <<

[4] Los 13 puntos de Negrín son el programa de restablecimiento de una república burguesa. (N. del A.) <<

[5] Joan Comorera fue secretario General del PSUC, y principal ejecutor de su política contra los «excesos revolucionarios» de los obreros catalanes, que culminó en los sucesos de Mayo de 1937. Tras la Guerra Civil volvió clandestinamente a Cataluña e hizo romper al PSUC con el PCE —aunque no con Moscú— y tomar un camino propio. Citado con un representante del PCE, fue detenido por la policía de Franco. Murió en prisión. <<

[6] En una de las fábricas de munición más importantes de Barcelona, llamada Fábrica «A», era necesario, para el enrolamiento de voluntarios, que el Comité de fábrica cerrara las puertas, porque los obreros huían (N. del A.) <<

[7] Así es como calificó el estalinista Comorera a las heroicas columnas de Durruti, Jubert, Rovira, que habían partido en julio de 1936 en dirección a Huesca y Zaragoza. Desde el punto de vista de la organización, no le faltaba algo de razón a Comorera, pero las «tribus» luchaban heroicamente, mientras que su Ejército Popular estaba al mando de traidores. (N. del A.) <<

[8] El ataque a Codo tuvo lugar del 23 al 25 de agosto de 1937. (N. del A.)
<<

[9] Encontramos en Codo una gran cantidad de «boinas rojas», y… también, mira por dónde, municiones francesas entregadas a Franco, a pesar de la no intervención durante el gobierno de León Blum. <<

[10] «La socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos», es la genial y logradísima frase de Stalin que constituye la base «teórica» de la maravillosa política del «socialfascismo», que ha permitido la subida de Hitler al poder en Alemania. (N. del A.) <<

[11] Seis semanas más tarde, en los alrededores de Puebla de Albortón, nos encontrábamos en terreno conquistado. Leí la prensa fascista que narraba nuestro ataque a Quinto del 15 de julio. Hablaba, evidentemente, de nuestro fracaso, y también de los «carros de combate rusos» nacidos en la imaginación de los redactores del «Heraldo de Aragón», diario de Zaragoza, por conveniencias de la propaganda fascista (N. del A.) <<

[12] SAP: «Sozialistische Arbeiterpartei», Partido Socialista Obrero: Escisión de izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán, que formaba parte, junto con el POUM, el PSOP francés y el ILP inglés, del agrupamiento centrista «Buró de Londres». <<

[13] Obreros que abusaban de la seguridad social y que no se presentaban al trabajo bajo pretextos fútiles. (N. del A.) <<

[14] En plan: plantados (N. del T.) <<

[15] «Sólo trabajando mucho ganaremos la guerra». «Trabajar 12 horas, 14, 24 horas no es bastante para ganar la guerra». Carteles de propaganda. El primero podía encontrarse en las oficinas… en las que nadie se mataba trabajando. El otro cartel se proyectaba en todos cines y teatros de Barcelona. (N. del A.) <<

[16] «La causa de España es la causa de toda la humanidad progresiva y avanzada», ésta es la gran frase de Stalin en su telegrama a José Díaz en 1936. Es la única frase y constatación… difícil que Stalin haya pronunciado sobre España en tres años. Para tener semejante perspicacia era indudablemente preciso ser el jefe del proletariado internacional y un titán del pensamiento sin precedentes en el mundo. (N. del A.) <<

[17] Se pretendía incluso ocultar a la opinión democrática que los obreros españoles habían tomado en sus manos todas las fábricas importantes. Evidentemente, no se conseguía engañar a los capitalistas ¿demócratas? de Francia e Inglaterra, que sabían cómo informarse sobre el lugar de los hechos, pero sí se consiguió, en cambio, engañar al proletariado de los demás países. (N. del A.) <<

[18] G. Dimitrov, comunista búlgaro, fue presidente de la Internacional Comunista bajo Stalin. <<

[19] José Díaz, panadero sevillano, fue secretario general del PCE durante los años 30. Falleció en la URSS, oficialmente por suicidio. <<

[20] Es sintomático a este respecto el artículo de un empleado del Comité Regional de la CNT, un tal Fortín, «Respuesta a Styr-Nhair», publicado en «La Révolution prolétarienne», en el que queda de relieve, con particular claridad, la miopía grotesca de un anarquista francés. (N. del A.) <<

[21] «De trabajadores de todas las clases» es la fórmula de la Constitución republicana española. (N. del A.) <<

[22] Jacquerie, derivada del nombre de pila más común, Jacques, es el nombre con que se designa las insurrecciones campesinas medievales de Francia. Se caracterizaban por su carácter masivo y contagioso, así como por su violencia contra la nobleza. (N. de A.) <<

[23] Ciertos traficantes de cañones servían armas a ambos bandos. Como decía Vespasiano, «Non olet» («el dinero no huele»). (N. d A.) <<

[24] Si Franco triunfa, tendrá interés en cambiar de dueños. Con Italia y Alemania tendrá deudas. El acercamiento a las democracias, por el contrario, le permitirá pasar por caja. ¡No será fácil, porque Hitler y Mussolini han tomado sus precauciones! Pero no valen precauciones ante la siempre cambiante relación de fuerzas. No somos profetas. Lo más probable es que Franco, victorioso, trate de jugar a la vez en dos tableros, igual que Polonia o Yugoslavia. (N. del A.) <<

[25] García Oliver y Federica Montseny eran los dos ministros de la CNT en el Gobierno de la república presidido por Largo Caballero. <<

[26] Con este objeto, la Generalitat montó todo un aparato, y cantidad de gente, sobre todo del PSUC, estaba constantemente a la caza de los «especuladores», es decir, de los vendedores ambulantes (N. d A.) <<

[27] A Mena lo conocen muchos camaradas franceses, sobre todo miembros del PSOP (PSOP: Partido Socialista Obrero y Campesino, partido socialdemócrata de izquierda constituido en Francia en los años 30, bajo la dirección de M. Pivert, y miembro del Buró de Londres. N. del E.) porque emigró después de octubre del 34 y pasó algún tiempo en Francia, en la región parisina. (N. del A.) <<

[28] Se refiere a la manifestación del 5 de enero de 1905, de obreros de San Petersburgo, organizada por el pope Gapón, y que fue salvajemente ametrallada por la policía zarista, episodio que abrió paso a la revolución rusa de 1905 (N. del E.) <<

[29] En una asamblea de la CNT en Barcelona, en la sala Olimpia, Mariano Vázquez, secretario nacional de la CNT, fue recibido con gritos de «¡presos!» que le impidieron hablar durante un buen rato, pero el «anarquista» se hizo el sordo y no dijo una palabra sobre la minucia de las cárceles republicanas. (N. del A.) <<

[30] El primero; secretario del Comité Nacional, el segundo del de Cataluña de la CNT. (N. del A.) <<

[31] En su libro Guerra y revolución en España, Abad de Santillán «lamenta» que la CNT permitiera la persecución estalinista contra el POUM. <<

[32] Como ejemplo de una actitud opuesta, me permito recordar lo que me decían algunos «izquierdistas», a los que los ignorantes confundían a veces con la IV Internacional: «¿Merece la pena ir al frente y arriesgar la vida por la República democrática de Largo Caballero o de Negrín?» Muchas veces ese «izquierdismo» enmascaraba una pura y simple cobardía. Entre esos «izquierdistas» y nosotros hay un abismo. (N. del A.) <<

[33] «Resistir». Por ejemplo, a las avellanas se las llamaba «píldoras del doctor Negrín para resistir». Las avellanas eran uno de los pocos alimentos que aún podían encontrarse en Barcelona en otoño de 1938 (N. del A.) <<

[34] CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas, partido de la derecha reaccionaria, con fuertes simpatías por el fascismo, dirigido por Gil Robles (N. del E.) <<

[35] ¡El clima del 19 de julio! He aquí una anécdota que lo ilustra: durante el registro en la casa de uno de mis camaradas en Barcelona, con la que querían quedarse, las Patrullas de Control abrieron una jaula, liberando un canario… ¡Es el día de la libertad! ¡Ya no se tiene el derecho de encerrar a los pájaros! (N. del A.) <<

[36] A. Marty. Militante del PC Francés. <<

[37] Esta es la cifra oficial de todos los muertos internacionales, y no sólo de las Brigadas Internacionales, caídos en España. Pero ¿se han molestado las comisiones gubernamentales e internacionales en visitar todos los cementerios y contar las fosas comunes? Esta cifra es inferior a la real. (N. del A.) <<

[38] Cuando uno se encontraba con un miliciano, de la formación que fuera, explicaba invariablemente que los «golpes duros» estaban reservados para su unidad, es decir, para su partido. En realidad, hubo «golpes duros» para todos. (N. del A.) <<

[39] Me encontré con un voluntario extranjero que estaba sinceramente convencido de que lo que se había producido en Mayo del 37 en Barcelona era una revuelta fascista. En cuanto a su conocimiento de la vida política española, ni siquiera conocía el nombre de Durruti. En este terreno de la deformación y embrutecimiento de cerebros, los estalinistas son maestros, como Goebbels. (N. del A.) <<

[40] Sé de casos en que han sido considerados extranjeros españoles nacidos en Sudamérica y que habían vivido siempre en España y que se acordaron de su calidad de argentinos o cubanos cuando esto les permitió abandonar el frente en octubre de 1938. Se consideraron igualmente extranjeros marroquíes del protectorado español. Así, nuestros demócratas se olvidaban incluso de sus obligaciones internacionales, pero querían demostrar de este modo que el ejército republicano se componía de españoles puros, y esperaban así conseguir la retirada de los marroquíes al servicio de Franco. Eran auténticos «realistas». (N. del A.) <<

[41] El gobierno mexicano ha prometido acoger a todos los exvoluntarios del ejército republicano español. No sabemos si mantendrá su promesa. (N. del A.) <<

[42] «República democrática parlamentaria de nuevo tipo, en la que se destruirán las raíces del fascismo» Sacado de un discurso de José Díaz. El «nuevo tipo» se parecía en realidad al viejo tipo, ya que para destruir las raíces del fascismo hay que destruir su fuente: el régimen capitalista. Cosa que estaba prohibida de acuerdo con José Díaz. (N. del A.) <<

[43] La inferioridad numérica y cualitativa de la aviación republicana no basta para explicar los procedimientos humanitarios del Frente Popular. (N. del A.) <<

[44] Miliukov: dirigente del partido «Kadete», representante de la burguesía liberal rusa (N. del E.) <<

[45] La Entente era la alianza militar, dirigida por Francia y Gran Bretaña, y que incluía a Rusia, Serbia, etc., enfrentada en la primera guerra mundial a Alemania y Austria-Hungría (N. del E.) <<

[46] Kerillis y de La Rocque eran dirigentes de la organización ultranacionalista y filofascista de Francia «Les Croix de Feu» (las cruces de fuego). (N. del E.) <<

[47] Recordemos que el POUM, junto con el PSOP francés, el ILP inglés, el SAP alemán y otros, era miembro del «Buró de Londres», organización centrista, opuesta a la IV Internacional (N. del E.) <<

[48] El «Bloc Obrer i Camperol», dirigido por Joaquín Maurín, tenía simpatías más bien hacia la «oposición de Derechas», de Bujarin (N. del E.) <<

[49] Andrés Nin, antiguo secretario de la CNT, marchó a Moscú, donde dirigió la Internacional Sindical Roja. Adherido a la Oposición de Izquierda, fue expulsado de la URSS. A su vuelta a España creó un grupo de la Oposición de Izquierda Internacional, que luego se convirtió en la Izquierda Comunista. Fue asesinado por la GPU después de mayo de 1937.
<<

[50] Juan Andrade fue uno de los fundadores del PCE. Posteriormente se adhirió a la Oposición de Izquierdas. <<

[51] El Hotel Falcón era la sede del Comité Ejecutivo del POUM (N. del E.)
<<

[52] Julián Gorkin: otro dirigente del POUM. <<

[53] En catalán, en el original. (N. del E.) <<

[54] Nos resulta muy desagradable discutir con el difunto, que, desgraciadamente, no puede responder. Pero no tenemos otra opción. Nos resulta difícil, por ejemplo, discutir las concepciones teóricas de Gorkin… Ese verdadero dueño del aparato del POUM y organizador de talento se conformaba con hacer política corriente, y no se preocupaba de las generalizaciones teóricas. Nin era el verdadero ideólogo del POUM. Por lo demás, los «ninistas», afortunadamente, están vivos (N. del A.) <<

[55] Los militantes del POUM estaban en las barricadas, pero eso no cambia nada en cuanto a la falta de orientación de su dirección. (N. del A.) <<

[56] Se refiere a los miembros del «Bloc Obrer i Camperol», uno de los componentes del POUM. <<

[57] Germinal Vidal, dirigente de las juventudes del POUM, caído el 19 de julio en la Plaza de la Universidad, de Barcelona (N. del A.) <<

[58] Estos decretos sobre el orden público no pudieron aplicarse hasta después de Mayo de 1937. Para aplicarlos, había que desarmar al proletariado de Barcelona (N. de A.) <<

[59] B. Souvarine fue uno de los fundadores del Partido Comunista Francés, que se alineó en los años 20 con las tesis de la oposición de Izquierda. Posteriormente rompió con el marxismo. <<

[60] René Coty, propietario del periódico «Le Figaro», y político conservador, era un poderoso industrial perfumista (N. de E.) <<

[61] Rosa Luxemburgo. Dirigente del partido Socialista polaco y del Alemán, con el que rompió por su posición socialpatriota durante la I Guerra Mundial. Fundadora junto con K. Liebknecht del grupo espartaquista, se adhirió a la Internacional Comunista, aunque discutiendo algunas cuestiones con el Partido Bolchevique. Fue asesinada en 1918 por la policía de los Socialdemócratas Ebert y Noske. <<

[62] En un comienzo, los bolcheviques-leninistas adoptaron como su símbolo un rayo en forma de 4 sobre el globo terráqueo. Posteriormente se adoptó la hoz y el martillo con un 4 sobre el martillo. <<

[63] En realidad, Vladimir Antónov-Ovséyenko era el Cónsul General de la URSS en Barcelona. Todo parece indicar que colaboró activamente en la represión contra el POUM. A su vuelta a la URSS fue detenido y fusilado sin juicio. <<

[64] Rudolf Klement, destacado dirigente de la Oposición de Izquierda Internacional —antecesora de la IV Internacional— fue raptado y asesinado en París en 1938 por la GPU (N. de E.). <<

[65] El General Miaja y el dirigente socialista Julián Besteiro protagonizaron un levantamiento contra el Gobierno Negrín en 1939. Su objetivo era llegar a un acuerdo de paz con Franco. Franco se negó a negociar y exigió la rendición incondicional, que finalmente aceptaron, con promesas de respeto a los combatientes que Franco no cumplió. <<

[66] Seguidores de Amadeo Bordiga, antiguo dirigente del ala izquierda del PC italiano, que rompió con la Internacional Comunista. Tendía a adoptar posiciones ultraizquierdistas y sectarias (N. de E.) <<

[67] Wenceslao Carrillo, dirigente del PSOE y padre de Santiago Carrillo, éste le dirigió una carta pública de contenido insultante con motivo de su apoyo a la Junta de Miaja y Casado (N. de E.) <<

[68] Partidarios de Largo caballero, dirigente del PSOE y la UGT que encabezó los primeros gobiernos del Frente Popular después de Julio de 1936. Fue sustituido por Negrín (N. de E.) <<

[69] Cipriano Mera, dirigente de la CNT de Madrid y que estaba al mando de un cuerpo de ejército en el momento del golpe de Casado. <<

[70] Efectivamente, aquellos que no huyeron fueron hechos prisioneros por Franco. Besteiro murió en prisión. <<

[71] Blanquistas: partidarios del revolucionario comunista francés Louis Blanqui, a quien se denomina «L’Enfermé» el «eterno preso», porque pasó cerca de la mitad de su vida en la cárcel (N. De E.). <<

[72] Ver el capítulo: «¿*Podía desagregarse el ejército franquista*?» (N. del A.). <<

[73] Por lo demás, en España misma podían producirse carros de combate y en general, municiones. Ver el capítulo: «La industria de guerra». (N. del A.). <<